

*División de ciencias Sociales y Humanidades  
Departamento de Sociología*

# *Elementos estructurales en las teorías interaccionistas de E. Goffman y A. Strauss*

## **TESIS**

*Para obtener el título de*

**DOCTORA EN SOCIOLOGÍA**

*Línea de investigación: Teoría y Pensamiento Sociológico*

**PRESENTA:**

*Amalia Patricia Gaytan-Sánchez*

*Asesor: Dr. José Hernández Prado*

*Lectores:*

*Dr. Raúl Rodríguez Guillén*

*Dr. Alejandro López Gallegos*

*Dr. Fernando Castañeda Sabido*

*Dra. Mónica Guitián Galán*

**Maestría y Doctorado  
en Sociología**

*México D. F. 2012*

# Elementos estructurales en las teorías interaccionistas de E. Goffman y A. Strauss

## Introducción

### **Capítulo 1** Naturaleza y planteamiento del problema de investigación

- 1.1 Un ejercicio de reflexividad
- 1.2 La metateorización como práctica de la sociología
- 1.3 El dilema micro-macro como criterio de clasificación de las teorías sociológicas
- 1.4 ¿Cuál interaccionismo?

### **Capítulo 2** Condiciones histórico-sociales de posibilidad de las teorías sociológicas de Strauss y Goffman

- 2.1 Sociología en Chicago I: El New Deal y la Segunda Guerra Mundial. Elementos para un socioanálisis
- 2.2 Sociología en Chicago II: entre baseball, café en la *commons room* y jazz en el bar de la calle 55ª

### **Capítulo 3** Elementos estructurales en los interaccionismos de E. Goffman y A. Strauss

- 3.1 La perspectiva situacional de la Identidad
- 3.2 Estructuras e instituciones
- 3.3. Las formas de aproximación a la realidad

## Conclusiones

## Bibliografía

## Introducción

En la historia de la teoría sociológica, se puede advertir una constante de carácter metateórico, que ha confrontado a las diversas propuestas de investigación social: la discusión acerca del vínculo micro-macro. De acuerdo con Barry Barnes (2001), esta discusión ha sido importada desde el campo de las ciencias naturales, donde se originó a partir de preguntas básicas relacionados con los niveles de organización de la materia, ya sea en el ámbito molecular de la física ó celular en el terreno de la biología<sup>1</sup>. En el campo de las ciencias sociales, el dilema micro-macro tiene que ver con las cuestiones de si los procesos sociales a gran escala son una reproducción de mayor tamaño de lo que ocurre en círculos sociales más específicos o viceversa, o si quizás son fenómenos independientes que tienen lógicas propias. Es decir, si existe o no alguna clase de relación de determinación entre los grandes procesos histórico-sociales y las experiencias localizadas y transitorias que afectan a un menor número de personas, o si por el contrario no hay una forma de reducir una cosa a la otra. Por otro lado, esta discusión se intensifica en la sociología al vincularse con las preguntas relacionadas con la acción y la estructura: ¿es la estructura social la responsable

---

<sup>1</sup> Esto se explicaría en parte si tenemos en cuenta que la sociología surgió en Francia con una expectativa de cientificidad que la hizo emular en muchos aspectos a las ciencias naturales (entre otros aspectos, por la búsqueda de leyes naturales del acontecer social, que tenían como presupuesto un cierto orden del mundo, basado en las ideas de la biología y de la física de principios del siglo XIX). No obstante, habría que explicar por qué hoy en día el dilema persiste incluso en enfoque sociológicos que rechazan el naturalismo.

de todo lo que ocurre en el terreno de la acción, de tal forma que el sujeto es un simple portador de una programación establecida por las determinantes que lo rodean? ¿Qué posibilidades hay de que existan acciones voluntarias que se diferencien de las disposiciones estructurales? ¿Qué clase de influencia ejercen las acciones individuales sobre la estructura? ¿Qué posibilidades existen para la acción creativa? ¿Quién crea las estructuras y cómo se transforman? El apartado 1.3 del capítulo 1 sitúa y actualiza el estado de esta discusión dentro de la teoría sociológica y el punto de vista desde el cual será abordado por esta investigación. En general, este debate pertenece a un nivel previo al de la investigación empírica propiamente dicha. Convencionalmente, podemos hablar de un nivel metateórico dentro de la sociología (Ritzer, 1992, Zhao, 2001), pues mientras que la teoría sociológica construye explicaciones sobre la realidad social, la metateoría construye explicaciones acerca de la teoría sociológica. En este sentido, estamos hablando de los presupuestos de la realidad que se encuentran detrás de cualquier propuesta teórica desde la que queramos abordar la realidad social. Es decir, **no hay una investigación sociológica** que pueda prescindir de un posicionamiento frente a esta discusión, pues independientemente de la metodología que se elija, la investigación de campo siempre es guiada por un conjunto de suposiciones acerca de la realidad que se aborda, aunque en el peor de los casos a veces no se es consciente de ello (Bourdieu, 1975). Y es en esos supuestos en donde podemos analizar qué clase de relación asume tal o cual enfoque con respecto a la relación entre las preguntas planteadas anteriormente (lo cual no está exento de complejidad si reconocemos que no necesariamente todos los enfoque sociológicos comparten la diferenciación micro-macro o acción-

estructura, lo cual nos lleva a reconocer que frente al dilema micro-macro algunas teorías optan por reducir lo macro a lo micro, otras por reducir lo micro a lo macro, otras a tratarlas de manera excluyente mediante enfoques dualistas, algunas buscan otra clase de vínculos y finalmente existen aquellas que niegan la existencia del problema (v. Barnes, 2001). El apartado 1.2 del capítulo 1 de esta tesis analiza el estatus de la metateorización como actividad legítima de la sociología del conocimiento y sus implicaciones frente a la filosofía del conocimiento.

De la gran variedad de teorías sociológicas, quisiera hablar en particular de una que se gestó en los Estados Unidos durante el siglo pasado. El interaccionismo simbólico fue un término acuñado en los años sesenta por Herbert Blumer(1984) en la Universidad de Chicago, para plantear un nuevo enfoque de la realidad desde la sociología caracterizado por la presencia de las construcciones simbólicas como mediadoras de las acciones recíprocas entre los individuos basada en tres premisas básicas: a) Los seres humanos actúan hacia las cosas sobre la base de los significados que esas cosas tienen para ellos; b) El significado de tales cosas se deriva o parte de las interacciones entre las personas y c) Esos significados son usados y modificados mediante un proceso interpretativo durante la experiencia.

Junto con Everett Hughes, Blumer ejerció una influencia importante en una generación de estudiantes graduados a los que enseñó en la Universidad de Chicago en los años cuarenta y principios de los cincuenta, la cual incluyó a estudiantes notables como Howard Becker, Erving Goffman, Joseph Gusfield, Helena Lopata, Gregory Stone, Anselm Strauss y Ralph Turner, entre otros,

quienes posteriormente desarrollaron líneas diversas desde la perspectiva interaccionista y se convirtieron en lo que hoy en día se conoce como la Segunda Escuela de Chicago (Sandstrom, et al., 2001).

Con el tiempo, el término fue englobando más investigadores (algunos discípulos de Blumer, otros no) y fue superando las fronteras de Chicago para extenderse a otros centros de investigación de los Estados Unidos. De tal forma que hoy en día existe una gran variedad de vertientes del interaccionismo simbólico, así como de autores que llegan a tener poco en común. Esto se debe en gran medida a que lo que hoy se interpreta como una tradición de investigación, nunca se consolidó como tal, en el tiempo de su fundación por Blumer. Ni siquiera constituyó una escuela de investigación dominante y los miembros de las generaciones que le dieron origen tuvieron poco contacto entre sí. Sin embargo, hoy en día existen grupos de investigación que se reivindican como portadores de la herencia del interaccionismo simbólico, se autodenominan interaccionistas e incluso, publican revistas como la de **Symbolic Interaction**, que hacen alusión a una tradición de investigación sociológica. Aunque debido a la gran heterogeneidad de posturas no es fácil hacer juicios generalizantes al respecto, sin hacer una aclaración previa de a quienes nos estamos refiriendo cuando hablamos del interaccionismo simbólico. En este contexto y con respecto al dilema micro-macro descrito arriba, el interaccionismo simbólico ha sido calificado como una teoría “microsociológica” (Gouldner, 1973), “individualista” (Alexander, 1989) y “voluntarista” (Zeilitin, 1973, Wallace, 1969), que deja de lado las cuestiones estructurales y tiene grandes limitantes para dar cuenta de problemas como el del orden social y el cambio, así como de la acción colectiva.

Sin embargo, a 50 años de la creación del término por Herbert Blumer, es necesario comenzar por distinguir que el interaccionismo simbólico no es una sola tradición de investigación sociológica. Es decir, tiene variaciones y tendencias de acuerdo con los autores, los lugares y las épocas en las que se ha desarrollado. Y más importante todavía, dentro de esas variaciones existen elementos colectivistas y estructurales, así como vínculos micro-macro (Collins,1994) que encierran una posición alternativa dentro de este debate que ha sido negada o poco explorada.

Debido a lo anterior esta investigación tiene por objeto responder a la pregunta: ¿cuáles son los supuestos del interaccionismo simbólico que permiten abordar el vínculo analítico micro-macro desde una perspectiva estructural?

Para abordarla, parto de una hipótesis de trabajo que supone que en la sociología de al menos dos herederos de una vertiente de la tradición interaccionista, se encuentran contenidos los elementos estructurales que permiten entender el vínculo micro-macro de dos formas alternativas: por un lado, los trabajos de Goffman y por otro, los de Anselm Strauss, ambos vinculados con una influencia común: G.H. Mead. Para lo cual ofrezco una distinción entre las vertientes teóricas y generacionales del interaccionismo simbólico para llegar a una adecuada delimitación del objeto de estudio y del universo teórico que comprenderá esta investigación en el apartado 1.4 del capítulo I.

A través de una revisión teórica, mostraré la pertinencia de proponer a Goffman y a Strauss para establecer los presupuestos estructurales que forman parte de sus investigaciones. Ambos autores ejercieron la investigación de campo con más frecuencia de lo que se detuvieron para establecer los presupuestos teóricos de

sus trabajos. Sin embargo, *Frame Analysis* de Goffman (1971) y *Continual Permutations of Action* (1993), *Negotiations: Varieties, Contexts, Proceses, and Social Order* (1978), así como las obras sobre Teoría fundamentada de Strauss (Strauss y Corbin, 2002; Strauss y Glaser, 1999), se ofrecen como un material rico para el análisis metateórico de sus propuestas. El análisis de sus trabajos de sociología empírica acompañará la reflexión metateórica para mostrar las implicaciones del posicionamiento de cada uno de los autores frente al vínculo micro-macro en dichas investigaciones.

No obstante, es preciso aclarar que esta investigación es realizada desde el campo científico de la sociología mexicana y en esa medida, me adscribo a la identificación de que lo que distingue este campo de los demás es la capacidad de reconocer que “las formas de pensamiento son productos sociales, incluidas las formas de racionalidad y la misma sociología” (Castañeda, 2004:285), o en palabras de Bourdieu, que la sociología constituye una construcción simbólica que se convierte, en el mejor de los casos, en objeto de sí misma al explicitar los contextos de posibilidad en los que se gesta su discurso (Bourdieu, 2003). Por esta razón, el apartado 1.1. del capítulo 1, ofrece humildemente un ejercicio de reflexividad por parte de la investigadora, con la intención de objetivar al sujeto que objetiva en los contextos histórico sociales a los que pertenece, para tratar de explicitar quién y desde dónde está haciendo la investigación.

Por otro lado, y aplicando el mismo principio al objeto de estudio, trataré de organizar el análisis de los contenidos, en primer lugar, a partir de los criterios relacionados con las condiciones histórico-sociales de posibilidad de la sociología de ambos autores, lo cual me llevará a hacer una objetivación (en el sentido de



Bourdieu; Bourdieu, 2003) de Strauss y Goffman en el contexto histórico- social en el que surgieron sus teorías, y de qué forma, al pertenecer a una misma generación espacial y temporal, recibieron influencias comunes que se tradujeron en preocupaciones centrales de sus investigaciones. En segundo lugar, intentaré objetivar a los autores con respecto al campo científico en el que se vieron inmersos (cuál era su posición en el campo, con quienes se formaron, qué influencias recibieron, con quienes se asociaron y finalmente en qué instituciones realizaron sus trabajos más representativos). Todo lo anterior en el capítulo 2 de este trabajo.

En tercer, lugar, trataré de situar los trabajos de Strauss y Goffman en el campo de las ideas, tratando de identificar los supuestos que subyacen a sus teorías, explicitando el origen de éstos y sus contenidos con respecto al problema que nos ocupa: ¿cómo conciben la relación entre acción y estructura desde sus propuestas teóricas? ¿Cómo construyen a partir de esta relación sus objetos de estudio desde la sociología? ¿Cuál es la metodología que proponen y emplean para abordarlos? Se dedicarán los capítulos 3 y 4, respectivamente, a cada uno de los autores para poder compararlos en la parte final de esta investigación y analizar hasta dónde sus propuestas constituyen o no lecturas alternativas al dilema acción/estructura en el estado actual de su debate.

## Capítulo 1. Naturaleza y planteamiento del problema de investigación

### 1.1. Un ejercicio de reflexividad

Antes de abordar directamente el tema que ocupa a esta investigación, es preciso detenerse a considerar algunos aspectos relacionados con su estatus, desde el punto de vista de la propia sociología.

De acuerdo con Pierre Bourdieu (2003), las ciencias sociales, ante las demás ciencias, tienen tres peculiaridades que explican las dificultades que enfrentan para ser reconocidas como ciencias autónomas y para que sus descubrimientos sean aceptados por unanimidad: por un lado, **carecen de reglas claras** y estrictas de ingreso al campo disciplinar; en segundo lugar, **suelen estar más expuestas a influencias ajenas** al campo científico, dada la trascendencia de sus estudios y las implicaciones políticas y sociales de sus afirmaciones (el problema de autonomía del campo científico social); y finalmente, **el proceso de construcción científica implica una doble complejidad**: “los hechos sociales están contruidos socialmente, y todo agente social, como el científico, construye de mejor o peor manera, y tiende a imponer con mayor o menor fuerza, su singular visión de la realidad, su «punto de vista»(...)” (Bourdieu, 2003:153)

Por todo esto es preciso que el científico social tenga una clara conciencia de estos problemas y trate de manera explícita de reconocerlos y enfrentarlos:

La reflexividad no sólo es la única manera de salir de la contradicción que consiste en reivindicar la crítica relativizante y el relativismo en el caso de las restantes ciencias, sin dejar de permanecer vinculado a una epistemología realista [sino que además, gracias a ésta] (...), la ciencia social, tomándose a sí misma como objeto, se sirve de sus propias armas para entenderse y controlarse

(y) es un medio especialmente eficaz (para) reforzar las posibilidades de acceder a la verdad reforzando las censuras mutuas y ofreciendo los principios de una crítica técnica, que permite controlar con mayor efectividad los factores adecuados para facilitar la investigación. (Bourdieu, 2003:155).

Para el caso de esta investigación es importante partir de la premisa de que “la ciencia social es una construcción social de una construcción social” (Bourdieu, 2003:153) y en esa medida comenzar por aceptar que los científicos sociales vivimos inmersos en varios campos articulados por relaciones sociales, lo que tiene como consecuencia que los parámetros de construcción científica vayan más allá del terreno comúnmente conocido como epistemológico (en sentido filosófico estricto) y se desplacen al terreno de la ciencia social, que se toma a sí misma por objeto. Estamos hablando en este sentido, de la sociología de la sociología. Es decir, lo que en palabras de Bourdieu sería “objetivar el sujeto de la objetivación”. Esto es posible si el investigador da a conocer elementos de los diferentes contextos a los que pertenece, para que pueda llevarse a cabo un socioanálisis, es decir, una reflexión acerca de las condiciones sociales de posibilidad de dicha investigación y cómo éstas influyen en la construcción del objeto, la aproximación y los hallazgos. Un conjunto de coordenadas en distintos niveles permitirían a otros, de esta manera, situar al investigador y a su investigación en su universo de sentido, con referencia a las prácticas y representaciones de los contextos sociales a los que pertenece, que constituyen las condiciones sociales de posibilidad de ese conocimiento, o en términos goffmanianos, explicitar los marcos sociales interpretativos (Goffman, 1977) de referencia del autor como actor social,

y en la medida de lo posible, establecer los alcances y limitaciones de la investigación. No obstante, el interaccionismo reconoce que esos marcos interpretativos se establecen en una lucha de representaciones de la realidad que se convierten en la interpretación de la misma, pero además configurándola, por lo que la reflexión invita a explicitar desde donde se construye esa realidad social que a su vez propone una representación de sí misma desde el punto de vista científico.

Bourdieu propone que el socioanálisis se ofrezca al menos en tres niveles de referencia principales: **a) La objetivación de la posición del sujeto de la objetivación en el espacio social global (“su posición de origen y su trayectoria, su pertenencia y sus adhesiones sociales y religiosas” (Bourdieu, 2003:163)); b) La objetivación de la posición del sujeto de la objetivación en el campo de los especialistas (“y la posición de ese campo, de esa disciplina en el campo de las ciencias sociales) ya que cada disciplina tiene sus tradiciones y sus particularismos nacionales, sus problemáticas obligadas, sus hábitos de pensamiento, sus creencias y sus evidencias compartidas, sus rituales y sus consagraciones, sus presiones en materia de publicación de los resultados (...)” (Bourdieu, 2003:163); y, finalmente c) Objetivar todo aquello que constituye la creencia de una ausencia de parcialidad (“la sociología de los intelectuales permite descubrir una forma especial que es el desinterés por el desinterés” (Bourdieu, 2003:163).**

Intentando hacer un honesto ejercicio de reflexividad que permita contextualiza mi estudio sobre el interaccionismo simbólico, puedo decir, con respecto al **primer nivel**, que el espacio social global que, corresponde a una etapa de la vida

nacional (de México) que se caracteriza por el triunfo de las corrientes políticas de derecha y el desmantelamiento del estado de bienestar que comenzó hace más de 25 años, con la implementación de las recomendaciones de las escuelas llamadas neoliberales, impuestas por el Fondo Monetario Internacional. Que en ese contexto de austeridad económica y de privatizaciones (resultado de una tendencia de carácter mundial), y proveniente de un origen social de clase media, me formé bajo el abrigo de una universidad pública capitalina, que en nuestro país se caracteriza por estar vinculada estrechamente con la investigación, así como por el patrocinio del Estado.

El contexto político de los últimos 20 años se ha distinguido por un conjunto interminable de reformas electorales que han buscado transformar las reglas del sistema político mexicano, de un autoritarismo tradicional disfrazado de democracia procedimental a un “Estado de derecho”, que ha encontrado grandes obstáculos dentro de la misma clase política, la cual ha intentado infructuosamente su modernización. No obstante, el resultado ha sido la difusión de discursos oficiales orientados al reconocimiento del pluralismo y la diversidad social, así como a la alternancia política, los derechos de las minorías y la igualdad de género. Todo esto forma parte de un marco que tendrá relaciones de causalidad con el siguiente nivel de socionálisis que tiene que ver con el estado actual de la sociología en México, desde la cual desarrollo mi investigación.

A pesar de que la tendencia religiosa en este país se inclina mayoritariamente hacia el catolicismo, y de que esto no impide la proliferación de otras religiones, como las incontables variedades del protestantismo, la autora no tiene ninguna

filiación religiosa, sino una posición crítica de las categorías mentales que proveen las distintas religiones a los sujetos que las practican.

Finalmente, en cuanto a las adhesiones sociales e ideológicas, simpatizo con los movimientos considerados de izquierda y con algunas variantes del feminismo sin alcanzar la radicalidad ni el activismo en ninguno. Lo más importante a destacar en este nivel del socioanálisis, para efectos de la investigación, es quizás que me separa una distancia histórico-social y cultural muy grande con respecto a los fundadores y herederos del interaccionismo simbólico. A partir de esa distancia, y siguiendo los pasos de Hans Joas (a quien escuché hacer una comparación similar en el año 2001), puedo decir que no soy “blanca”, ni anglosajona, ni protestante ni mucho menos perteneciente al género masculino, considerando que el tipo social de al menos la primer generación de interaccionistas, pertenecía al llamado sector WASP (abreviatura comúnmente usada para referirse al estereotipo del *white, anglo-saxon, protestant individual*). Si reconocemos como valido lo que entre otros autores afirma Stephen Kalberg:

Se sostendrá que la sociología, desarrollada en el contexto de comunidades de conocimiento ubicadas en regiones y naciones específicas, tanto como delineada por dinámicas históricas, políticas, religiosas y sociales, consiste, desde su nacimiento, por lo tanto, en un proyecto afincado en significativa medida en la singularidad de las regiones y naciones (Kalberg, 2007:207, traducción de José Hernández Prado)

la no pertenencia a los grupos mencionados planteará un primer reto con respecto a la aproximación a mi objeto, pues esto me remite al problema de la recepción y

traducción de una teoría extranjera a un contexto social distinto al de sus condiciones de origen y posibilidad.

En el siguiente nivel de socioanálisis intentaré ofrecer una alternativa satisfactoria para librar este primer obstáculo, cuya respuesta debe comenzar con el reconocimiento de su existencia.

Con respecto al **segundo nivel**, la objetivación en el campo de los especialistas y de la sociología nacional frente al resto (tradiciones, particularismos, creencias y prácticas, etc.), debería comenzar por coincidir con el diagnóstico de Fernando Castañeda sobre la sociología mexicana: que ella es malinchista y chovinista al mismo tiempo. Por ser una disciplina que no ha logrado autonomizarse por completo de la influencia del Estado y de los problemas que se plantean como los grandes temas nacionales, nuestra sociología no es una por y para la sociología misma, pues no ha logrado consolidarse como una ciencia que encuentre una justificación interna. Por esta razón la mayoría de las investigaciones sociológicas no son sino la importación de teorías extranjeras que son poco asimiladas y en la medida en que no logran ser incorporadas, se argumenta, incurren en la incompetencia y la especificidad local (Castañeda, 2004). Las razones de este diagnóstico pueden identificarse en la carencia de una tradición de investigación propia, ligada a la historia de su institucionalización y a la naturaleza de sus objetivos vinculados estrechamente a las necesidades estatales, que prácticamente cambian con los sexenios políticos, lo cual se refleja en la formulación de problemas y la adopción de enfoques que se reemplazan casi cada década, desde 1940.

En su primer fase de institucionalización, la sociología mexicana se fundó académicamente bajo el liderazgo de Lucio Mendieta y Núñez (1895-1988),

especialista en derecho agrario, cuyas influencias teóricas centrales fueron Comte y Durkheim, así como sus referentes nacionales Gabino Barreda, Justo Sierra, Manuel Gamio, Porfirio Parra y Ricardo García Granados, entre otros. Su propósito era “obtener herramientas cognitivas susceptibles de ser aplicadas a un hipotético proceso de integración nacional homogéneo” (Olvera, 2007:56-57). En tanto que la problemática y los objetivos estatales se orientaban al problema del mestizaje y la incorporación de la población indígena, los conceptos destacados por él fueron los de raza, cultura, costumbre, etnia y hábito y fueron reemplazados en los años cincuenta por los de “sociedad”, “agrupamiento”, “mecanización social”, “burocracia”, “desarrollo”, una vez que el proyecto gubernamental se orientó hacia los procesos de modernización de las estructuras, abandonando los enfoques antropológicos y abrazando el estructural-funcionalismo (Olvera, 2007:58-59).

No obstante, y de forma previa a esta etapa de institucionalización, aparecieron a principios de siglo XX los trabajos de Antonio Caso, enfocados desde una sociología que se podría ubicar dentro de la tradición de investigación “culturalista” (Hernández Prado, 1994), en un esfuerzo por cuestionar y corregir la tradición positivista que se instaló para quedarse durante el Porfiriato. A pesar del aporte reflexivo de este proyecto filosófico, su escasa trascendencia en la sociología mexicana de años posteriores puede entenderse en función de la propia dinámica política posrevolucionaria que requirió de las ciencias sociales para modernizar al estado (Valenti, 1990; Castañeda, 1990; Hernández Prado, 1994; Farfán, 1994; Olvera, 2007; entre otros) y llevar a cabo la planificación y ejecución de políticas orientadas por la creencia positivista de que el conocimiento científico de la sociedad es capaz de dirigir a ésta hacia el “progreso”, que para mediados del siglo



XX se convirtió en sinónimo de “desarrollo”. Este interés sirvió de base a la creación del Instituto de Investigaciones Sociales, en 1940 (Loyo, 1990).

Así, la ausencia de una metodología específica que prometiera resultados comprobables y generadores de políticas públicas, llevó a que la sociología de Antonio Caso (Hernández Prado, 1994) perdiera la batalla de las representaciones sociales por no servir a los fines prácticos del Estado, ejemplo que basta para mostrar la gran influencia que ha tenido el patrocinio de éste para el nacimiento y auge de ciertas tendencias de la investigación social en nuestro país. Por otro lado es un ejemplo característico de la sociología mexicana, que expone la ruptura y reemplazo de programas de investigación, que eventualmente caen en el olvido.

El triunfo de la Revolución cubana trajo consigo dos corrientes opuestas dentro de la sociología mexicana: por un lado, la intención de inhibir cualquier posibilidad de revolución, desde la perspectiva de Mendieta, y por otro, el interés por producirla, desde una influencia marxista importante y la fundación de la sociología crítica, a través de los trabajos y la labor docente de Pablo González Casanova a finales de los años cincuenta y principios de la década de los sesenta (Olvera, 2007:61). Desde la dirección de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, González Casanova modificó el sentido de la sociología mexicana, reformando los planes y programas de estudio de la que excluyó a los colaboradores de Mendieta (una generación de abogados-sociólogos) y en la que incluyó a docentes provenientes de la economía, historia, filosofía, politología y antropología, con el objeto de darle una orientación empírica a la formación de los nuevos sociólogos, pero sobre todo, dando un sentido crítico a la ciencia social con una fuerte influencia marxista '*sui generis*' (Farfán, 1994; Olvera, 2007:62). Lo cual introdujo en las

ciencias sociales una tendencia opuesta al *statu quo*, que pudo haber significado la ruptura de la relación de dependencia entre sociología e intereses gubernamentales. No obstante, por diferentes razones históricas ese cambio no se logró del todo. Por otro lado, a pesar de la gran labor de este intelectual destacado por romper con los enfoques positivistas, la sociología de los años sesenta y setenta se caracterizó por una fuerte influencia estructuralista que se vio reflejada por las diferentes versiones de la teoría de la dependencia, así como por los temas, problemas y herramientas conceptuales que se formulaban desde las ciencias sociales (Bagú, 1985; Cueva, 1979; Torres-Rivas, 1990).

Si Bourdieu identifica la escasez de normas de derecho de ingreso al campo sociológico como un problema de la sociología francesa, podemos afirmar que la sociología mexicana atraviesa por una situación equivalente. El caso francés se explica a partir de la fuerte influencia que la filosofía y las humanidades han ejercido sobre la sociología, a raíz de que la Segunda Guerra Mundial arrasó con la incipiente tradición sociológica que habían comenzado a asentar los discípulos de Durkheim (Bourdieu, 2003, Kalberg, 2007). No obstante, en el caso mexicano, el hecho, por un lado de que una primera generación de abogados interesados en las ciencias sociales se convirtiera en la encargada de formar a futuros sociólogos, y por otro, que décadas más tarde, se incorporara a la docencia de la sociología una gran diversidad de disciplinas orientadas por la influencia del marxismo, que reinaría en las ciencias sociales durante las dos décadas siguientes, explican la ausencia de requisitos de ingreso al campo sociológico, y por consiguiente, una crisis de identidad dentro de la disciplina.

Por todo esto, no es difícil entender que la “crisis de los paradigmas” se convirtió en un lugar común en la década de los ochenta cuando había que dar cuenta del estado de las ciencias sociales. Alfredo Andrade (1995) afirma que este período, más que corresponder a una etapa de crisis, puede considerarse un momento de redefinición de consensos teóricos. Una vez que las teorías desarrollistas y dependentistas agotaron su capacidad explicativa, los sociólogos mexicanos se dieron cuenta de que no contaban con un bagaje metodológico suficientemente sistematizado para emprender investigaciones empíricas, ni una adscripción a los clásicos que los saque de las contradicciones ideológicas en las que han quedado atrapados. En consecuencia, (afortunadamente para las siguientes generaciones) estos se volcaron a la lectura de autores que van a ser redescubiertos después de haber permanecido en el olvido (a pesar de los primeros trabajos de traducción de los transterrados españoles, en los años cincuenta) siendo un ejemplo importante el caso de las re-lecturas de Max Weber (Aguilar Villanueva, 1983). No obstante, hubo otras tendencias producto de un acentuado criticismo hacia los grandes planteamientos teórico-políticos que llevaron a la preferencia por los estudios empíricos, y con ello a debates metodológicos que consideraron que la teoría era irrelevante para la práctica cotidiana (Zabludovsky, 1995), hasta el punto en que surgieron entonces y abundan en nuestros días, investigaciones empíricas disociadas de la teoría.

A esto hay que agregar un proceso que iniciaría en la década de 1980, en México y que se intensificó en los años noventa alcanzando hoy en día su máxima expresión, aunque carente de justificación académica: el de la dispersión y extrema especialización de la sociología. De acuerdo con Farfán (2005:221), estos procesos

han ocurrido en otros países como resultado de la consolidación de grupos y tradiciones de investigación tras la institucionalización de la disciplina y su arraigo.

Sin embargo:

Frente a esto, la sociología mexicana se debate también, como lo explica el doctor Luis Aguilar, en un estado de dispersión y fragmentación, pero por razones distintas a lo que sucede en la sociología occidental, pues a pesar de que hace mucho hemos alcanzado el nivel de la institucionalización de la disciplina, esto no asegura ni indica la presencia de tradiciones consolidadas a partir de las cuales se proyecten hoy diversos ámbitos de investigación, conquistados al precio del trabajo de largas generaciones y de productos reconocibles como patrimonio común de nuestra ciencia social. Sujetos al influjo continuo de las modas teóricas que nos llegan de Europa y de los Estados Unidos, vivimos en un estado de reinención continua de la sociología, perdiendo así nuestra memoria histórica (Farfán,2005:221).

Es decir, la especialización de una ciencia que no ha consolidado un núcleo disciplinar ha resultado riesgosamente en un conjunto de sociologías (del trabajo, urbanas, de la educación, de la política, etc.) que se convierten en malas versiones de politología, antropología, filosofía, etc., en las que la palabra 'sociología de' se convierte en un prefijo que en realidad significa 'tratado de'. Dicha especialización ha tenido un respaldo institucional con la formación de cuerpos académicos que lejos de provenir de un grado avanzado de producción, emanan de las relaciones de poder al interior del campo científico. Esto sumado a las políticas gubernamentales (que ahora otorgan preferentemente apoyos y reconocimientos a colectivos, más que a individuos, aunque esto no implique necesariamente un trabajo común), somete la creación de conocimiento a

intereses distintos a los científicos. Lo más grave es que esta tendencia ha llegado hasta la docencia, espacio en el que los sociólogos culminan su formación en “áreas de concentración” que lejos de confirmar su adscripción disciplinar, la diluyen. Por ejemplo, Fernando Castañeda sostiene que los contenidos que se enseñan en la formación de los sociólogos por años han obedecido a estos requerimientos externos al campo sociológico y que hoy en día la propia sociología ha sido desplazada en esos contenidos y en tanto que prevalecen en la enseñanza de la disciplina los enfoques de la nueva macroeconomía política (rational choice), el regreso de la filosofía política (neocontractualismo) y la semántica reducida a la arbitrariedad del signo (posmodernismo) (Castañeda, 2004), con la consecuencia de que estos últimos son discursos pertinentes para justificar las decisiones gubernamentales.

La pregunta que se deriva de este diagnóstico sería: ¿y para qué es necesaria una tradición sociológica nacional fuerte? Si como afirma José Hernández Prado (1995), la sociología no es una sino muchas y si hay algo que la caracteriza, ello es su pluralidad y su heterogenidad. Para responder a este cuestionamiento me gustaría pasar al tercer nivel del socioanálisis: la objetivación de todo aquello que constituye la creencia del desinterés por el desinterés.

Mi aproximación al interaccionismo simbólico, a pesar de sus modestas pretensiones de cientificidad, no es ajena a intereses. Estos se ven reflejados en la elección del propio interaccionismo simbólico como un enfoque sociológico que permite hacer una crítica del poder (a pesar de que ha sido criticado por carecer de una teoría de este). A través del estudio de las representaciones y las interacciones, la tercer generación de interaccionistas norteamericanos, objeto de

mi investigación, encontraron una manera creativa de cuestionar lo que se considera “normal” a partir de sus “desviaciones”, y tanto Strauss como Goffman, me permiten identificar en sus trabajos algunos rasgos de mi interés particular en una sociología crítica. Ese interés además se dirige a una sociología que permita entender lo social a partir de la articulación entre teoría e investigación de campo, mediante un conjunto de procedimientos que hagan posible la construcción de conocimiento coherente en un nivel ontológico, epistemológico y metodológico.

Y aquí es donde considero que, aunque podemos reconocer que no hay una, sino muchas sociologías, estas deben caracterizarse por algún tipo de adscripción que nos permita reconocerlas como tales. Quizás el problema no es que no compartamos la misma tradición de investigación sociológica, sino que ni siquiera nos interesa adscribirnos a alguna. ¿Cómo pensar en la subdisciplina y en la interdisciplina, si ni siquiera tenemos segura la disciplina? De tal forma que mi preocupación, lejos de ser parroquial, se dirige a la necesidad que sintieron los clásicos (como Durkheim) de deslindar a la sociología de la filosofía y la psicología, por ejemplo. El problema de los límites disciplinares (incluyendo el tan mentado por Bourdieu, “derecho de admisión”), es diferente al asunto de la pluralidad o heterogeneidad de la sociología, por lo que coincido con Fernando Castañeda cuando afirma que:

La sociología debe ofrecer un espacio de neutralidad frente a las ideologías, la religión, la condición social, etcétera, y sólo en la medida en que ninguna de estas dimensiones o discursos pueden dar fundamento a la explicación sociológica. No se trata del viejo ideal de la razón

universal, ni siquiera del ideal de las teorías normativas de la razón científica. La sociología puede ser un espacio de entendimiento universal para sujetos de culturas, religiones e ideologías diferentes en la medida en que es particular. (Castañeda, 2004:287)

Finalmente, cabe reconocer que mi interés en el interaccionismo simbólico (que ha escapado al interés de las necesidades gubernamentales y que por lo tanto tiene escasa presencia en la docencia y la investigación) radica en la búsqueda de una propuesta de lectura de una teoría extranjera, que se gestó en otro tiempo y en otro lugar, bajo supuestos y condiciones de posibilidad distintos a los de la sociología mexicana actual. Esto podría sonar a otra práctica arraigada en nuestro ambiente académico y que Castañeda describe de la siguiente manera:

El intelectual se convierte en traductor de las formas y las tradiciones externas al contexto interno. Rara vez traduce las formas internas a las externas y cuando lo logra, es un creador excepcional. Normalmente, el intelectual traduce lo externo a lo interno sin sentirse copartícipe de esas formas externas y cuando se ve confrontado por ellas se refugia en la “singularidad de su nación” (Castañeda, 2004:89-90)

Ante lo cual, el reto que se presenta es tener la capacidad de aproximarme a un contexto distinto, desde mi propio universo de sentido (llámese horizonte de comprensión, marco interpretativo, etc.), asumiendo la posibilidad de ese espacio de entendimiento universal de que hablaba Castañeda en la cita anterior y apelando a la capacidad que tenemos los sujetos de rehusarnos a ser receptores pasivos y ensayar respuestas creativas (como lo asume el propio interaccionismo simbólico).

He tratado de establecer aquí, pues, quién investiga y desde dónde, así como la relación y posición de la investigadora frente a su objeto de estudio. A continuación formularé la manera en que me aproximaré a mi objeto de estudio, así como la naturaleza del problema que construyo y su delimitación.



## 1.2 La metateorización como práctica de la sociología

*Así, sólo cuando descubrió que su paradigma en vías de consolidación – el sistema—corría un grave peligro, la disciplina se sintió tentada de abrir esa caja de pandora que era la sociología de la sociología (Friederichs, 1970:31).*

Mi investigación sobre la dimensión estructural del interaccionismo simbólico se inscribe dentro de la sociología. Específicamente en una subdisciplina de ésta que podríamos llamar “sociología de la sociología” (Friederichs, 1970), “metateorización” (Ritzer,1988), metasociología (Zhao,2003; Turner,1990) e incluso, sociología del conocimiento (Fuchs,1991).

A pesar de la gran diversidad de perspectivas sobre la definición y objeto de esta subdisciplina, la mayoría de los autores que se han ocupado del tema coinciden en que consiste en un estudio de segundo orden. No obstante, “no todo estudio sobre otro estudio cae en la categoría de metaestudio” (Zhao, 2003:386), por lo que la primera demarcación de la metasociología se hace frente a las reseñas de investigación, debido a que estas últimas carecen de reflexividad:

En suma, el metaestudio es el monitoreo **reflexivo** del propósito, proceso y producto del primer orden de estudio en la forma de autoexaminación y autodirección de los practicantes (Zhao, 2003:386).

De tal forma que recientemente el uso del prefijo “meta” ha sido empleado en las ciencias sociales (en general significa “después de”, “acerca de” y “más allá de” [Zhao, 1991:377]) para designar el estudio reflexivo de la práctica de la disciplina (metasociología) o de los métodos de investigación en cuanto a los presupuestos

detrás de los procedimientos, su evaluación y renovación (metamétodo)<sup>2</sup>, así como de la teoría (metateorización) (Zhao, 1991:378):

Si la teoría es un entramado conceptual que permite modelizar, interpretar y analizar un determinado dominio de objetos, versa sobre el mundo, la metateoría trata de ese entramado conceptual y discursivo que es la teoría, es una reflexión sobre los conceptos, los criterios, los modelos y los supuestos de la teoría (García Selgas, 2001:280.281).

Independientemente de que es posible afirmar que en cierta medida los clásicos de la sociología llevaron a cabo una reflexión sobre la teoría (Ritzer, 1990 expone los casos de Parsons y de Marx, para afirmar que todo teórico de la sociología ha tenido la necesidad de hacer algún tipo de metateorización), y de que otros sociólogos realizaron trabajos previos a la década de los cincuenta que denotaban interés y esfuerzos encaminados a una reflexión sociológica sobre la práctica de la sociología, fue después de la primera mitad del siglo XX cuando en los Estados Unidos apareció toda una generación de investigaciones que problematizaban los presupuestos sociales de la construcción de la teoría, sus implicaciones y sus alcances.

Charles Lemert (1988:793 y ss), en un artículo sobre la “generación de los setenta” y el futuro de la teoría social, hace hincapié en que en esa época, el centro de la preocupación intelectual fue ocupado por la relación entre conocimiento y poder. Un texto representativo de esta generación es **La**

---

<sup>2</sup> Zhao incluye como meta estudio el análisis del análisis de datos que consiste en: “(1) el estudio de supuestos subyacentes a varios procedimientos de análisis de datos; (2) la comparación de diferentes formas de datos en términos de su calidad y utilidad; y (3) la síntesis de los hallazgos de un rango de investigaciones relacionadas con el mismo fenómeno (Zhao:1991:379), refiriéndose a éstos como “metaanálisis de datos”.

**imaginación sociológica** (1959) de C.W. Mills, al que le siguió la obra de uno de sus discípulos: **Sociología de la sociología** (1970) de Robert Friederichs, siendo ambos trabajos fuertemente motivados por una reacción crítica a la Gran Teoría parsoniana que comenzó su declive por esa época. Lemert suma a la obra de Mills **La crisis de la sociología occidental**, de Alvin Gouldner, **Conocimiento e interés** de J. Habermas y **La arqueología del saber** de M. Foucault, como trabajos fundacionales de una sociología interesada en dar cuenta de la relación recíproca entre producción de conocimiento y realidad social (entendida en términos de relaciones de poder). Esto coincide, de alguna manera con las dos causas que señala Zhao (1991) como explicativas de que en un momento dado lo sociólogos dieran más importancia a la metateorización: la aparición de una crisis (de la teoría parsoniana)<sup>3</sup> y un cambio repentino en la concepción del objeto de la disciplina (que a partir de los sesenta involucró un compromiso político en la construcción de conocimiento social).

Las siguientes décadas se caracterizaron por una proliferación de análisis de la teorización sociológica. Fuhrman y Snizek (1990:32-37) a través de una búsqueda en bases de datos internacionales, hicieron una comparación de la producción de libros y artículos sociológicos registrados que versaban sobre metateorización, hallando, entre 1978 y 1988 un total de 89, frente a 11 de otras

---

<sup>3</sup> “El advenimiento de la era del meta-estudio en sociología puede ser vinculada al colapso del paradigma sociológico dominante durante los años sesenta. El paradigma de los hechos sociales, especialmente su componente teórico, el funcionalismo parsoniano, había dominado la sociología estadounidense por más de dos décadas antes de que fuera seriamente cuestionada por dos paradigmas rivales: el paradigma de la definición social y el paradigma del comportamiento social” (Ritzer, [1975]1980). La emergencia de una estructura multiparadigmática en la sociología de finales de los sesenta amenazó la unidad de la disciplina y fragmentó la investigación sociológica” (Zhao,1991:381).

disciplinas como la psicología, la economía y la filosofía. Este dato explica las discusiones que se suscitaron en torno a la pertinencia de que la sociología se dedicara a la metateorización con tal abundancia<sup>4</sup>. Ese *boom* le permitió a George Ritzer hacer una clasificación de los diversos tipos de metateoría existentes y posibles en función de los problemas y niveles de análisis en los que se enfocaban. Los dos ejes de su clasificación son el interno-externo y el social-intelectual, que se combinan para ofrecer cuatro posibilidades de estudio metateórico que no son excluyentes ni contradictorios entre sí, sino complementarios.<sup>5</sup>

*“Un fantasma recorre a la sociología – el fantasma del metaestudio”*

Shanyang Zhao, 1991.

Sin embargo, la reflexión sobre la propia metateorización no está exenta de conflictos, siendo dos las preguntas centrales de la discusión: 1) ¿Es necesaria y parte del quehacer sociológico? y 2) ¿A qué se debería dedicar?

Es a la discusión de estas dos preguntas, que se encuentran vinculadas causalmente, que quisiera dedicar este apartado, pues de sus respuestas depende no sólo la construcción de mi objeto de estudio, sino su adscripción disciplinar.

---

<sup>4</sup> Hacia finales de la década de los ochenta surgieron críticas negativas hacia la práctica de la metateorización, que culminaron en la aparición de dos números de revistas sociológicas dedicados al tema en 1990 y 1991, respectivamente: **Sociological Forum, Vol.5 No.1** y **Sociological Perspectives, vol.34 No.3**.

<sup>5</sup> Para una exposición amplia de esta clasificación se pueden consultar en español: Ritzer, 1993, así como el artículo de Zabudovsky, 1995, quien la emplea para hacer un análisis de la producción metateórica en la sociología mexicana.

La pregunta sobre la necesidad de la metateorización surgió con las primeras críticas dirigidas hacia finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, por Randall Collins, Theda Skocpol y Jonathan Turner (Zhao, 2003; Ritzer, 1993, 1990, 1988, Fuhrman y Snizek: 1990). Los dos primeros señalaban que la metateorización es una tarea inútil y poco original que se reduce a la síntesis y la crítica del trabajo de otros y que además de ser poco creativa, está lejos de hacer contribuciones sustantivas a la comprensión del mundo real. Skocpol en particular, sentenciaba que la metateoría es un callejón sin salida, una práctica limitada al reduccionismo y encasillamiento del trabajo de los demás (Ritzer, 1988:187).

Por otro lado, Turner atribuía a la metateorización la formulación de problemas irresolubles que involucran a los sociólogos en discusiones filosóficas que son siempre debatibles. A estas críticas Ritzer respondió (con razón de sobra), entre otros argumentos, afirmando que paradójicamente los tres autores inconformes, eran “metateóricos de closet” (Ritzer, 1990:3) que a pesar de criticarla habían practicado alguna forma de metateoría.

Frente a las críticas, Shanyang Zhao (2003) argumentó que hay buenos y malos trabajos y que a pesar de todo, la metateorización es indispensable. Sin embargo, considero que este problema está más allá de la calidad de los trabajos y que no se puede resolver sin establecer primero cuál es el propósito de la metateorización (pregunta 2).

Una de las primeras propuestas fue la de Paul Furfey (Ritzer, 1988:189), quien desde una perspectiva positivista, consideraba que la metateoría debía ser un auxiliar de la ciencia que estableciera las características y los requisitos con los

que debía cumplir toda teoría sociológica en aras de consolidarse como conocimiento científico.

Frente a esto, Ritzer reaccionó rechazando tal prescripción epistemológica con el argumento de que principalmente el estudio metateórico sirve para comprender mejor la teoría existente, sus supuestos y sus condiciones de partida. Jonathan Turner adoptó una posición parecida:

Él [Ritzer] sostiene que en muchos otros campos, la metateoría (y uno podría agregar todas las formas de meta-análisis) es hecha después de que las teorías han sido desarrolladas y busca comprender sus presupuestos, estrategias, el conocimiento que genera o ignora etc. Sin embargo, en sociología, 'los abogados de la metateoría usualmente enfatizan que no podemos desarrollar teoría hasta que hayamos resuelto esas cuestiones epistemológicas y metafísicas más fundamentales (Turner, 1986:6) " (Ritzer, 1988:188)

Turner afirma que:

Ritzer (1988) está en lo correcto al criticar a Furfey (1953:17), quien ve a la metasociología y presumiblemente a la metateoría como proveedora de 'principios metodológicos presupuestos por la sociología'. La metateoría no es acerca de las suposiciones y presupuestos que la sociología debería tener, sino sobre la estructura y las implicaciones de las teorías existentes (Turner, 1991:38).

De ello podemos concluir que una metateorización orientada epistemológica y metafísicamente lleva a discusiones efectivamente irresolubles si su propósito es fundamentar el estatus científico del conocimiento. No obstante, hay una segunda

discusión que más allá de versar sobre lo que no debe ser, se orienta a lo que en efecto, es.

Para Ritzer, la metateoría puede tener tres finalidades que él llama **M<sub>u</sub>**, la cual tiene por objeto “una comprensión más profunda de la teoría existente (y) se ocupa, más específicamente, del estudio de las teorías, de los teóricos y las comunidades de teóricos, así como de los contextos sociales e intelectuales de los teóricos” (Ritzer, 1993:587); **M<sub>p</sub>**, que tiene por objeto el análisis metateórico de la teoría existente con la finalidad de producir una teoría sociológica nueva, y , finalmente, **M<sub>o</sub>**, que “implica un estudio de la teoría orientado hacia la meta de producir una perspectiva, por ejemplo, una *metateoría*, que abarque cierta parte, o toda la teoría sociológica” (Ritzer, 1993:587). El autor inscribe sus esfuerzos y los de otros teóricos como Alexander (hacia la construcción de una teoría multidimensional que abarque a las tendencias existentes) en éste último tipo de metateorización.

Independientemente de la plausibilidad y pertinencia del propósito del tercer tipo de teoría —que es materia de una discusión distinta de la actual—Turner orienta su revisión de la metateoría existente por un camino distinto al de la tipología de Ritzer: ¿qué es y qué podría ser?

En un artículo titulado “Usos y malos usos de la metateoría”(1991), Jonathan Turner diagnostica que la práctica de la metateoría existente abarca reseñas de la investigación, historia de las ideas, biografías intelectuales, debates filosóficos, crítica ideológica y comentarios, cuya relevancia no es menospreciada por el autor, pero sí considerada adversa al avance de la sociología como ciencia, ya que:

Nos llevan de vuelta a la historia de los pueblos y de las ideas, y no a las fuerzas y dinámicas sociales; nos envuelven en irresolubles debates filosóficos sobre ontologías, metafísica, epistemología y tal vez estética; promueven un escolasticismo insalubre que hace que sea normativo para los teóricos producir largos libros con citas extensas y notas a pie de página que serían la envidia de un estudioso de la Biblia; ofrecen comentarios sobre la ideología implícita y sesgos de tal o cual teoría, persona o escuela sin usar tales ideas para producir sino otro conjunto de sesgos ideológicos; producen vagas prescripciones que nos dicen cosas obvias sobre el estudio de la acción y el orden, conflicto y consenso, estructura y procesos; y separan la teoría de la investigación empírica y sus pruebas (Turner, 1991:39).

Hasta aquí, vale la pena hacer un alto y mirar hacia tras (reflexivamente) para darnos cuenta de que las posiciones que adoptan Furfey, Ritzer y Turner frente a la metateoría forman parte de una discusión en la que todos y ninguno tiene la razón. Es decir, para optar argumentativamente por alguna de las posiciones aquí expuestas, vale la pena metateorizar para aclarar que cada una tiene presupuestos de partida diferentes con respecto a algunos temas principales: ¿qué es científico y qué no? ¿Existen posibilidades de que la sociología genere conocimiento acumulativo? ¿Son conmesurables entre sí los diferentes enfoques existentes en la teoría sociológica? ¿Qué es la sociología? ¿Para qué sirve? Y a otros secundarios, como ¿qué papel juega la clasificación de las teorías en la construcción de conocimiento acerca de ellas? ¿Es una herramienta heurística o constituye casilleros rígidos y descalificantes? En esa medida, el único recurso con el que cuento para preferir alguna de esas propuestas es la explicitación de



sus suposiciones de partida: no porque una sea mejor que otra, sino porque conscientemente nos adherimos a alguna.

*“Una sociología consistente debe ser capaz de explicarse a sí misma”*

David Bloor, 1976

Por ello, coincido con Zhao en que la necesidad de la metateoría radica no en la epistemología, sino en la propia ontología del mundo social (una forma particular de concebir la naturaleza de lo social que da origen a una forma particular de producir el conocimiento):

- 1) “(...) Los sociólogos tienen que lidiar con un objeto de estudio que es culturalmente diverso e históricamente específico. El mundo humano consiste de una multitud de contextos significativos en los cuales la realidad está siendo definida y redefinida por individuos localizados en diferentes segmentos de una estructura social dada.
- 2) “(...) Los sociólogos son una parte integral de la realidad social que intentan teorizar. Siendo encapsulados en una tradición cultural única, situada dentro de una estructura sociopolítica dada, y afectada por varios intereses personales en el mundo de la vida, ningún sociólogo es capaz de escapar de las garras de cierto tipo de prejuicios y sesgos que vienen con su situación.
- 3) (...) No sólo el sujeto se relaciona con el conocimiento, sino que además la teoría está integrada con la práctica. En tanto el conocimiento de una situación afecta la decisión de un actor, la teoría social constituye una parte esencial de la condición de la acción social. (Zhao, 2003:388)

Con base en estos supuestos de partida, puedo apoyarme en el trabajo de Stephan Fuchs (1991) para sostener que la metateoría, lejos de ser una práctica filosófica

de discusiones infinitas, es una parte de la sociología que persigue un interés científico y que tiene un referente empírico, a saber, el conocimiento sociológico:

La sociología es enfocada como una organización profesional mundana en la cual los grupos sociales se involucran en un tipo particular de trabajo: desempeñar la manipulación de objetos simbólicos (Fuchs:1991:290).

De tal manera que los supuestos que subyacen a las teorías no tendrían, desde esta perspectiva, un análisis normativo, metafísico ni epistemológico, sino una explicación que los vincule con los universos de sentido y las prácticas del mundo social al que pertenecen los sociólogos. Entendiendo a la metateoría como parte de la sociología del conocimiento desde esta postura, podemos asumir:

1. Que la sociología es una ciencia empírica que trata de comprender los universos de sentido que subyacen a las acciones de los seres humanos para explicarlas.
2. Que la clasificación de las teorías es un medio y no un fin en sí mismo. Una herramienta heurística que permite relacionar sus supuestos con sus implicaciones prácticas, que lejos de ser evaluados pretenden ser explicados.
3. Que la acumulación del conocimiento y la noción de progreso es relativa a cada sistema conceptual que se apoya en una idea y definición del conocimiento científico.

Una vez que he aclarado el tipo de práctica metasociológica que propongo llevar a cabo en esta investigación, comprender los universos de sentido que subyacen a

la construcción de las teorías sociológicas de Goffman y Strauss, considerando a éstas mi evidencia empírica de la práctica de la sociología en un tiempo y lugar específicos, procederé a analizar sociológicamente –y no ‘ontológica’ ni ‘epistemológicamente’– la naturaleza de las dicotomías micro-macro y acción-estructura, como parte de los universos de sentido que han construido en sus prácticas los actores sociales en un primer movimiento y los seres actores sociales científicos en un segundo orden, con el objeto de situarlas en su contexto de origen para poder explicarlo y redefinirlo en función del problema que nos ocupa aquí: los elementos estructurales del interaccionismo simbólico.

### 1.3 El dilema micro-macro como criterio de clasificación de las teorías sociológicas

La década de 1980 fue escenario de una intensa discusión teórica protagonizada por Jeffrey Alexander, George Ritzer, Randall Collins, Neil Smelser, James Coleman, Norbert Wiley, entre otros, en torno a dos categorías que se convirtieron en criterio de clasificación teórica en el contexto de la disputa: micro y macro sociología. Sin embargo, la intensa participación y la gran producción escrita a la que llevó la discusión, no lograron consensar y mucho menos afinar la definición de cada uno de estos conceptos clasificatorios.

Un criterio lógico elemental podría hacernos pensar que micro-macro se refiere a una cuestión numérica: individual vs. colectivo. Pequeños grupos vs. poblaciones a gran escala. No obstante, un recorrido por los textos que integraron la disputa (Alexander, 1994; Ritzer, 1985, 1989, 1993; Wiley, 1988; entre otros), nos permitiría hacer un análisis de la gran diversidad de significados a los que se asocia lo micro, incluso dentro de la propuesta de un mismo autor. Si entendemos la naturaleza **relacional** de los dos conceptos, lo mismo ocurre con la definición de lo macro.

Por ejemplo, si analizamos la concepción de la relación micro-macro en la propuesta de Jeffrey Alexander (1994), el autor sostiene que estos no son conceptos empíricos de ninguna manera, sino solamente una distinción de carácter analítico:

Argumentaremos que la dicotomía micro-macro debería ser vista como una distinción analítica y que todos los intentos para vincularla con dicotomías concretas -- tales como 'individuo *versus* sociedad' o 'acción *versus* orden' están fundamentalmente mal situados. Sólo si

es visto de manera analítica, además, el vínculo entre micro y macro puede lograrse. (Alexander, 1994:9).

No obstante, lo anterior, el autor construye una tipología que consta de 5 enfoques posibles para abordar la relación micro-macro en las teorías sociológicas existentes, basándose en paradigmas clásicos para ejemplificarlos, que utilizan esas mismas dicotomías de las que propone escapar. Por ejemplo, el primer caso, lo constituyen las teorías que consideran que la sociedad está formada por individuos racionales y propositivos que la crean mediante actos contingentes de libertad. Este primer enfoque destaca el carácter racional y objetivo de la acción, acentúa la perspectiva micro en el análisis de costos, inversiones, y oportunidades y se encuentra representado por las teorías de la economía política clásica y el conductismo. En este caso, Alexander acude a la distinción individualismo vs. colectivismo para caracterizar la tendencia individualista que se equipara con lo 'micro'.

A lo largo de su argumentación, los cinco enfoques de Alexander combinan diferentes aspectos de las dicotomías que involucran implícitamente: determinismo y voluntarismo, individualismo y colectivismo, nominalismo y realismo, objetivismo y subjetivismo, acción comunicativa y acción instrumental, cualitativo y cuantitativo, acción no intencionada y acción racional, acción y estructura, por mencionar algunos. Lo anterior, por supuesto, representa un problema para quien desee establecer cuál es la definición que constituye el criterio que emplea para lo micro, pues en muchos casos podría equipararse con individualista-voluntarista-cualitativo-subjetivo-acción y hasta simbólico y emocional. En tanto que lo opuesto podría valer para 'macro'. Sin embargo, en el momento de aplicarlo a las teorías

con que se pretende ejemplificar, el dilema resulta ser más complicado que esto, ya que al aplicar esta clasificación Alexander coloca en el extremo micro, en la combinación **individualista/ realista / voluntarista/ cuantitativo/ objetivo/ acción instrumental-racional**, a teorías como la de la elección racional, y en ese mismo extremo, aunque con una combinación diferente: **individualista/subjetivo/ voluntarista/ nominalista/ cualitativo/ acción simbólico-emocional**, al interaccionismo simbólico.

Lo mismo ocurre en el caso de la definición que nos ofrece la voz “microsociología” del Diccionario de Sociología coordinado por Giner, Lamo y Torres (2001), que afirma que:

El término se refiere a los análisis sociológicos que estudian las interacciones entre individuos. Por oposición a la macrosociología que abarca sociedades globales o grandes unidades sociales compuestas por masas o agregados estadísticos, la microsociología atiende a los ámbitos donde sucede interacción cara a cara entre individuos. Por ello se suele asociar lo cuantitativo a la macrosociología y lo cualitativo a la microsociología que atiende a los significados subjetivos de los participantes. Las teorías sobre los dominios micro y macro de la realidad social se disputan prioridades ontológicas y epistemológicas, siendo el individualismo y el empirismo las notas comunes de los enfoques micro, mientras que el holismo y el análisis funcional caracterizan a los macro (González de la Fe, 2001:488).

Esta definición supone que el enfoque cuantitativo no es empirista y que no hay microsociología funcionalista, siendo erradas ambas suposiciones. Con respecto a la primera, podemos argumentar la creencia en la evidencia como fuente de la

construcción de datos estadísticos que incluso parte de la *illusio* de que estos son un reflejo fiel de la realidad. Con respecto a la segunda, Stryker Sheldon (1980) escribió un libro en el que destaca el carácter funcionalista de algunos desarrollos microsociológicos, en autores que se inscribieron en ciertas vertientes del interaccionismo simbólico.

Por otro lado, definir la micro y la macrosociología a partir de teorías clásicas que representan “extremos” de este continuo, tampoco ha sido del todo clarificador para el problema que nos ocupa:

Aun cuando es posible interpretar (y muchos lo han hecho) a los teóricos clásicos de la sociología (...) como extremistas macro o micro, la perspectiva más defendible en la actualidad, o al menos la que orientará este capítulo, es que todos compartían una preocupación central por el vínculo micro-macro. Se puede considerar a Marx como fundamentalmente interesado por la influencia coercitiva y alienadora de la sociedad capitalista sobre los trabajadores (y los capitalistas) individuales. Weber puede ser considerado como fundamentalmente preocupado por la difícil situación del individuo dentro de la jaula de hierro de una sociedad formalmente racional. El interés central de Simmel era la relación entre la cultura objetiva (macro) y la cultura subjetiva (micro o individual). Y la preocupación central de Durkheim era el efecto de los hechos sociales en un nivel macro sobre los individuos y la conducta individual (por ejemplo, el suicidio) (Ritzer, 1993:456-457)

De acuerdo con Ritzer, las teorías sociológicas norteamericanas contemporáneas, a diferencia de los clásicos, sí han caído en el error de abandonar los intentos por relacionar los niveles micro y macro sociológicos y han caído en el extremismo. Pero incluso este mismo criterio de preocupación central en el vínculo micro-

macro de los clásicos puede aplicarse a teorías en las que para Ritzer es muy clara la radicalización:

En el extremo micro podemos identificar a una buena parte del interaccionismo simbólico y la obra de Blumer (1969a), quien parece que solía tener en mente el funcionalismo estructural cuando calificó el interaccionismo simbólico de teoría sociológica exclusivamente centrada en los fenómenos micro. (Ritzer, 1993:457)

A lo que se le podría objetar entre otras cosas, que Blumer no acudió en el texto citado (*Symbolic Interactionism. Perspective and Method*, 1969) a caracterizar al interaccionismo simbólico con el término “micro”. En cambio, lo describió centrado en las acciones humanas como constitutivas de lo social, y que por lo tanto, la cita anterior tiene mucho más que ver con una interpretación libre del propio G. Ritzer. Pero más importante que esto, en ese mismo trabajo que cita Ritzer, se encuentra la evidencia contraria a su afirmación del extremismo ‘micro’ en Blumer, si por ello entendemos una posición inclinada hacia la acción individual que descuida su relación con las estructuras sociales más amplias. Atendamos la definición que ofrece Blumer de acción conjunta:

Como afirmé antes, la vida de los grupos humanos consiste de y existe en el conjunto de líneas de acción hacia los demás, de los miembros del grupo. Tal articulación de líneas de acción genera y constituye “la acción conjunta” – una organización societal de conducta de diferentes actos de diversos participantes. Una acción conjunta, en tanto que es hecha de diversos actos componentes que participan en su formación, es diferente de cualquiera de ellos y de su mera agregación. La acción conjunta tiene un carácter distintivo por su propio derecho, un carácter que descansa en la



articulación o vínculo separado de lo que puede ser articulado o vinculado. Así, la acción conjunta puede ser identificada como tal y puede hablarse de ella y manejarse sin tener que descomponerla en los actos separados que la conforman (Blumer: [1969], 1984:17)

Estas acciones conjuntas<sup>6</sup> a las que se refiere Blumer constituyen matrimonios, guerras, transacciones de negocios, discusiones parlamentarias, servicios religiosos, familias, corporaciones, una iglesia, una universidad, una nación. (Blumer [1969] 1984:17). ¿Representa esta concepción de la “acción conjunta” una contradicción en Blumer? ¿Cómo conciliar la idea de una sociedad que es constituida por acciones individuales que a su vez es irreductible a éstas? Además de poner en entredicho la clasificación de la teoría de Blumer como ejemplo del individualismo extremo, la cita anterior nos muestra una gran similitud con el trabajo de Durkheim, ampliamente identificado con la perspectiva estructural. Esta similitud gira en torno a un concepto conocido en la filosofía de la mente como la noción de “emergencia”:

En *Las reglas...*, Durkheim parece titubear entre dos posiciones ontológicas incompatibles: la sociedad no es solo la suma de individuos; aun los hechos sociales surgen de la acción conjunta entre los individuos. La sociedad emerge de individuos en interacción, incluso la estructura social se convierte entonces en autónoma y externa a los individuos, y ejerce poder causal sobre esos individuos ([1893] 1984). Los intérpretes contemporáneos de Durkheim han leído esto típicamente como contradicciones

---

<sup>6</sup> Ya en un artículo de 1977, David Maines había señalado este concepto de Blumer como un elemento ‘estructural’ de su concepción del interaccionismo simbólico, frente a los que calificaban a su teoría como excesivamente ‘individualista’ (Maines, 1977).

irresolubles o ambigüedades desafortunadas, requiriendo ya sea un rechazo de la teoría de Durkheim o una reformulación radical (vgr., Alexander, 1982; Giddens, 1977; Lukes, 1973). Esos dilemas aparentes pueden ser resueltos mediante la interpretación de Durkheim como un teórico de la emergencia (Sawyer, 2002: 231).

De acuerdo con Sawyer (2002), Durkheim tomó la idea de que el todo es mayor a la suma de sus partes de los trabajos de Renouvier y la idea de que debido a la contingencia de leyes naturales, cada nivel de análisis es irreducible a los niveles inferiores, fue una influencia de Boutroux. Ambos componentes antirreduccionistas de las teorías de la emergencia, antes que contradecir o dicotomizar, complejizan la relación entre los diversos niveles de análisis sociológico. Por esta razón, tampoco es posible entender la distinción micro-macro a partir de la clasificación de las teorías ‘extremas’ en las sociologías contemporáneas de las que habla Ritzer en el preludio de su propuesta de vinculación, ya que muchas de estas contienen elementos que más que representar los extremos tienden a relacionarse de algún modo.

Una tendencia que contribuye a la oscuridad en la definición de lo micro y macrosociológico, la constituye el tratamiento separado del dilema acción/estructura, como si obedeciera a un ámbito teórico distinto, cuando en realidad dicha separación responde a una diferencia geográfica, más que de contenido: mientras que en Estados Unidos se dio la disputa micro-macro, en Europa se trató la discusión acción-estructura, de lo cual cabe señalar giran en torno a los mismos problemas, ya sea que éstos se ubiquen como relaciones entre fenómenos empíricos o se trate de distinciones analíticas:

Así, muchos observadores de ambos lados del Atlántico han coincidido en el surgimiento de lo que parece ser un nuevo consenso. No sólo se aprecian acuerdos aparentes entre los Estados Unidos y Europa, sino semejanzas superficiales entre las terminologías de la cuestión micro-macro y de la acción-estructura, y sus orientaciones parecen implicar la posibilidad de un consenso internacional en teoría social (Ritzer, 1993:490).

Aunque el consenso del que habla Ritzer en realidad se refiere al reconocimiento de un problema común, más que al de su resolución. Queda claro que a pesar de la diferencia de conceptos, las preguntas –que no así las respuestas– remiten en ambos dilemas (micro/macro, acción/estructura) a las relaciones que articulan libertad y orden, así como las acciones individuales frente a las colectivas:

Pero cualquiera que sea la razón, es claro que existe ahora un nivel de interés sin precedente en la naturaleza de la agencia humana y que los debates micro/macro han discutido largamente acerca de la relación de agencia y estructura (Barnes, 2001:344).

No obstante, el dilema acción/estructura se encuentra atravesado por los mismos problemas cuando se vincula con las nociones de objetivismo-subjetivismo, cualitativo-cuantitativo e incluso micro-macro. Cuando se podría creer que el nivel de la acción se corresponde con lo micro y que el de la estructura con lo macro, nos encontramos con que “la *acción* hace referencia al nivel micro, a los actores humanos individuales, pero también puede hacer referencia a la actuación de colectividades (Ritzer, 1993:491). Por ejemplo, para Touraine los sujetos actuantes son clases sociales. En tanto que “la *estructura* suele hacer referencia a

las grandes estructuras sociales, también puede implicar estructuras micro tales como las implicadas en la interacción humana” (Ritzer, 1993:491).

Autores como Giddens, Habermas y Bourdieu tomaron en sus manos conscientemente el problema entre acción y estructura y trataron de resolverlo teóricamente mediante la construcción de vínculos que superaran la oposición.

No es el objeto de este trabajo evaluar el éxito o fracaso de la teoría de la estructuración, del *habitus* o de la acción comunicativa en la superación de ese dilema.<sup>7</sup> Basta con citarlos para ilustrar la centralidad que cobró el problema en Europa, al igual que en Estados Unidos, para convertirse en un tema que podría suponerse de carácter universal en la teoría sociológica.

Sin embargo, valdría la pena detenernos un momento y preguntarnos: ¿porqué es este un problema de la sociología? ¿A qué obedece que se haya convertido en central y sea reconocido como una pregunta legítima? Este es un caso para la sociología de la sociología: ¿Cuál es el origen social de las categorías científicas de micro y macrosociología?

El problema micro-macro no es un problema **dentro** de la teoría, de las relaciones entre esos niveles de teoría asociados con diferentes objetos del mundo real; es un problema **para** la teoría. Lo que debe preguntarse ahora es cómo y porqué los seres humanos eligen establecer diferentes órdenes en el mundo, y porqué relacionan esos órdenes entre sí como lo hacen, por ejemplo, como micro y macro-órdenes (Barnes, 2001: 342; las negritas son mías)

---

<sup>7</sup> Agregar referencias de críticas a esos trabajos

Es decir, la construcción simbólica del mundo se encuentra mediada por categorías arbitrarias que se han ido estableciendo a lo largo de la historia de la cultura occidental. Su cristalización más evidente se encuentra en las ciencias naturales, en la forma de niveles de organización de la materia: partícula, átomo, molécula, elemento, compuesto, etc., con equivalentes respectivos para los objetos de estudio de la biología, la química, etc. Esta jerarquización de niveles ha significado en cada ciencia retos similares a los que enfrenta en la sociología: ¿cuáles son los principios que rigen la relación entre los niveles inferiores y los superiores? ¿Podemos entender los niveles superiores como resultado de la unión de los inferiores? ¿Los principios de funcionamiento de los niveles superiores son los mismos que rigen a los inferiores? Múltiples ejemplos se pueden convertir en analogías del dilema micro-macro en la sociología: el organismo funciona bajo los mismos principios que su componente mínimo: la célula, en tanto que consta de partes diferenciadas con funciones específicas que trabajan de manera conjunta e interdependiente. O el comportamiento de las hormigas es el resultado de las fuerzas instintivas que dan sentido a la organización de la colonia completa. Y quizás el origen de la teoría de la emergencia: los elementos que se combinan para formar compuestos pierden sus características individuales y adquieren nuevas propiedades emergentes que son completamente distintas a las que tenían antes de combinarse. Todas estas posibilidades de relación entre lo micro y lo macro, además de ser análogas a las preguntas de la sociología, incluso en el carácter relacional de los términos –desde la perspectiva del compuesto, el átomo podría considerarse el nivel micro y la unión de los elementos el nivel macro, en tanto que desde la perspectiva del átomo podría hablarse de las partículas en el

nivel micro y el átomo propiamente en el nivel macro—, pueden clasificarse de dos maneras principalmente: las que proponen una relación reduccionista (que “típicamente sostiene que una de las partes sería reemplazable ‘en principio’ por una versión suficientemente elaborada de la otra” [Barnes, 2001:339], como en el caso del ejemplo organismo-célula), y las que proponen una relación dualista (que “insisten en la independencia y autonomía de lo micro y lo macro y en la irreductibilidad de los fenómenos separados que describe” [Barnes, 2001:340] como el ejemplo de las características emergentes de los compuestos.

Por la forma en que han sido interpretadas desde la ciencia moderna, las relaciones de tipo reduccionista, así como las dualistas, suponen de manera implícita un estatus ontológico de aquello que se ubica como micro y como macro y la relación entre ambas. Es decir, asumen una naturaleza que se encuentra detrás de esos objetos y que les imprime su carácter, ya sea éste excluyente o constitutivo, o prioritario y dependiente. De tal forma que el realismo positivista más clásico se encuentra impregnando en gran medida estas concepciones de la construcción micro-macro.

No obstante, no todas las propuestas del vínculo micro-macro se originan en esta ontología positivista, aunque en gran medida sí se encuentran evaluadas y cuestionadas por ella. En gran parte, esta es la causa de la complejidad del problema en la sociología:

Aunque está lejos de ser una obsesión universal, muchos macrosociólogos y teóricos sociales, en contraste con el observador del perezoso de tres dedos, están ansiosos por establecer la realidad de los macro-objetos que describen, y ansían divulgar los defectos del reduccionismo. (...) Pero en sociología y macro teoría social esta virtud

compensativa de las macro-descripciones no existe. Aquí, los macro objetos son difíciles de ver, e incluso tienen el estatus de entidades teóricas invisibles y no de objetos que pueden ser vistos del todo. En tanto que individuos y situaciones y encuentros no están libres de complejidades, pero dan lugar a menos problemas práctico-epistemológico de los que provocan las instituciones y los sistemas sociales (Barnes, 2001: 342).

Es preciso hacer esta reflexión para mostrar que a pesar de los esfuerzos por obviarlos durante la disputa de los años ochenta, los supuestos epistemológicos y ontológicos que se encuentran detrás de cada teoría sociológica no pueden ser ignorados cuando se analizan y se comparan estas teorías, y mucho menos cuando se pretende hacer síntesis que superen las insatisfacciones que resultan como producto de esas grandes revisiones que realizaron teóricos como Alexander y Ritzer, y que dieron lugar a una clasificación de teorías bajo una lente que no era consciente de sus propios supuestos. Que esos supuestos ontológicos y epistemológicos que se encuentran detrás de cada propuesta de interpretación de la realidad social son relativos y que por lo tanto el dilema micro-macro no es uno y el mismo en todos los casos. Que por lo tanto, la comparación entre teorías es un problema con complejidades altas, simple y sencillamente porque construyen universos de sentido diferente. Entonces, ¿cómo llegó la sociología a considerar como un mismo problema la relación micro-macro?

De acuerdo con José María Pérez-Agote, el debate micro-macro en la sociología fue el resultado de un caso en el que los intereses extra-científicos se conjugaron para intervenir en la producción de conocimiento:

Aunque se trataba de salvar la crisis sufrida por la sociología a raíz de la rebelión antiparsoniana, un problema de índole teórica y metodológica, el debate

micro-macro surgió en un contexto socio-cultural, institucional y corporativo que definió los términos “científicos” en que fue llevado a cabo, trazando los límites dentro de los cuales había de discurrir. La situación de debilidad en que el auge de las teorías micro sumió al modelo estructural funcionalista suponía un riesgo para la sociología en su conjunto. De un lado, renacía con mayor virulencia que nunca la continua tensión ontológica entre lo subjetivo y lo objetivo, la naturaleza y la cultura, la comunidad y la sociedad, el individualismo y el colectivismo, que ha impedido a la sociología consolidar un aparato categorial con el que dar cuenta satisfactoriamente de la realidad social o, expresado de otra manera, constituir definitivamente su objeto. Por otra parte, la conflictiva pluralidad paradigmática que agitó esta disciplina durante los años setenta y ochenta se traducía internamente en una inestabilidad institucional y metodológica (...) (Pérez-Agote, 2005: 150).

Esta evidente falta de consenso trajo como consecuencia la debilitación de la sociología frente a las demás ciencias y con ello se puso en riesgo su supervivencia institucional. De acuerdo con Pérez-Agote: “el vigor que cobró el debate acerca de la síntesis entre las perspectivas micro y macro, alentado por el interés existente en estabilizar la situación de la disciplina” (Pérez-Agote, 2005:150) tuvo su origen en esta crisis.

No obstante, la forma en que se organizó el debate, dejó de lado el uso original de los conceptos de micro y macro-sociología, olvidándose cómo fueron introducidos en la teoría sociológica. A pesar de que Simmel ya había hecho uso de la analogía (metodológica) entre niveles de organización biológicos y el enfoque sociológico, este no acuñó propiamente la noción de microsociología:

Se trata aquí de los procesos microscópicos-moleculares que se ofrecen en el material humano; pero que constituyen el verdadero acontecer que después se organiza o hipostasía en aquellas



unidades y sistemas firmes, macroscópicos. (...) No se trata aquí de la analogía sociológica o metafísica entre las realidades de la sociedad y el organismo. Trátase únicamente de la analogía con la consideración metódica y su desarrollo; trátase de descubrir los hilos delicados de las relaciones mínimas entre los hombres, en cuya repetición continua se fundan aquellos grandes organismos que se han hecho objetivos y ofrecen una historia propiamente dicha. (Simmel, 1986:29-31)

Cabe subrayar la aclaración que el mismo Simmel hace, al hablar de los procesos microscópicos sociales, que los desliga de cualquier presupuesto evolucionista que sugiera que la sociedad se rige por pautas de funcionamiento semejantes a las de los organismos vivos, tema que se puso de moda en el siglo XIX a partir de la propuesta Spenceriana.

Desligada también de cualquier analogía biologicista, algunos años después de la obra de Simmel, fue que Georges Gurvich estableció su distinción entre microsociología, sociología de los grupos y las tipologías de las sociedades globales, como parte de una compleja teoría de la sociedad que consideraba “la realidad social como una unidad total y compleja que debe ser entendida y estudiada como tal, es decir, como un conjunto indisoluble formado por múltiples dimensiones y niveles interrelacionados”, en sus *Essais de Sociologie* de 1938 (Pérez-Agote, 2005:153). Estableciendo una gran variedad de posibilidades en las agrupaciones sociales, niveles y formas de acción, su modelo se abre como herramienta para el estudio de las posibles relaciones contingentes que se generan entre ellos, sin preestablecer de antemano un carácter o un tipo de relación unívoca.

Sin embargo, su extensa teoría, críptica y compleja, cayó en el olvido de la discusión sociológica con el advenimiento del paradigma funcionalista. Lo cual no impidió que décadas después los conceptos que acuñó como micro y macrosociología fueran reutilizados, desligados de su contexto teórico de origen, y resignificados por Alexander con un enfoque sistémico de profunda influencia parsoniana (Pérez-Agote, 2005; Agger, 1991), durante la discusión del dilema micro-macro en medio de un movimiento por alcanzar la unificación de la teoría sociológica. Independientemente del sentido de tratar de unificar a la teoría sociológica con la elaboración de grandes síntesis teóricas,<sup>8</sup> la descontextualización y el uso de las categorías de micro y macrosociología durante esta disputa se convirtió en el criterio de revisión y clasificación teórica del resto de las propuestas teóricas, tanto contemporáneas como clásicas, mismas que fueron evaluadas a la luz de parámetros que no eran lo suficientemente claros en sus definiciones, pero que poseían un trasfondo de supuestos funcionalistas de los que no se era del todo consciente (Agger, 1991). De esta forma, los niveles micro-macro de análisis sociológico cobraron un sentido implícito asociado con ubicación y tamaño de los procesos sociales que se derivaba de la creencia de que los sistemas poseen estructuras que se organizan en diferentes grados con respecto a los principios de interdependencia y orden entre sus partes (Rawls, 1992; Moore, 1978). Por otro lado, una consecuencia más de los fundamentos

---

<sup>8</sup> Tanto J. Alexander como G. Ritzer intentaron elaborar estas síntesis durante los años ochenta, que superaban las 'carencias' que ellos encontraban en las teorías de sus contemporáneos, empresa que para algunos autores tenía una fuerte carga ideológica (Agger, 1991; Pérez-Agote, 2005).

funcionalistas detrás de estas categorías, es que fueron reinsertas en analogías organicistas:

La anatomía y la fisiología animal proveen de analogías o metáforas para la relación de las partes con el todo en cualquier sistema “vivo”, siendo que el todo biológico comprende al organismo limitado por su piel. Parsons, en una recapitulación reciente de aspectos de su posición teórica, recurre sin dudar a la analogía de un sistema biológico para el sistema social (Moore, 1978: 372).

De tal forma que, partiendo de los principios de diferenciación e interdependencia, las preguntas obligadas son: ¿cómo se produce la interdependencia de las unidades? ¿Qué contribución hacen las partes al todo?

Finalmente, el debate de los ochenta se convirtió en multidimensional, una vez que incorporó a éste la preocupación central de Parsons, que se convirtió también en el núcleo del neofuncionalismo de Alexander: el problema del orden:

Y de esta manera Alexander fijó los límites del debate micro-macro y, por extensión, los límites de la teoría sociológica contemporánea, sin elevar la mirada más allá de Parsons para atisbar lo que había tras el muro que éste levantó con su prosa espesa condenando al ostracismo a sus rivales generacionales (Pérez-Agote, 2005:151-152).

Así, mientras Alexander (1989) explica el surgimiento de las teorías sociológicas de la posguerra como parte de un proceso de sucesión generacional que en reacción a la teoría Parsoniana, se radicalizó en los extremos del dilema micro-macro trayendo consigo una crisis profunda para la disciplina, de la que sólo podrá salir con el surgimiento de una nueva generación de teóricos de la síntesis que reconcilien a los extremos, hay quienes interpretan este proceso en función del acceso a los recursos y al poder académico:

La generación antiparsoniana necesitaba tanto distanciarse ideológica y teóricamente de la sociología parsoniana, como afirmarse profesionalmente en una academia donde la promoción profesional y los fondos de investigación estaban bajo el control de aquella. No hace falta llegar hasta el punto de matar literalmente al padre para que la clase académicamente dominante asuma que la crispación a la que estaba sometida la vida universitaria, —en todos los ámbitos, pues a la rebelión antiparsoniana hay que sumar las revueltas de unos estudiantes que encuentran especialmente atractivas las propuestas de las sociologías radicales (Gouldner, 1979)—, debe ser rebajada. En consecuencia las puertas de acceso a las publicaciones, las cátedras y los fondos de investigación se abren ante los rebeldes respondones, aunque para unos más que para otros. Dado que la confrontación extrema deja de ser necesaria, se civiliza el tono del debate mediante propuestas de síntesis que en buena parte serán encomendadas a una generación joven, espoleada por los medios que ahora pueden ser puestos a su disposición (Pérez-Agote, 2005: 152).

Esta generación joven estuvo integrada por Collins, Giddens, Habermas, entre otros, que hemos mencionado más arriba y que decidieron encarar los problemas de la relación entre acción y estructura para superarlos con nuevas síntesis teóricas y que asumieron el reto, en algunos casos incorporando de hecho el propio paradigma parsoniano, como fue el caso de J. Habermas, que con su teoría de la acción comunicativa, en palabras de Hans Joas, trató de casar infelizmente a la hermenéutica con el funcionalismo (Joas, 1998). Todo esto derivado de un fuerte compromiso con el aspecto estructural del que había que dar cuenta una vez que el neofuncionalismo había lanzado el reto al formular el dilema micro-

macro<sup>9</sup>. Por otro lado, ideológicamente, la disputa tendió a que quienes adoptaron estos compromisos estructurales se autodefinieran a la vanguardia y:

Asocian la micro-descripción con la aceptación acrítica de las apariencias. Que tengan razón, sin embargo, es otro asunto. Si el potencial crítico y la profundidad son de hecho considerados como criterio de buen trabajo teórico aquí, entonces ningún honor es más merecido que el de varias tradiciones de microsociología, en las que estudios cuidadosamente descriptivos están disponibles para inspirar profunda inseguridad entre los apologistas de instituciones existentes y jerarquías. En contraste, los médicos más eminentes de lo que actualmente pasa por la teoría social crítica, pertenecen a esos apologistas (Barnes, 2001: 342).

En este caso, Barry Barnes se refiere a una marcada tendencia acrítica y pro-capitalista y defensora de la moral y el estilo de vida de la burguesía, presentes en los trabajos más recientes de Habermas y Giddens (Barnes, 2001:342). De manera similar, Agger (1991) identifica una tendencia neoconservadora en las propuestas de Alexander y de Ritzer.

Todo esto nos ayuda a relativizar en tiempo y espacio lo que creíamos un problema central de la teoría sociológica que se erigía como un criterio de clasificación y crítica de las diversas propuestas y tradiciones. Es decir, a la luz de un parámetro que posee una tendencia teórica hacia el funcionalismo, poco

---

<sup>9</sup> Aunque en opinión de Joas, Habermas le da un giro crítico al funcionalismo y recurre a él debido a su creencia de que “toda teoría centrada en la constitución de actores colectivos promueve tanto la reificación de las organizaciones en sujetos colectivos como el supuesto –de filosofía de la historia– de que la historia de la humanidad escuda a un solo sujeto persistente” (Joas, 1998:192) y concluye que: “‘éste parece ser el punto crucial desde el que Habermas se ve llevado al dilema insoluble que surge de la unión de la hermenéutica y el funcionalismo” (Joas, 1998:192), no obstante, su compromiso con las explicaciones funcionales ya estaba presente en sus trabajos previos a la *Teoría de la acción comunicativa* (1981), una vez que en *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío* empleó un enfoque sistémico marxista fuertemente orientado a las estructuras.

podemos comprender de los aportes genuinos de dichas tradiciones que no se rigen por aquellos presupuestos. Es preciso comprender cada tradición teórica en su contexto de surgimiento, así como las concepciones ontológicas, epistemológicas y metodológicas que las respaldan para poder dar cuenta de sus propios niveles y categorías con los que estructuran el mundo de lo social:

La distinción micro-macro es una distinción superficial entre lugar/tamaño por un lado y tipos de acción por el otro. El carácter pequeño y cara a cara de algo no significa que no tenga un fuerte peso institucional. Si hay órdenes localmente producidos – y pienso que ha sido repetidamente demostrado que los hay (Garfinkel, Sacks, Schegloff, Pomerantz, Maynard, Jefferson, Meehan)– entonces esos fenómenos se perderán por una conceptualización que ve todos los órdenes como esencialmente del mismo tipo, variando únicamente en factores de tamaño y situación. En mi trabajo original, argumento que Goffman se dio cuenta de esto e intentó prescindir de la tradicional distinción micro-macro (Rawls, 1992: 130).

Es por estas razones que propongo hacer una lectura del interaccionismo simbólico que sea capaz de comprender el carácter *sui generis* en el que se construye la realidad social desde los autores que intento analizar en este trabajo, evitando la distinción tradicional (parsoniana) micro-macro como criterio de clasificación válido de las teorías sociológicas, que en palabras de Ann Rawls ha 'lisiado' a la teoría sociológica para valorar a las distintas tradiciones existentes en su justa medida (Rawls, 1992: 130). De tal forma, que el análisis de los elementos estructurales del interaccionismo simbólico implica la comprensión de lo estructural desde su propio universo de sentido y del nuestro.

Hasta este momento he empleado como sustantivo el término interaccionismo simbólico, es decir, como si éste consistiera en una unidad homogénea sobre la

cual pudiera hacer afirmaciones sin reservas. Sin embargo, debo anticipar que no hay un interaccionismo simbólico, sino varios, y que este capítulo que formula y delimita el problema de investigación debe continuar con la definición del o “los” interaccionismos simbólicos que abordo en esta tesis.

#### 1.4 ¿Cuál interaccionismo?

*Symbolic interactionism is a down-to-earth approach to the scientific study of human group life and conduct. Its empirical world is the natural world of such group life and conduct. It lodges its problems in this natural world, conducts its studies in it, and derives its interpretations from such naturalistic studies (Blumer, 1986: 47).*

Cuando Blumer acuñó el término ‘interaccionismo simbólico’ en 1937, de improviso en un artículo para el libro *Man and society*, éste no era más que un neologismo bárbaro con el cual se refirió a un enfoque conformado por el conjunto de contribuciones de personajes fundadores del departamento de sociología de la Universidad de Chicago, con los que él mismo se formó académicamente (Blumer, 1986:1). No obstante, el concepto se generalizó y se usó amplia y hasta cierto punto irreflexivamente, hasta incorporarse en los recuentos formales de la historia de la sociología norteamericana como una tradición de investigación. De manera similar, la noción “Escuela de Chicago” da la impresión de la existencia de un cuerpo teórico más o menos articulado y de una metodología característica para la práctica y desarrollo de la sociología. Pero no existe tal:

No sólo este recuento de la génesis intelectual del interaccionismo es amplia e incuestionablemente aceptado por los interaccionistas simbólicos contemporáneos, sino que también ha sido admitido dentro del folklore de la sociología americana a través de su repetición en incontables textos de introducción a la sociología. La característica central de este recuento es la descripción del interaccionismo simbólico como una ‘tradición’ o ‘escuela’, minimizando así las diferencias internas entre dichos académicos y promoviendo una impresión de desarrollo teórico unilineal y acumulativo (Lewis y Smith, 1980: 6; la traducción es mía).



Ya en los años setenta Maines (1977), Strauss y Fisher(1978) así como Stryker (1980), se habían percatado del error: bajo la etiqueta de interaccionismo simbólico se agrupaba a una diversidad de sociólogos que a pesar de haber estudiado o trabajado en la Universidad de Chicago, no compartieron un proyecto común, ni se propusieron sostener una misma teoría.

Se ha señalado reiteradamente (Manis y Meltzer, 1972; Maines, 1997; Lindesmith, Strauss y Denzin, 2006) a las obras de los pragmatistas como John Dewey, William James, Charles Pierce y G.H. Mead como antecedentes directos de una concepción del mundo y de la persona que dio origen a un marco conceptual que los primeros sociólogos norteamericanos operacionalizaron en investigaciones cualitativas, y quizás habría que comenzar por señalar que los cuatro autores mencionados guardan profundas diferencias entre sí. Como muestra, Lewis y Smith (1980) identifican que para Mead existe una realidad independiente de las consciencias y de las voluntades de los sujetos, mientras que Dewey y James consideran que la realidad es producto de una construcción nominalista.

Un segundo intento de ubicar las raíces comunes de una ‘tradición’ ha sido destacar a Mead como padre del interaccionismo simbólico y sumarlo a las contribuciones de Cooley, Park y Thomas (Ritzer, 1993; Blumer, 1986; Caballero, 2001). Fisher y Strauss (1978) así como Scheff (2005) han analizado con detalle sus propuestas y han identificado diferencias contradictorias, por ejemplo, acerca de la noción del cambio social. En lo que respecta a Mead:

(...) Su perspectiva del cambio social le exigió desarrollar una psicología social que implicara el desarrollo civilizatorio que él deseaba: imaginaba este moviéndose en la dirección evolutiva de

universos de discursos compartidos de creciente alcance y significación (Fisher y Strauss, 1978: 552).

En tanto que para Thomas, el cambio social tenía su propio motor independientemente de las voluntades de los sujetos y Park “utilizaba el lenguaje de la acción y de las opciones” (Fisher y Strauss, 1978: 534-535). Por otro lado, en tanto contemporáneos, Mead, Thomas y Park nunca tuvieron un programa de trabajo conjunto que diera origen al mito de un cuerpo de académicos que estaba fundando una forma de hacer investigación; mucho menos consideraron un nombre común para la sociología que practicaban.

Peor aún, la idea de una tradición bajo el nombre de ‘interaccionismo simbólico’ o ‘Escuela de Chicago’ ha agrupado a personajes de distintas generaciones como Mead, Blumer y Strauss, lo que podría sugerir una línea directa intergeneracional, en tanto que Blumer fue discípulo de Mead y Strauss de Blumer. No obstante, Strauss señala (Fisher y Strauss, 1978) que Mead o Thomas y Park no significaron lo mismo para cada generación.

Probablemente sólo puedan señalarse como discípulos unificados, aquellos que se formaron con Park y que son conocidos como los ‘etnógrafos de Chicago’ (Hannerz, 1986), cuyos trabajos de sociología urbana heredaron un sello distintivo de la perspectiva de su maestro, pero estamos hablando de una generación ubicada con claridad en la década de los años veinte, una filiación clara y un conjunto de nombres irrefutablemente asociados a la figura de Park: Frederick Thrasher, Nels Anderson, Paul Cressey y Louis Wirth. Sin embargo, a pesar de la interesante variedad de temas que abordaron sus monografías cualitativas,

carecían de una perspectiva teórica sólida que pudiera respaldarlos como una escuela de pensamiento.

Otro rasgo que suele asociarse al interaccionismo simbólico y que ha sido tema de confusión y controversia, es justamente el de la metodología cualitativa. Se asume que la investigación empírica cualitativa inició con los etnógrafos de Park en la Universidad de Chicago y que de ahí en adelante ésta se convirtió en la Meca de los estudios cualitativos. En consecuencia, el interaccionismo simbólico vinculado a un tipo de psicología social se asumió cualitativo. En 1969 Blumer (1986) definió el interaccionismo simbólico como un enfoque basado en tres premisas:

1. Los seres humanos actúan hacia las cosas con base en lo que éstas significan para ellos.
2. Los significados de las cosas nacen de la interacción entre los seres humanos.
3. Dichos significados son manejados y modificados a partir de un proceso interpretativo en su relación con los objetos.

La prescripción metodológica de este autor contribuyó a la asociación entre interaccionismo simbólico e investigación cualitativa (era preciso comprender los significados que se adjudicaban a los símbolos que median en las interacciones humanas):

Tratar de identificar los objetos que comprenden el mundo de un individuo o colectividad no es simple o fácil para el académico que no está familiarizado con ese mundo. Esto requiere, primero, la habilidad de colocarse uno mismo en el lugar del individuo o de la colectividad (...). Para identificar los objetos de preocupación central uno debe tener un cuerpo de observaciones relevantes. Esas observaciones necesarias rara vez se obtienen mediante encuestas,

sondeos o el establecimiento de variables pre-diseñadas. En cambio se encuentran en la forma de recuentos descriptivos de cómo ven los actores los objetos, cómo actuaron hacia los objetos (...) y cómo se refieren a los objetos en sus conversaciones (...) (Blumer, 1986: 51; la traducción es mía)

No obstante, esta asociación ha traído como consecuencia que otras formas de investigación cualitativa que buscan también la comprensión de significados, sean incluidas en el interaccionismo simbólico, como es el caso de la etnometodología (Ritzer, 1993: 214; Maines, 1977: 238 y ss.). A lo que algunos han objetado la diferencia en el estatus de la realidad para la etnometodología (cuyo sustento filosófico es distinto al de los pragmatistas) –que no considera la existencia de un orden social independiente de las prácticas descriptivas de sus miembros y que en vez de buscar cómo los significados llevan a la organización social, se concentran en cómo esos significados son dados por sentido– y el del interaccionismo simbólico que asume la existencia de una realidad social compartida:

Consistente con la tradición del pragmatismo, el interaccionismo simbólico considera que el significado es establecido por las respuestas adaptativas conjuntas de individuos comunicativos e interactuantes (Mead, 1934:78). Mientras que en la tradición de la fenomenología, el significado es establecido subjetivamente ‘en la actitud del ego hacia esa parte de su consciencia en que ya fluye (Schutz, 1967: 70; Maines, 1977: 239).

Del mismo modo en que estilos de investigación diversos y autores con perspectivas contradictorias entre sí han sido considerados practicantes o fundadores del interaccionismo simbólico, existe una gran dificultad para identificar a sus miembros. Por ejemplo, Manford Kuhn ha asumido que lo que hace es interaccionismo simbólico, aunque algunos lo han catalogado de ‘cientificista’,

‘colectivista’ y hasta ‘positivista’, y a su estilo de hacer interaccionismo se le ha llamado ‘Escuela de Iowa’ (Caballero, 2001: 390; Ritzer, 1993: 214). Por otro lado, hay quienes se consideran herederos del pensamiento de Mead y se asumen como ‘interaccionistas simbólicos’, como es el caso de Anselm Strauss, quien se dio a la tarea de hacer realidad lo que Blumer dejó sólo en papel: una teoría, una metodología y una práctica de la investigación interaccionista simbólica.

Existe en la Universidad de Salford, en Manchester, una ‘Sociedad para el Estudio del Interaccionismo Simbólico’ (SSSI, por sus siglas en inglés), organización académica internacional que tiene como base teórica el trabajo de G.H. Mead y Herbert Blumer, cuyos miembros organizan eventos anuales, promueven la investigación y publican una revista llamada *Symbolic Interaction*, a la que pertenecen figuras como Norman Denzin y Carol Brooks Gardner. Lejos de restringir el concepto de interaccionismo simbólico, incorporan investigaciones etnometodológicas, de teoría de redes, análisis conversacional, etc., cuando estos tienen que ver con temas como la identidad, el *self*, la comunidad, la interacción, etc.<sup>10</sup>

Y finalmente, se encuentran los que rechazan la etiqueta y reniegan de ser clasificados como ‘interaccionistas simbólicos’, como es el caso de E. Goffman:

Goffman insiste en la idea de que el ‘interaccionismo simbólico’ no existe. Los estudiantes formados por Hughes, Warner, Blumer, etc. se consideraban como sociólogos de las profesiones o de las relaciones industriales (*occupational or industrial sociologists*). Es ‘gente como usted’ la que los ha llamado ‘interaccionistas simbólicos’ (y Goffman se dirige a mí con un poco de irritación en la voz). El

---

<sup>10</sup> Su página en internet tiene la siguiente dirección: <http://www.espach.salford.ac.uk/sssi/index.php>

interaccionismo simbólico no tiene realidad: es sólo una etiqueta (*label*) que ha conseguido imponerse. La gente como usted se inventa un movimiento donde no hay más que individuos. (...) Por tanto, lo que usted hace no es historia intelectual, sino encasillamiento intelectual (Goffman en una entrevista que dio a Peter David en 1980, publicada en Goffman, 1991: 211).

Paradójicamente, la Society for the Study of Symbolic Interaction le otorgó al sociólogo canadiense de manera póstuma, en 1983, el premio George H. Mead por su trayectoria académica.

Llegado este punto, cabe preguntarse entonces: ¿de qué hablamos cuando pensamos en interaccionismo simbólico? La respuesta no se encuentra en manuales ni diccionarios de sociología. Cada artículo o libro que he revisado sobre interaccionismo simbólico (Fisher y Strauss, 1978; Joas, 1991; Carabaña y Lamo, 1978; Caballero, 2001, Sheldon, 1980, Ritzer, 1993) opta por hacer una exposición sucinta de las ideas de Mead, Thomas, Park, Cooley, Blumer y hasta de Simmel, y evitan formular una definición clara. De lo anteriormente expuesto puede deducirse por qué: la complejidad teórica se ha combinado con la confusión histórica y no hay respuesta única para la pregunta simple de qué es el interaccionismo simbólico.

Lo que acostumbran los conocedores, con mucha precaución, es quizás definirlo como un 'enfoque' o 'perspectiva teórica', incluso 'paradigma', lo que proyecta la idea de un gran paraguas bajo el que se cobijan diferentes vertientes.

La existencia de sociólogos que se asumen abiertamente interaccionistas hoy en día, nos impide ser tan radicales como Goffman y decir que el interaccionismo simbólico no existe.

Tal vez lo más adecuado sería preguntar: ¿de cuál interaccionismo simbólico estamos hablando cuando nos referimos a éste? Y ¿cómo lo reconocemos y lo podemos caracterizar?<sup>11</sup>

El propósito de esta investigación consiste en indagar los elementos estructurales del interaccionismo de dos sociólogos que se formaron en la Universidad de Chicago en los años cincuenta. Tuvieron por profesores a Herbert Blumer y a Everett Hughes y como compañeros a una pléyade de personalidades que se destacaron individualmente por la originalidad de sus contribuciones, como Howard Becker y Tamotsu Shibutani. Sólo que uno se asume como interaccionista simbólico y el otro no: me refiero a Anselm Strauss y Erving Goffman.

¿Por qué estudiarlos juntos?

A pesar de que no trabajaron formalmente juntos y de que existen algunas diferencias en la formación que recibieron, sus sociologías comparten algunas similitudes. Por ejemplo, ambos tomaron muy en serio la teoría del “Looking-Glass

---

<sup>11</sup> Por ejemplo, Concepción Fernández Villanueva aporta la siguiente clasificación:

- A) Un primer grupo de interaccionistas simbólicos cuyos autores principales son Cooley, Mead, Pierce (sic), Thomas y Park, de donde nacen los primeros presupuestos teóricos y metodológicos de la escuela. La influencia o al menos la concordancia con ideas de G. Simmel, sociólogo alemán de la primera mitad del siglo nos invita a comentar algunas de sus aportaciones.
- B) Un segundo grupo posterior en el tiempo, caracterizado por el análisis empírico de realidades y cuestiones psicosociales de acuerdo con unos mismos presupuestos metodológicos. Pertenecen a este grupo los miembros de la escuela de Iowa y los de la escuela de Chicago que se diferenciaron por su posición metodológica al enfrentarse con las cuestiones concretas a analizar. Mc Call, Striker; Strauss, Rosenberg, Turner, Blumer y Shibutani son los principales representantes.
- C) Un tercer grupo que dentro de una formación y unos supuestos básicos interaccionistas aportan, además, un desarrollo de la teoría que adquiere una entidad propia. Podemos incluir a Goffman, etnometodólogos como Garfinkel y Cicourel, y a Etogenia de Harrel. (Fernández, 2003 :16-17)

A pesar de lo cuestionable que puede ser su clasificación (por mezclar en un mismo tipo autores de orientación opuesta como Mead y Park o por juntar diferentes cohortes generacionales, como la de Strauss y Shibutani con Blumer que fue maestro de ambos), el hecho de que la exponga y la detalle es un procedimiento válido que permite al lector aceptarla o criticarla.

Self de Cooley” y la complementaron con la perspectiva de Mead del origen de la persona para teorizar sobre el estudio de las interacciones. Por otro lado, en sus trabajos empíricos la investigación sobre instituciones de salud mental tuvo una presencia importante.<sup>12</sup> Ambos realizaron análisis cualitativos interpretativos y finalmente los elementos metateóricos de sus propuestas los sitúan más allá de los dilemas micro-macro.

No es el propósito de mi investigación hacer una nueva clasificación dentro del interaccionismo simbólico. Sólo considero que la generación que efectivamente llevó a la práctica las ideas de Mead, Cooley etc., es a la que pertenecieron los autores de mi interés por ser los primeros en generar teoría sociológica a partir de estudios empírico-cualitativos. Tampoco pretendo afirmar que las similitudes entre Goffman y Strauss los convierten en una rama particular del interaccionismo simbólico, especialmente tomando en cuenta la renuencia de Goffman a ser ‘encasillado’ bajo la etiqueta de ‘interaccionista simbólico’.

Simplemente, considero que un estudio comparativo entre ambos que destaque sus contenidos estructurales, puede ser enriquecedor para la teoría sociológica, sobre todo si tomamos en cuenta que Anselm Strauss ha recibido muy poca atención en la sociología mexicana y que la obra de Goffman sigue siendo considerada, en general, como frívola, burguesa y “de lo micro”. De ahí, que el título de esta investigación sea “Elementos estructurales en las teorías interaccionistas de E. Goffman y A. Strauss”.

---

<sup>12</sup> De hecho, hay una que otra referencia mutua en sus trabajos.



Hagamos a continuación un análisis del contexto histórico social al que pertenecieron los dos autores, con el objeto de determinar si ambas teorías comparten o no sus condiciones sociales de posibilidad y en qué medida éstas nos permiten explicar la naturaleza de sus elementos estructurales.

## **Capítulo 2. Condiciones histórico-sociales de posibilidad de las teorías sociológicas de Strauss y Goffmann**

## **2.1 Sociología en Chicago I: El New Deal y la Segunda Guerra Mundial. Elementos para un socioanálisis**

Cada cohorte, particularmente en una cultura saturada por los medios, encara eventos críticos 'definitorios' que sirven como base de discusiones y debates a largo plazo y como modelos para la interpretación del mundo. (Schuman y Scott, 1989, citados en Fine y Ducharme, 1995: 109).

Las teorías sociológicas de Strauss y Goffman, desde una perspectiva metasociológica, consisten en una construcción de segundo orden acerca de una primera construcción de la realidad social, la realizada por los sujetos que la constituyen. Al mismo tiempo, son la evidencia empírica de la práctica sociológica, de actores sociales en el ambiente social de su época (Fuchs, 1991:290, Zhao, 2003:388). Para abordarlas como tales, debemos analizarlas con respecto a sus condiciones sociales de posibilidad. Es decir, en palabras de Bourdieu (2003), situando a los sociólogos, en tanto sujetos sociales en los diversos contextos (nacional, local, académico, etc.) que no sólo significan un punto de referencia o coordenadas históricas, sino que de hecho hicieron asequible para ellos la práctica de la sociología y factible su objeto de estudio.

Las teorías que vamos a analizar corresponden a dos autores de diferente nacionalidad: Anselm Strauss (nace el 18 de diciembre de 1916, en New York; muere el 5 de septiembre de 1996 en San Francisco, Ca.) era norteamericano, en tanto que Erving Goffman (nacido el 11 de junio de 1922, en Mannville, Alberta; fallecido el 20 de noviembre de 1982 en Pensylvania) era canadiense. Lo cual, plantea una primera dificultad: ¿cómo construir conjuntamente el socioanálisis (Bourdieu, 2003) de dos personas que provinieron de contextos sociohistóricos distintos? En segundo lugar, a pesar de ser contemporáneos, uno de ellos murió

en 1982, convirtiéndose, por lo poco que se conocía de su vida, en una figura enigmática y casi legendaria, incluso para los estudiantes que tomaron alguna clase con él.<sup>13</sup> Por esta razón, mucho de lo que se afirma de la vida y de la obra de Goffman tiene un alto grado de especulación, más que de certeza o de susceptibilidad de confirmación, mientras que Anselm Strauss tuvo más oportunidad de expresar de viva voz su propia reconstrucción biográfica en entrevistas recientes, así como la forma en que sus intereses sociológicos se conectaron en algún grado con sus experiencias vitales (Legewie, 2004).

A pesar de ambas dificultades, y para los fines de esta investigación, es posible delimitar temporalmente el contexto nacional más amplio para ambos autores, partiendo del criterio de que los dos estudiaron en la Universidad de Chicago en la década de los cuarenta, por lo que este punto de convergencia me remite a analizar el grado de repercusión que tuvieron los acontecimientos históricos inmediatos anteriores y contemporáneos de ese momento de la vida social en los Estados Unidos, en la obra de los dos sociólogos de mi interés, apuntando algunas precisiones biográficas particulares pertinentes para cada autor en los casos necesarios. El segundo problema será enfrentado desde la perspectiva de los materiales disponibles, ya sean estos procedentes de fuentes directas o indirectas tratando de triangular las afirmaciones de mayor importancia entre sí. Sin que esto implique suponer que las reflexiones de un autor sobre su

---

<sup>13</sup> En un esfuerzo plausible, el sociólogo Dimitri Shalin ha convocado a todo aquél que haya tenido algún contacto con Erving Goffman a colaborar con documentos personales, académicos y testimonios escritos en la conformación del Archivo Erving Goffman, con la intención de ponerlo a disposición de los investigadores de todo el mundo. La empresa hasta ahora ha tenido bastante éxito, ya que personajes como Neil Smelser, Thomas Scheff y Eviatar Zerubabel han respondido a la convocatoria, aunque muchas interrogantes sobre la vida del sociólogo canadiense siguen sin tener una respuesta precisa.

propia biografía intelectual aseguren una mayor coherencia y una mejor explicación de sus condiciones sociales de posibilidad.

Una vez establecido lo anterior, habrá que comenzar por señalar que la década de los cuarenta inició para los Estados Unidos como una secuela de la década anterior: política, social y económicamente marcada fuertemente por la crisis de 1929 y por el ingreso de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial (de paso cabe decir que ambos acontecimientos afectaron colateralmente también la vida económica, política y social en Canadá).<sup>14</sup>

La Gran Depresión, como ha sido llamada por los historiadores, significó una fuerte ruptura no sólo en la economía sino también en la vida social, pues trajo una gran inestabilidad para muchas familias que habían gozado de la prosperidad económica de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX en una sociedad que consideraba que la economía no podía sino seguir creciendo. La respuesta gubernamental a la crisis, que interpretó como un estancamiento económico que mostraba que se había alcanzado la capacidad máxima de desarrollo económico, tuvo que ser del mismo modo inédita, al grado de que hoy en día sus estudiosos no logran acordar si se trató de una reforma económica con tintes ideológicos izquierdistas o redistributivos (de aquellos nostálgicos del progresismo de finales

---

<sup>14</sup> En una entrevista hecha por Dimitri Shalin (2009) a Frances Goffman Bay, hermana mayor de Erving Goffman, el sociólogo de origen ruso le preguntó si su familia resultó afectada por la Depresión del 29 y ella respondió: "For 50 cents you could go to the theater, the whole family could go to the theater. We lived just two blocks away from it. I didn't realize that we were going through the Depression. My mother cooked to make sure that we were comfortable and well fed, but my father had to worry a lot during the Depression. He did work a lot and he did worry a lot". Por otro lado, Ives Winkin, (1991, estima que Goffman no fue llamado por las fuerzas armadas canadienses, debido a que estas enrolaban solamente a los malos estudiantes, pero Canada perdió un total de 44,300 soldados en la Segunda Guerra Mundial.

del siglo XIX, que temía a los efectos sociales devastadores del capitalismo salvaje), o una estrategia de la derecha para rescatar y restaurar el sistema capitalista (Grunstein, 1991; Brinkley, 1991). Esta política económica conocida como el “New Deal”, pasó por varias etapas a lo largo de la década de los treinta junto con las diferentes reelecciones de Roosevelt. La primera, caracterizada por un gran eclecticismo y un espíritu experimental, tuvo lugar de 1933 a 1935, durante la cual se fundó la Administración para la Recuperación Nacional y en la que se debatía la necesidad de la intervención gubernamental para combatir a los monopolios y controlar los precios como medio de protección al público. La segunda y que quizás dejó mayor huella en la memoria colectiva, incorporó medidas más enérgicas y la conformación de un equipo de jóvenes tecnócratas que impulsaron la implementación de la Ley Wagner (referente a la necesidad de incrementar el gasto público para reactivar la economía) y de una Ley de Seguridad Social. La interpretación predominante de estas reformas, se inclina por considerar que fueron apoyadas por el sector empresarial de avanzada, con una visión liberal corporativa, como una forma de garantizar la reactivación económica capitalista (Grunstein, 1991; Brinkley, 1991):

Debido a que sus costos salariales eran relativamente bajos estas empresas, en contraposición con las más intensivas de trabajo, podían tolerar la legislación social y laboral del gobierno. Además, una vez en control de la política económica del gobierno, impulsaron frente a la oposición de aquellas industrias más dependientes del mercado interno, el abandono del proteccionismo y del nacionalismo económicos del primer gobierno de Roosevelt a favor del comercio libre a nivel internacional (Brinkley, 1991: 149).

Una segunda crisis en 1937 trajo consigo un nuevo debate entre el control de las corporaciones y la planificación gubernamental *versus* la propuesta keynesiana de limitar la intervención reguladora del gobierno empleando en su lugar mecanismos fiscales y monetarios como estímulos a la economía. No obstante, a pesar del triunfo de la propuesta keynesiana, ésta tendencia mantuvo el fomento a la creación de dependencias gubernamentales, por lo que, desde la perspectiva de Alan Brinkley, el New Deal trajo consigo la estructura y definición gubernamental de la que habían carecido los Estados Unidos desde su constitución como nación. La participación estadounidense en la Segunda Guerra Mundial provocó una disminución en el entusiasmo por el estado regulador apoyando la idea del estado compensador de los keynesianos.<sup>15</sup> De tal manera que la trascendencia de la política de Roosevelt fue más allá de las reformas laborales y sociales:

(...) También se encuentra en su repercusión ideológica sobre posteriores generaciones de liberales y sus efectos sobre dos décadas de activismo del gobierno de posguerra. Así, el Nuevo Trato no sólo aparece como un momento brillante en que las energías reformistas prevalecieron brevemente, sino como parte de un largo proceso de adaptaciones ideológicas (Brinkley, 1991: 191).

Todo esto promovió una **conformidad** con el capitalismo, pues en la conciencia colectiva norteamericana se asumió que la política económica y social de Roosevelt había resuelto los peligros del *laissez faire*.

Por otro lado, la Segunda Guerra Mundial dio lugar a la necesidad de que las mujeres se incorporaran al trabajo, generado principalmente por la industria bélica,

---

<sup>15</sup> La prioridad bélica dio origen a la necesidad de la creación de una junta de producción de guerra, que puso en manos de militares la administración y la economía del país en 1942.

pero también para el abastecimiento que quedó abandonado por los que partieron a la guerra.

Estos acontecimientos históricos nacionales contribuyeron a crear una situación *sui generis* en la Universidad de Chicago, propicia para el surgimiento de las teorías interaccionistas de Strauss y Goffman.

Por un lado, el fin de la guerra tuvo como consecuencia el retorno de una gran cantidad de soldados de los que muchos no encontrarían un empleo con facilidad, dada la necesidad de reorganización económica y social. Por lo tanto, muchos de ellos aprovecharon la ley promulgada en 1944 por Rossevelt conocida como GI Bill, que consistía en proporcionar facilidades a los soldados desmovilizados para estudiar una carrera universitaria, dinero para subsistir por un año, así como préstamos para compra de vivienda.

En 1945, cuando Goffman llega a Chicago con la intención de obtener un grado de Maestría en Artes en Sociología, se encuentra con una gran actividad social por el súbito incremento de la matrícula generado por los soldados que optaron por la GI Bill:

Ni qué decir tiene que, a pesar de la flexibilidad del sistema, los doscientos estudiantes absorben a estos profesores, que les ofrecen una dedicación más que plena. Según dirá Everett Hughes: 'Recibimos una enorme avalancha de estudiantes al final de la guerra. En un momento determinado, me encontré en quince comisiones de tesis a la vez. Era la multitud de la posguerra, una multitud magnífica; trabajaban tan duro que nos hacían correr como locos' (Winkin,1991: 26).

Entre otras características, estos veteranos de guerra constituyeron una generación de estudiantes de edades mayores, en promedio, a las de los

estudiantes comunes, y tenían intereses y objetivos intelectuales más claros, así como una actitud hacia la universidad y el aprendizaje mucho más comprometida. Por otro lado, las preocupaciones generadas por la crisis del '29 y la guerra se reflejarán necesariamente en los problemas de investigación que formularán los sociólogos de esta cohorte generacional, a la que Goffman y Strauss no serán ajenos en absoluto:

Específicamente, vemos implícitos en los trabajos: 1) Una preocupación con el cambio repentino y dramático (¿cómo puede una economía próspera repentinamente volverse adversa?); 2) Una preocupación con el control totalitario (¿cómo fue posible Hitler?); y 3) Una preocupación por las bases de la comunidad y la conformidad (¿cómo podría uno ser un individuo en un período en el que el orden cultural era profundo?). Los temas son rara vez enunciados directamente, pero están presentes en mensajes sutiles y preocupaciones reveladas en el texto (Fine y Ducharme, 1995: 109).

Finalmente, una tercera influencia de los acontecimientos históricos de los años treinta y cuarenta va a contribuir con el ambiente social de posibilidad de las teorías interaccionistas, y es el acceso de las mujeres al departamento de sociología de la universidad de Chicago.

A pesar de que para Mary Jo Deegan (1995), las mujeres se incorporaron a la universidad de Chicago en la época de la posguerra en una situación marginal, minoritaria y discriminada, no fue la cantidad, sino la calidad y las características particulares de estas estudiantes de sociología lo que imprimirá en su cohorte generacional un matiz *sui generis*. Helena Znaniecka Lopata<sup>16</sup> lo explica así:

---

<sup>16</sup> Hija del talentoso sociólogo polaco Florian Znaniecki (coautor, junto con William Thomas de *El Campesino Polaco en Europa y América*), decidió estudiar sociología en la Universidad de Chicago en la época de la posguerra.



Muchas mujeres que asistieron a la Universidad de Chicago en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial habían tenido antecedentes inusuales o experiencias de independencia alentadoras, tanto como las tuvieron los veteranos de guerra. De hecho, Gladys Lang (1991: 2) nos describe como veteranas a nuestra manera: “bastante capaces de hablar por nosotras mismas y bien preparadas para ver por nuestros intereses... Lopata había huído de Varsovia con su madre; Goldstein [Blumberg] enseñó en un destacado *College* de afroamericanos [Fisk], una inusual elección de carrera [ella provenía de una familia judía de Nueva York]; Daisy Lilienthal, una “mischling”<sup>17</sup> rescatada después de la guerra por su padre americano, había trabajado como *laborer*<sup>18</sup> en la Alemania nazi; Maggie Blough había sido piloto de pruebas para la Boeing y organizadora de un sindicato en la industria enlatadora del noroeste; Paula Verdet y Sally Cassidy... vivieron en Francia y en la Canadá francesa y fueron activas en la resistencia y en los círculos de la izquierda católica... Yo misma trabajé en Inglaterra D.C., (durante los días del bombardeo), Italia y China’. (Carta a Mary Jo Deegan, Julio de 1991: 2-3) (Lopata, 1995: 375).

No obstante, diría Joseph Gusfield (1995: xv), estas condiciones históricas nacionales fueron vividas también por el resto de las universidades en los Estados Unidos, pero sólo la Universidad de Chicago produjo una cohorte particular de sociólogos interaccionistas y contestatarios a la que pertenecieron Strauss y Goffman. Cabe preguntarse entonces ¿Cuáles fueron las condiciones locales del contexto social y académico en la Universidad de Chicago que hicieron posibles

---

<sup>17</sup> Palabra alemana que significa “híbrido” o “mezclado”, usada por los nazis en las leyes raciales para establecer el grado de impureza de raza, dependiendo el número de abuelos judíos que se tuviera.

<sup>18</sup> Obrero encargado de hacer trabajo extenuante.

dichas contribuciones sociológicas? Trataremos entonces, a continuación, las especificidades de la Universidad de Chicago en los años cuarenta.

## **2.2. Sociología en Chicago II: entre baseball, café en la *commons room* y jazz en el bar de la calle 55ª**

Una de varias coincidencias en las biografías de Goffman y Strauss fue la razón por la que optaron estudiar en la Universidad de Chicago: ambos la eligieron por recomendación de alguno de sus profesores; Goffman escuchó el consejo de Ray Birdwhistell (Winkin, 1991) y en el caso de Strauss, un profesor que le enseñó Sociología en el College de Virginia, cuyo nombre omite, aunque comenta que fue discípulo de Robert E. Park (Legewie, 2004). Este dato no es simplemente anecdótico, pues permite explicar porqué ambos estudiantes inquietos y brillantes llegaron a Chicago en un momento en que dicha Universidad había perdido su fama de vanguardista en estudios de Sociología, pues para entonces, gracias a Parsons, Merton y Lazarsfeld el funcionalismo y el cuantitativismo eran las nuevas modas teóricas y metodológicas en la sociología y las Universidades de Columbia y Harvard eran los centros obligados para estudiarlas. Por lo tanto, había pasado la mejor época del primer departamento de sociología norteamericano. A pesar de esto, muchos sociólogos que se habían dispersado como profesores en Universidades y *colleges* norteamericanos y canadienses guardaban la admiración de antaño por su legendaria *alma mater* y transmitieron ese aprecio a sus alumnos. No obstante, aunque no tuvo la marquesina de otros centros de educación superior, la Universidad de Chicago en la década de los cuarenta pasaría por procesos particulares que la convertirían en un ‘caldo de cultivo’ de grandes investigadores:

La influencia de la Escuela de Chicago decreció tras la guerra. En 1945/46 las universidades de Columbia, Harvard y Yale pasaron a ocupar el lugar de Chicago como centros sociológicos más prestigiosos. Todo el mundo iba para allí, mientras que las teorías dominantes eran las funcionalistas como la de Parsons, la de Merton, y en lo que a los métodos se refiere, se comenzaron a imponer los estudios cuantitativos tipo "encuesta". Esta transformación vino acompañada por una tendencia hacia la burocratización de la investigación universitaria y un clima político cada vez más conservador. Chicago y el estilo de investigación cualitativa no dejaron de existir, así gente como Goffman o yo mismo continuamos con nuestro trabajo, pero ahora prácticamente a escondidas (Strauss en Legewie y Schreiber, 2004).

¿Cuáles fueron las condiciones que propiciaron esto? Los testimonios de quienes asistieron a la Universidad en esa época coinciden en que ésta casi no ejercía coerción sobre los estudiantes, incluso hay quienes insisten en que recibían poca atención institucional en el nivel individual (Lopata, 1995; Gusfield, 1995; Winkin, 1991). Sin embargo, la facultad, promovió en ese entonces una vida universitaria bastante dinámica en la que se involucraron de una u otra forma los estudiantes de sociología. Dichas actividades se organizaban por lo menos en cuatro categorías:

(...) en los niveles nacional e internacional; en los principales centros de investigación interdisciplinarios y comités en el *campus*, en proyectos específicos organizados por los profesores y en 'eventos especiales' que frecuentemente tenían lugar en el verano. Muchos estudiantes que hicieron contribuciones muy importantes a la sociología participaron en esos procesos. (Lopata, 1995:366).

Por ejemplo, en el terreno internacional, la Universidad de Chicago estableció un convenio con la Universidad de Frankfurt, financiado por la fundación Rockefeller,

que permitió un intercambio de profesores (en el que participaron entre otros Everett Hughes) con la intención de restablecer la comunicación con el mundo académico alemán. En el ámbito nacional, la cooperación interuniversitaria y con otras organizaciones externas promovió diversas investigaciones relacionadas con la comunidad y la vida familiar, entre las que destaca una investigación sobre la socialización de los estudiantes de medicina, dirigida por Everett Hughes, quien involucró a sus estudiantes en ella y que llevó a la publicación de un famoso libro titulado “Boys in White”<sup>19</sup> de coautoría entre Howard S. Becker, Blanche Geer, Anselm Strauss y su profesor interesado en el estudio de las profesiones. Otros estudios que resultaron de estos financiamientos desarrollaron investigaciones sobre psicología de la familia, adultos mayores y relaciones raciales y culturales, en las que se involucraron entre otros profesores Louis Wirth y Ernest Burgess. Varios de ellos combinaron técnicas de investigación cualitativas y cuantitativas. Todas estas actividades proporcionaron provechosas becas a los estudiantes participantes.

Algunos de los centros de investigación interdisciplinaria que trabajaron en conjunto con el departamento de sociología de Chicago fueron el Centro de Entrenamiento e Investigación sobre la Población, el Comité de Pensamiento Social dirigido por Edward Shils, el Comité de Desarrollo Humano, el Centro de Relaciones Industriales, el Centro de Sociabilidad de David Riesman y otros programas individuales que también ofrecían cursos a los estudiantes.

---

<sup>19</sup> Esta investigación trata sobre los procesos de socialización de los estudiantes de medicina.

Finalmente, en la categoría de ‘eventos especiales’, la “Conferencia Anual para profesores de preparatorias y colleges juniors” y el “Instituto de la sociedad para la investigación social” (anual también) fueron eventos que promovían la presentación de trabajos por parte de los estudiantes. En 1945 se organizó la “Sociedad Sociológica China” con la finalidad de investigar sobre sus principales problemas y establecer relaciones con su homónima en el país asiático. Hughes, Redfield y Wirth prepararon la publicación de los artículos de Robert Park en un libro.

Pero quizás el evento más estimulante e influyente en las vidas de los estudiantes de sociología en ese tiempo fueron los seminarios semanales organizados bajo el nombre de “**Ciencia Social II**”<sup>20</sup>, que trajo a profesores invitados de diferentes universidades del país: Milton Singer, Daniel Bell. Rose y Lewis Coser, Morton Grodzins, Rosalie Hankey (Wax), Martin Meyerson, C. Wright Mills, Sylvia Thrupp (Lopata, 1995:371) y que combinó el formato de conferencias magistrales con el de seminarios:

Daniel Bell, C. W. Mills y David Riesman (por no citar más que tres nombres de diecisiete) se reparten a los ochocientos estudiantes a los que hacen leer a Freud (*Malestar en la cultura*), Marx, Weber, Durkheim, Manheim, Piaget, etc. Intervienen con regularidad profesores de fuera. Uno de sus favoritos es Bruno Bettelheim (Winkin, 1991:30).<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> Varios artículos autobiográficos de Joseph Gusfield dan cuenta detallada de la forma y trascendencia de estos seminarios.

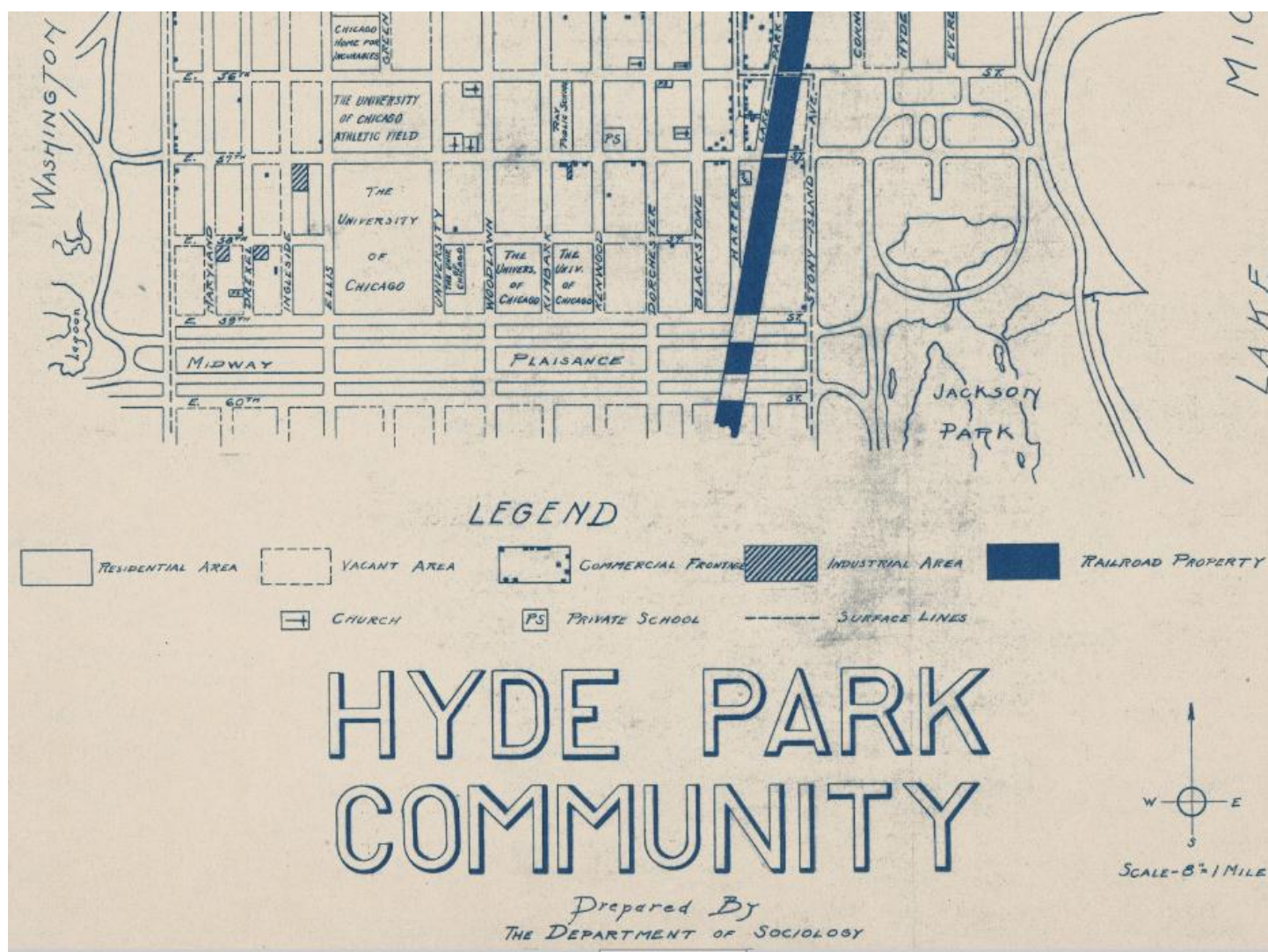
<sup>21</sup> De acuerdo con la investigación realizada por Andrew Abbott y Emanuel Graziano (1991) estos seminarios fueron propuestos por el rector de la Universidad, Robert M. Hutchins, quien se inclinaba por las disertaciones teóricas frente a la oposición de los profesores del Departamento de Sociología, que en ese entonces promovían el ejercicio empírico de la sociología (como E. Hughes y L. Warner entre otros). De algún modo esta oposición resultó beneficiosa para los estudiantes que se formaban en ciertos aspectos en el aula y complementaban su aprendizaje con los seminarios y cursos externos.

Un elemento más que contribuyó al carácter *sui generis* de la generación de sociólogos de Goffman y Strauss, es llamado por Joseph Gusfield (1991) la ‘ecología geográfica de Hyde Park, Chicago’, la zona en la que se encuentra asentada la Universidad. Para la década de los cuarenta, los edificios de departamentos aledaños al *campus*, tenían una apariencia de barriada –muy distinta a la zona de las clases altas asentadas en la parte centro sur de la ciudad– y un precio accesible que les permitió a los estudiantes vivir a unas cuantas calles de la universidad. La consecuencia de este hecho fue que la vida cotidiana se entrelazó con la vida académica en un vecindario que se llenó de puntos de encuentro y convivencia social donde el aprendizaje no terminaba con la jornada escolar:

El salón de clases se esparcía a través de las calles y, por supuesto, dentro de las salas de estar y las cocinas. Mi esposa aún recuerda la noche en que pensó que le era infiel y salió a buscarme a la calle a la una de la mañana, y me encontró con Erving Goffman hablando de sociología bajo un poste de luz (Gusfield, 1995: xv).

La seguridad en las calles y la cercanía de los lugares propició la interacción frecuente en bares, restaurantes y la organización de fiestas y eventos de carácter solidario (el Bar de Jimmy, la Taverna de la calle 55<sup>a</sup>, el restaurant de comida tropical y la librería de la calle 57<sup>a</sup>, fueron escenario de muchos de estos encuentros). De hecho, algunos miembros de esta cohorte en aquella época se debatían entre el arte y la sociología, como el sociólogo-jazzista Howard Saul Becker, autor de *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance* (1963), y que ha

reseñado su trabajo como músico (pianista) en los bares aledaños a la Universidad en Faulkner, R. y Howard S. Becker, 2009:<sup>22</sup>



Mapa 1: Comunidad de Hyde Park

Como muchas otras esquinas en el Chicago de entonces, la de la 63ª y Normal era una pequeña comunidad de negocios, con un complemento de tiendas de saldos, un par de pequeños restaurantes, y varios bares. El Club 504 era, como su llamativo letrero de neón te dejaba saber, el bar más grande

<sup>22</sup> Su tesis de Maestría se tituló "The Dance Musician in Chicago" (1949).

de la esquina y el único cuya licencia le permitía permanecer abierto hasta las cuatro de la mañana (hasta las cinco los sábados por la noche); los demás tenían que cerrar a las dos (o a las tres los sábados por la noche) (...) Tocábamos cuarenta minutos de cada hora. Los veinte minutos restantes eran suficientes para un trago, un cigarrillo, o incluso para correr calle abajo por una hamburguesa rápida (Becker, 2009:3).



Howard S. Becker (al piano) tocando jazz a fines de la década de los cuarenta.

Las actividades deportivas no eran ajenas a esta convivencia, pues fueron populares los juegos de softball en el campo de la calle 57<sup>a</sup> (Lopata, 1995), o los partidos dominicales de baseball en los que participaba Goffman, no sin antes repartir rebanadas de *pastrami* a sus compañeros de juego (Winkin, 1991). A todo esto hay que sumar la costumbre de la hora del café en el *commons room*, de dos a tres y media en la que diariamente convivían estudiantes y profesores de sociología y antropología.



Toda esta actividad social e intelectual propició la formación de diversos grupos de pares que se reunían con frecuencia a charlar sobre temas diversos entre los que la sociología era siempre la cereza del pastel. Por ejemplo, nombres como los de Bill y Ruth Kornhauser, Howard Becker, Bob Habenstein, Bill Westley, Gladys Frisch, Kurt Lang, Fred Davis, Helena Lopata, Aliza Dworkin, Herman y Frances Piven, Hal Wilensky, Bernard Karsh, Erving Goffamn, Saul Mendlovitz, Joseph, Gusfield, Dick Jeffrey, Jerry Carlin, Bill Westley, Hans Mauksch, Elliot Freidson y Bernard Meltzer conformaba una de las redes sociales donde más de uno sería un sociólogo reconocido en los años posteriores.

En cuanto a la relación entre Goffman y Strauss, el primero agradece al segundo su labor como asesor de tesis (junto a Lloyd Warner y Donald Horton) en la página número uno de su disertación doctoral (Goffman, 1953); por otro lado, tenían más de un amigo en común, entre los que se contaban por lo menos Howard Becker y Joseph Gusfield.

Con respecto a sus profesores, he mencionado previamente a Everett Hughes, Louis Wirth, Ernst Burgess y Robert Redfield, a los que habría que agregar a Herbert Blumer y Lloyd Warner. Todos ellos, a excepción de Warner<sup>23</sup>, fueron discípulos de Robert E. Park. No obstante, los intereses y teorías de cada uno tiene un sello particular, que nos lleva a pensar en diversas combinaciones, interpretaciones e influencias de G. H. Mead, Charles Cooley, William Thomas y Robert Park sobre los trabajos de estos profesores de la Universidad de Chicago. Lo que de alguna manera relativiza la afirmación de que eran portadores de una

---

<sup>23</sup> Quien tenía una trayectoria previa como antropólogo en la Universidad de California.

forma particular de hacer sociología, o herederos de una Escuela. Sin embargo, a algunos de ellos les gustaba creer que era así. En particular a Hughes, quien años después, al exiliarse de Chicago en Brandeis,<sup>24</sup> se encargó de transmitir a sus estudiantes lo que él consideraba el legado de la Escuela de sociología de Chicago:

Él nos contaba historias sobre varios sociólogos... quienes estudiaron a la “chica del salón de baile de los taxistas”, al peletero, a los médicos negros, etc., muchos de ellos por supuesto, estudiaron tópicos de su propia familia y comunidades de origen. Él tenía historias sobre la llegada de Goffman a Chicago, sobre la banda de jazz de Becker, sobre sus días de estudiante con su amigo cercano, Robert Redfield, en los cursos de Robert E. Park en la época previa a la separación entre antropología y sociología. Se me ocurre que algunos sociólogos se sienten mucho más parte de una escuela que otros, y que como padres, transmiten una tradición, intentan más que otros que sus estudiantes se sientan parte de su ‘escuela’. En pequeñas y grandes formas, Everett me ayudó a sentirme parte del linaje de Chicago. (Barrie Thorne, citado en Reinharz, 1995: 295).

Este comentario cobra una relevancia especial si subrayamos la profunda relación personal que entabló Goffman con Hughes y que duraría hasta la muerte de Goffman,<sup>25</sup> así como la influencia que ejerció este mismo profesor *Senior* sobre

---

<sup>24</sup> Debido a la legislación universitaria, Hughes se tuvo que jubilar forzosamente de Chicago en la década de los sesenta. Entonces fue contratado por la Universidad de Brandeis, de reciente fundación, para enseñar sociología, en donde formó a las primeras generaciones. La Universidad de Brandeis fue fundada especialmente para estudiantes judíos.

<sup>25</sup> En el Archivo Erving Goffman se pueden consultar algunas cartas de la correspondencia entre Goffman y Hughes en las que se puede apreciar la importancia (casi paternal) que tenían para Erving los comentarios de Everett sobre sus publicaciones. También se aprecia una fuerte carga afectiva en ambos y una comunicación epistolar constante. Por otro lado, el mismo Goffman reconoce en una entrevista (Verhoeven, 1993) la influencia formativa de Hughes.

Anselm Strauss, cuando el recién graduado trabajó como profesor asistente en la Universidad de Chicago:

Everett Hughes era por aquellas fechas el catedrático y yo estaba fascinado por las investigaciones de campo y entrevistas sobre actividad profesional y trabajo que estaban llevando a cabo él y sus alumnos. En ese momento me percaté del significado que tienen las organizaciones y estructuras, de ahí mis posteriores estudios sobre el trabajo (Strauss en Legewie y Schreiber, 2004)

Mientras Everett Hughes transmitía su versión de la sociología al estilo de Chicago, podemos decir que su trabajo tuvo poco en común con el de sus colegas profesores. Quizás el elemento compartido por todos ellos era el reconocimiento de la importancia del trabajo de campo y una tendencia muy marcada hacia la investigación cualitativa. Como comenté anteriormente, alguna versión del background que los precedía y que utilizaban principalmente para orientar su trabajo de campo:

La aportación de Mead al interaccionismo es generalmente conocida. Mead enriqueció el modelo de acción interaccionista con diversos elementos: su diferenciación de fases de la acción, su concepción radical de la complejidad y flexibilidad de la acción, sus análisis de la interacción social y de las múltiples perspectivas de los actores, su concepto del Yo (*self*) como un proceso que incluye la reflexión y la interacción de "I" y "Me" y, finalmente, la acentuación del cuerpo y la temporalidad.

Los sociólogos de Chicago partían principalmente de este modelo de acción derivado del ideario pragmatista y de la psicología social de Mead, sirviéndose de éste como fundamento teórico y redirigiéndolo para el fin de sus propias investigaciones. Con los pragmatistas compartían igualmente ciertas ansias de reforma social. Pero a diferencia de otros movimientos ideológicamente dirigidos, los sociólogos de Chicago se veían movidos por la convicción de que las reformas sólo

podían ser llevadas a buen puerto, si éstas eran guiadas por un exhaustivo análisis científico. La ciudad de Chicago, sufrió en un corto espacio de tiempo una expansión increíble, lo cual causó diversos problemas sociales y étnicos, hizo de ésta un campo de investigación propicio. De ello dan fe la enorme cantidad de estudios sociológicos que se llevaron a cabo durante aquel periodo (Strauss en Legewie y Schreiber, 2004).

Por otro lado, Blumer sentaba las bases de su “interaccionismo simbólico”, lo que contribuyó a la adscripción de algunos de sus estudiantes (como fue el caso de Anselm Strauss) a dicha denominación.

Mi principal instructor y maestro en Chicago fue Herbert Blumer, el laureado interaccionista. En un artículo de 1937 titulado "Social Psychology", Blumer había acuñado el concepto de "interaccionismo simbólico", un término que ciertos sociólogos afines a la sociología de Chicago apreciaron como poco afortunado, por lo que lo rechazaron como una etiqueta que los incluyera. Blumer era una persona de lo más carismática, un hombre imponente –en su juventud había sido jugador de fútbol americano– con una voz poderosa. Yo trabajé estrechamente con él, convirtiéndome en algo así como su asistente, por lo que entré en su círculo de influencias más estrecho (Strauss en Legewie y Schreiber, 2004).

Al parecer, algo completamente opuesto ocurrió entre Goffman y Blumer:

Para el estudiante Goffman, la enseñanza de Blumer no tiene, por tanto, nada demasiado atractivo. Asiste a sus clases como oyente libre, pero sin participar nunca en las discusiones, ni entregar trabajos ni, menos, hablar con él después de clase. Según me dirá en carta el propio Blumer: “no tengo ninguna idea de la influencia que mi enseñanza pueda haber tenido sobre él” (Winkin, 1991: 33).<sup>26</sup>

---

<sup>26</sup> Sin embargo, fue Herbert Blumer quien invitó a Goffman a dar clases en la Universidad de California en Berkeley en donde fue contratado en 1962 (Nizet y Rigaux, 2006).

Más allá de las preferencias y de las rivalidades (Winkin da cuenta de una tensión constante entre Blumer y Hughes), ni la sociología de las profesiones de Hughes, ni el interaccionismo simbólico de Blumer poseían una metodología y técnicas concretas para la sociología. A esto se debió que Strauss se interesara tanto por sistematizar los procedimientos de investigación cualitativa (Legewie y Schriber, 2004)– de lo que resultaría en pocos años la “Grounded Theory” y quizás la inclinación de Goffman por Lloyd Warner, en cuyo trabajo se inspiró su tesis de maestría, y de quien aprendió las bases de la antropología social inglesa, cuyas herramientas emplearía en su investigación de campo en las Islas Shetland (Winkin, 1991).

Ives Winkin (1991: 36) afirmó que “el humor escéptico es, pues, un medio epistemológico muy serio, sirve para quebrar la ilusión de lo real, establecer las relaciones fundamentales y pasar de lo social a lo sociológico”, en el contexto de las clases de Hughes, que motivaba a sus alumnos a comparar a los fontaneros con los médicos, buscando las similitudes de su desempeño profesional, algo que suena irreverente y bizarro, y que al mismo tiempo le permitía mostrar a sus alumnos cómo escapar de los convencionalismos para poder manejar a su objeto de estudio como tal. Esto no fue difícil de aprender ni para Goffman ni para Strauss, y podría sugerir que fue gracias al origen marginal que compartieron y que los distinguió desde el primer momento de la generación de sus profesores, mayoritariamente blancos, anglosajones y protestantes: ambos provenían de familias judías.

Los padres de Goffman, comerciantes judíos, emigraron a Canadá desde Rusia, en una de las oleadas de migración ucraniana, en 1914. Se establecieron en Dauphin, junto con una gran mayoría de clientes ucranianos no judíos, situación que marginaba doblemente a los Goffman del resto de la población de la pequeña ciudad, por lo que Erving alguna vez dijo en yídish a Dell Hymes: “Usted se olvida que yo he crecido en (...) una ciudad en la que hablar una lengua extranjera acarrearba la sospecha de homosexualidad” (citado en Winkin, 1991:17).

La comunidad judía más cercana (y numerosa) se asentaba en Winnipeg, la ciudad más cercana, y los Goffman mantenían vínculos estrechos con ella. Eran practicantes de su religión; Frances Goffman cuenta anécdotas del Bar Mitzva de Erving (Shalin, 2009), y de cómo su padre se preocupaba porque ella se casara con un miembro de la comunidad judía y no con un ‘gentil’.

En el caso de Anselm Strauss era descendiente de judíos alemanes:



Anne  
y



*Erving and his sister, Frances Bay*

Max Goffman

Erving y su hermana, Francis Bay

Mis abuelos habían emigrado de Alemania: judíos alemanes que habían inmigrado a los EEUU ahí por los años 1860 o 1870. Gracias a mi abuela conozco todavía algunas palabras en alemán y en yiddisch [lengua judeoalemana], que aprendí en su día cuando yo tendría unos cinco o seis años. A pesar de todo creo que nosotros éramos más que una familia de inmigrantes una típica familia americana, yo era más bien un niño americano que uno de una familia de inmigrantes. (...) El judaísmo no tuvo apenas influencia en mi desarrollo personal. Aunque yo era judío, nunca desarrollé profundo sentimiento religioso alguno. (Strauss en Legewie y Schreiber, 2004).

No obstante su distanciamiento de la religión<sup>27</sup>, en su interacción social Anselm no dejaba de ser señalado como judío, por ejemplo, de viva voz contó a Legewie y Schreiber que al terminar el College se debatía por la elección de su carrera y un profesor de sociología le dijo: "si usted quiere ser sociólogo le recomendaría ir a estudiar a mi antigua universidad, la de Chicago. Pero le advierto: en sociología no hay judíos". (Strauss en Legewie y Schreiber, 2004).

Sin embargo, la procedencia étnica de Strauss y Goffman era compartida por varios de sus compañeros, como fue el caso de Helena Lopata, Saul Mendlovitz, Bob Habenstein entre muchos otros, por lo que podemos señalarla como una

---

<sup>27</sup> A este respecto, en *Especios y máscaras. La búsqueda de la identidad* (1977), en el primer capítulo que comienza por señalar la importancia del nombre propio, Strauss comenta: "La primera generación de inmigrantes judíos en Estados Unidos tenía antiguos nombres ricos en resonancias históricas, nombres como Isaac, Benjamín, Abraham, Anna y Ruth; pero los nombres de los hijos de sus hijos casi nunca responden a tales modelos bíblicos, puesto que sus ideales y aspiraciones cambiaron a medida que lo mismo sucedió con sus estilos de vida". (Strauss, 1977:15)

característica más de la cohorte generacional a la que Fine (1995) se refiere con el nombre de “Segunda Escuela de Chicago”. Podemos considerar este dato estigmatizante una condición social de posibilidad del tono crítico de los trabajos



Izquierda: Anselm Strauss en Appleton, Wisconsin, tras obtener su primer empleo como profesor, en 1946. Arriba: Strauss en Utah, cuando fue trabajador social en un centro de reubicación para japoneses en 1944.

de muchos de sus miembros. Por otro lado, Jean Nizet y Natalie Rigaux destacan una hipótesis de Randall Collins, que no es excluyente de la anterior:

En efecto, Collins observa que la juventud de Goffman coincide con la moda del existencialismo, del teatro del absurdo, del pensamiento nihilista. Los intelectuales de la época están dispuestos a plegarse a esos movimientos, dirigiendo sus investigaciones hacia los bajos fondos de la sociedad, los marginales, los inciviles, en vez de asumir explícitamente su erudición de intelectuales (Nizet y Rigaux, 2006:23).



¿Cuál fue el elemento determinante del sentido crítico-marginal de los trabajos de Strauss y Goffman? Es difícil señalar uno. Creo que es posible señalar que las condiciones histórico-sociales, biográficas e intelectuales de posibilidad de sus teorías sociológicas se ven reflejadas en la coincidencia de los temas de estudio que eligieron y la forma en que los abordaron. En el próximo capítulo entraré en esta materia.

Haciendo un breve recuento de lo desarrollado en este capítulo, podemos ofrecer como condiciones sociales de posibilidad de las teorías de Goffman y Strauss, las siguientes :

1. Los acontecimientos histórico-sociales del New Deal y la Segunda Guerra Mundial, como posibles influencias en la aparición de tres preocupaciones centrales en la cohorte generacional que compartieron ambos en la Universidad de Chicago: la inestabilidad económica, el conformismo capitalista y el control totalitario, de las cuales, por lo menos las dos últimas se reflejan en los trabajos de Goffman y de Strauss.
2. Los procesos institucionales y académicos por los que pasó la Universidad de Chicago en la década de los cuarenta y que se acentuaron de 1945 a 1950, que provocaron la intensificación de la vida universitaria y el acceso a la interacción con profesores destacados de todo el país y del extranjero, así como la interacción y cooperación entre profesores y estudiantes en investigaciones patrocinadas por asociaciones privadas y públicas.
3. La geografía ecológica de Hyde Park, que propició que los estudiantes vivieran en la Universidad y que las aulas se esparcieran por los vecindarios y la vida social.

4. Una numerosa y diversa generación de pares (veteranos de guerra, mujeres, etc.) a los que la experiencia de la Segunda Guerra Mundial les legó personalidades e intereses *sui generis*, entre los que se destacaron numerosos de ellos con ascendencia judía.
5. El trabajo docente y de investigación de Everett Hughes, Herbert Blumer, Louis Wirth, Ernst Burgess y Robert Redfield, entre otros, quienes a pesar de tener diferencias personales y académicas entre sí, transmitieron a la generación de Strauss y Goffman el *background* con el que ellos mismos se formaron como sociólogos: Mead, Cooley, Thomas y Znaniecki, Park, Dewey, etc. Y que al mismo tiempo generaron en sus estudiantes el interés por la sistematización de las técnicas de investigación cualitativa.
6. Un ambiente intelectual existencialista, que sumado al origen judío de Strauss y Goffman dio lugar a la crítica social encausada por el “humor escéptico” que tuvo por objeto relativizar las normas sociales y comprender procesos de marginación social.

### **Capítulo 3. Elementos estructurales en los interaccionismos de E. Goffman y A. Strauss**

A diferencia de lo que se atribuye comúnmente a los sociólogos interaccionistas, el problema de los distintos órdenes de la realidad social, y en particular la relación entre acción y estructura, fue una preocupación consciente tanto de Strauss como de Goffman, frente a la que tuvieron que asumir una posición explícita en la mayoría de sus trabajos.

A continuación expondré tres grandes problemas que se ofrecen para el análisis comparativo de los trabajos de Goffman y Strauss que nos permitirán dilucidar sus contribuciones al dilema entre acción y estructura: a) Las teorías de constitución de la identidad y sus componentes individuales y colectivos; b) El papel de las instituciones y las estructuras dentro de sus concepciones sobre el orden y el cambio así como la dinámica entre libertad y constreñimiento social, y c) La propuesta metodológica que responde a la naturaleza del dilema para cada uno de los autores.

#### **3.1 La perspectiva situacional de la Identidad**

El *self* no es el punto de partida ontológico de una teoría del orden social.

Para Goffman es un producto acabado, cuya existencia depende de un orden de presentación que es el constreñimiento primario de situaciones de copresencia. En suma, el orden de la interacción tiene una existencia independiente, tanto de estructuras como de individuos (Rawls, 1987: 139).

Entre los intereses comunes que compartieron en sus trabajos Strauss y Goffman, se encuentra en primer lugar el tema de la identidad. Existe incluso una coincidencia cronológica en la publicación de los libros en los que cada uno de los autores abordan este tema, que sirve para sentar las bases de una primera

concepción de la interacción y la estructura, así como de otros temas afines, como el de su perspectiva sociológica y su metodología.<sup>28</sup>

En la base del concepto de identidad para ambos autores se encuentran dos influencias evidentes: G.H. Mead y Ch. Cooley. Ya hemos hablado antes del concepto de Self en Mead, sobre el que uno de sus traductores al español más especializado ha afirmado:

La singularidad que el significado del término *self* tiene en el pensamiento de Mead permite justificar el uso habitual de la expresión inglesa (*self*, *selves* en plural) en lugar de traducirla por un equivalente castellano que, como puede ser el caso de “sí mismo”, pudiera ofrecer una senda demasiado ambigua y convencional para despertar el necesario proceso de acercamiento hermenéutico que este concepto requiere. (Nota del traductor, Mead, 1991:165)

Con base en dicho argumento empleo aquí el anglicismo original para referir al concepto.

Mead estableció que el sujeto se conforma de dos dimensiones: el “Yo” y el “Mí”. El primero está constituido por los elementos creativos que emplea cada persona para resolver los problemas prácticos inéditos y que se distinguen de las reglas sociales objetivas e interiorizadas. Se considera la parte subjetiva de la persona y está estrechamente vinculado a la noción de experiencia individual. El “Mí”, es la

---

<sup>28</sup> *Mirrors and Masks, The Search for Identity* publicado originalmente en 1959 por The Free Press of Glencoe, Illinois, que además coincide con la publicación en ese mismo año de la obra de Goffman con la que tiene la mayor cantidad de convergencias teóricas sobre la noción de identidad: *The Presentation of Self in Everyday Life*, publicada originalmente por The University of Edinburgh Social Sciences Research Centre (Goffman, 1989). La coincidencia en el tema los conceptos y tratamiento no es gratuita si consideramos que Strauss leyó y comentó la tesis Doctoral de Goffman, en la que se basó posteriormente *La presentación del Self...*, del mismo modo que Goffman seguía de cerca los trabajos de investigación de Strauss.

dimensión que se considera 'objetiva' y que se constituye de la interiorización de la imagen de sí que proviene de la interacción con los demás sujetos, que son considerados 'el otro generalizado', se forma y se transforma a partir de las experiencias sociales y la adopción de los roles. El "Yo" es impulsivo y dinámico, en tanto que el "Mí" es una estructura organizada y normada, y la incorporación del punto de vista del otro generalizado sobre el sujeto:

El yo, pues, en esta relación entre el "yo" y el "mí", es algo que, por decirlo así, reacciona a una situación social que se encuentra dentro de la experiencia del individuo. Es la respuesta que el individuo hace a la actitud que los otros adoptan hacia él, cuando él adopta una actitud hacia ellos (...) El "yo" proporciona la sensación de libertad e iniciativa. (...) El "mí" representa una organización definida de la comunidad, presente en nuestras propias actitudes y provocando una reacción (...) Existe para el acto una necesidad moral, pero no una necesidad mecánica. (...) Tomados juntos constituyen una personalidad, tal como ella aparece en la experiencia social (Mead, 1993:205).

De acuerdo con Ignacio Sánchez de la Yncera, a pesar de que hay quienes insisten en hacer una analogía del "yo" de Mead con el "ello" de Freud, hay una gran diferencia entre ambos conceptos, debido a que "Mead destaca el núcleo inédito de la vivencia personal, de la experiencia en primera persona que permite deslindar analíticamente lo subjetivo dentro de la experiencia social" (Sánchez, 2001:838). Esta va a ser la primera influencia compartida en la aproximación de Goffman y la de Strauss al tema de la identidad.

A petición de Nelson Foote y con el propósito de publicar un libro colectivo sobre psicología social, Strauss escribió en 1953 "Un ensayo sobre la identificación", que se convertiría después en la primera parte de su libro *Espejos y Máscaras: La*

*búsqueda de la identidad* ([1959]1977)<sup>29</sup>. Sin embargo, la redacción del libro le llevó varios años, que dedicó a tratar de integrar la postura interaccionista en la vertiente de Park y Hughes con una dimensión más estructural. Su principal motivación para hacerlo era una profunda insatisfacción con las aproximaciones previas que subestimaban enormemente la influencia de las organizaciones sociales en la constitución de las identidades.

En este trabajo, Strauss estuvo lejos de usar el psicoanálisis, ya que su interés no descansaba en la identidad del 'ego', sino en el impacto de la influencia recíproca que se ejerce entre los sujetos que se involucran en diferentes tipos de relaciones, sobre los procesos identitarios. Propone una teorización para los diferentes procesos de emergencia de las identidades que contempla que éstas no se gestan de una vez y para siempre, ni siquiera cuando se alcanza la edad adulta. Por ello, en vez de trabajar sobre la estructura de la identidad, sugiere analizar sus elementos culturales y simbólicos. "De hecho, en este texto, él usa el concepto de identidad como un recurso conceptual para revelar la relación heterogénea entre identidades individuales y grupales, y establecer vínculos explícitos entre estructura e interacción" (Baszanger, 1992):

(...) no se debería hablar de pertenencia a un grupo sin hacer todo lo posible por tomar en cuenta también historias sociales. Las identidades implican no sólo historias personales, sino también historias sociales. Esta afirmación deriva de la siguiente: los individuos tiene pertenencias a grupos que, a su vez son producto de un pasado. Si se desea comprender a las personas (...) se debe estar dispuesto a considerarlas dentro de un contexto histórico (...) pero el efecto de la historia sobre la identidad implica

---

<sup>29</sup> (1959) *Mirrors and Masks, The Search for Identity*. Illinois. The Free Press of Glencoe.

mucho más que la conciencia del parentesco y la ubicación en una clase social (Strauss, 1977: 127-129).

La constitución de las identidades es un fenómeno complejo, que consta de varios procesos simultáneos en los que participan los sujetos a través de la interacción en los diferentes 'mundos sociales' en los que participan, y en los que figuran la comunidad, los significados compartidos, la relación inter-generacional, el contexto histórico, la memoria colectiva y las estructuras sociales. En este trabajo Strauss comienza a concebir una relación de constitución mutua entre acción y estructura mediada por los procesos de interacción, que no es fácil de esquematizar y que prevalecerá en sus trabajos posteriores:

Strauss sugiere que las historias, las situaciones sociales y las identidades están construidas interactivamente, y esas perspectivas e interacciones emergen en un modo dinámico de esa interacción. Ya que cada significado es creado y mediado culturalmente, las perspectivas de los individuos se enraízan en comunidades o mundos sociales. Sin embargo, esta emergencia es un fenómeno complicado, ya que las comunidades y mundos no están claramente circunscritos y definidos. Más aún, los individuos participan simultáneamente en varias comunidades o mundos. Además, los individuos también participan en procesos continuos de construcción de los mundos sociales en los que se desenvuelven. De ahí, que las identidades sean también múltiples, procesuales y dialógicas (Baszanger, 1992: 19).

Una buena parte de la producción goffmaniana dedica muchas páginas al análisis del *Self*. Aquello que nos constituye como personas y que consta de una parte muy particular y biográfica, y otra eminentemente social y de cuya interacción entre ambas nacen los diferentes tipos de identidad que portamos los seres humanos.

Como un sello de fábrica de su origen interaccionista, Goffman comparte con Strauss el interés por la dimensión situacional de los diferentes tipos de identidad que se ponen en juego. Por ejemplo, tanto Goffman ( [1959] 1989; 1976) como Strauss ([1959]1977) hacen un uso importante del concepto de “definición de la situación” de William Thomas, para mostrar cómo el carácter de una interacción es negociado por sus participantes y de la resolución de ese conflicto emanan “*identidades situacionales*” (Vryan, Adler y Adler, 2003), que se establecen con respecto a expectativas de rol definidas culturalmente:

¿Quién soy yo en esta situación? Resulta problemático en tanto la situación lo sea. La posibilidad de identificar la situación depende de que podamos hacer discriminaciones interrelacionadas concernientes a hechos, cosas y personas pertinentes incluyéndonos a nosotros mismos. Todo esto debemos descubrirlo. Sólo con respecto a las actividades convencionales resulta posible encontrar en forma instantánea, sin esfuerzo y casi automática, la definición de la situación y todo lo que esa definición implica. (Strauss, 1977:39)

Goffman se interesa por el *self* que se gesta y se manifiesta en las situaciones sociales, ya sea sacralizado y ritualizado (Goffman, 1970b), avergonzado (Goffman, [1961] 1994), deteriorado (Goffman, [1963] 1986), maquillado (Goffman, [1955] 1970a); Goffman, [1959]1989), expuesto (Goffman, 1966) o cuestionado (Goffman, 1974):

Se han eliminado muchos dioses, pero el individuo se empeña en seguir siendo una deidad de considerable importancia. Camina con cierta dignidad, como destinatario de muchas pequeñas ofrendas. Es cuidadoso del culto que se le debe y sin embargo, si lo aborda con el espíritu adecuado, está dispuesto a perdonar a quienes pudieran haberlo ofendido. Dada su posición social respecto de la de él, algunas personas lo encontrarán



contaminador, en tanto que otras percibirán que lo contaminan, y en ambos casos verán que deben tratarlo con cuidados rituales. (...) En los contactos con estas deidades no hacen falta intermediarios; cada uno de estos dioses puede actuar como su propio sacerdote (Goffman, [1956]1970b: 88-89).

Tanto Goffman como Strauss trataron en su respectiva obra de 1959, el tema de la *identidad social* que se establece mediante la identificación con grupos de personas socialmente contruidos (Goffman, [1963] 1986, Vryan, Adler y Adler, 2003). Este tipo de identidad es transituacional, pues se asocia con aspectos más duraderos de la personalidad: género, preferencia sexual, ocupación, religión, grupo étnico, nacionalidad, etc., y no sólo se rige por lo que compartimos con unos, sino también por lo que nos distingue de otros. Del mismo modo en que la negociación de la situación nos permite construir una identidad situacional, la mirada del otro es fundamental para establecer nuestra identidad social y responder o no a las expectativas a las que se asocia. La identidad social está relacionada con las características corporales (asumiendo el cuerpo como instancia de clasificación) y visibles de la persona. No obstante, estas pueden ser cambiadas por la persona o por causas ajenas a ella.

Para Goffman, las *identidades sociales* suelen presentarse ante los demás en la forma de fachadas institucionalizadas:

Hay que señalar que una fachada social determinada tiende a institucionalizarse en función de las expectativas estereotipadas a las cuales da origen, y tiende a adoptar una significación y estabilidad al margen de las tareas específicas que en ese momento resultan ser realizadas en su nombre. La fachada se convierte en una "representación colectiva" y en una realidad empírica por derecho propio (Goffman, 1989: 39).

El uso de la bata blanca que caracteriza a los médicos constituye la apariencia propia de un tipo de fachada social estereotipada. Con respecto a la cita anterior, en ella se acentúa el carácter institucional de las fachadas, mismas que para la terminología de Strauss constituyen las 'máscaras' que junto con los roles y las expectativas tienen un correlato estructural. A pesar de ello, las máscaras y las fachadas también tienen patrones de cambio, con frecuencia establecidos por su misma naturaleza institucional:

Muchas transiciones de status están muy institucionalizadas, de modo que los individuos pasan por ellas en una secuencia ordenada. Los rangos docentes en las universidades constituyen un ejemplo de tal progresión paso a paso, pero lo mismo sucede con el movimiento normal que va de novia a esposa, a madre embarazada y a criadora de hijos. (Strauss, 1977:80)

Finalmente, un tercer aspecto del sí mismo es la identidad personal (Strauss, 1977; Goffman, 1986). Ésta tiene que ver con la historia particular de cada persona, su biografía. Tiende a ser un poco más permanente comparada con las dos anteriores. Sin embargo Strauss (1977) sostiene que lejos de ser el resultado de un proceso que transcurre en la infancia y adolescencia, la identidad personal es un proceso que dura toda la vida y que sufre grandes cambios en momentos cruciales, como resultado de experiencias de interacción con otros. Esos momentos cruciales se destacan en las biografías individuales como rituales de paso. "Las identidades personales son definidas usualmente en términos de lo que nos hace diferentes de los demás y únicos como individuos". Algunos tipos de identidad personal se pueden definir a partir de una de sus características más

determinantes sobre la persona que la porta, por ejemplo: “celebridad, rebelde, sobreviviente de incesto, entrometido” (Vryan, Adler y Adler, 2003), etc.

Un primer orden o nivel de la realidad social podría ser identificado en el ámbito de la persona. No obstante, a pesar de que el interés de Goffman en el *self* podría sugerir una aproximación individualista y psicologizante, para el sociólogo canadiense la unidad mínima de análisis de su sociología nunca estuvo constituida por el sujeto individual:

Doy por supuesto que el estudio correcto de la interacción no se relaciona con el individuo y su psicología, sino más bien con las relaciones sintácticas entre los actos de distintas personas mutuamente presentes las unas ante las otras (...) no se trata pues, de los hombres y de sus momentos. Más bien, **de los momentos y de sus hombres** (Goffman, 1970: 12; el énfasis es mío).

Anselm Strauss establece una demarcación similar frente a la psicología en su prefacio a *Espejos y Máscaras*:

Quizás algunos lectores se sientan decepcionados pensando que un trabajo que pretende estudiar la identidad debería referirse a su organización. Pero lo que me interesa es sugerir maneras de reflexionar – e investigar – acerca de los procesos sociales de los que emerge la identidad (por lo menos en parte); los cimientos simbólicos y culturales de su estructura. Y, además, como me lo sugirió Kai Erickson, me refiero a una faceta de la identidad: ese aspecto de mi tema que no se refiere a la identidad “yoica”, sino al modo en que las personas se comprometen con otras personas y se ven afectadas, y ejercen mutuo efecto, a través de ese compromiso. (Strauss, 1959:12).

Esta demarcación inicial nos permite observar que ambos autores reconocen la existencia de este orden, el individual, pero queda fuera de su objeto de estudio como tal. Van a ser las “relaciones sintácticas” encarnadas en situaciones sociales

las que capten su interés a lo largo de su obra. Así, para Goffman, el binomio constituido por la publicación de *La presentación de la persona en la vida cotidiana* y *Estigma*<sup>30</sup>. *La identidad deteriorada*, define sus objetivos de las siguientes formas:

Mi propósito en este ensayo es revisar algunos trabajos sobre el estigma, en especial de índole popular, para ver cuál puede ser su utilidad para la sociología. (...) Esta tarea me permitirá formular y utilizar una serie especial de conceptos: aquellos que tienen que ver con la 'información social', la información que el individuo transmite directamente sobre sí mismo [en las situaciones cara a cara] (Goffman, [1963] 1986: 7-8).

La acción desde la perspectiva de la interacción social, posee fundamentalmente un carácter expresivo y el principio que guía la presentación de los selves en las interacciones es el de mostrar la fachada social idealizada<sup>31</sup> más aceptable de acuerdo con la situación y el contexto. En ese sentido, el análisis del estigma le permite a Goffman entender como funciona la contraparte: aquella información social (y personal) que debe mantenerse oculta o de lo contrario el actor deberá asumir las consecuencias que se manifiestan como sanciones dentro de la misma interacción. Es decir, el estigma es el producto de la imagen adversa que refleja el otro generalizado sobre el Self que en consecuencia sufre un deterioro a partir del

---

<sup>30</sup> En ambos trabajos emplea el material de campo de sus observaciones en las islas Shetland de donde escribió su tesis doctoral.

<sup>31</sup> "Así, cuando el individuo se presenta ante nosotros, su actuación tenderá a incorporar y ejemplificar los valores oficialmente acreditados de la sociedad, tanto más, en realidad, de lo que hace su conducta general. En la medida en que una actuación destaca los valores oficiales corrientes de la sociedad en la cual tiene lugar, podemos considerar la, a la manera de Durkheim y Radcliffe-Brown, como una ceremonia, un expresivo rejuvenecimiento y reafirmación de los valores morales de la comunidad" (Goffman, 1989:47)

rechazo social<sup>32</sup>. Esto se traduce en sentimientos negativos que la persona recibe de su propia imagen e incorpora a la identidad. Sin embargo aquello que constituye un motivo de estigma es determinado social y culturalmente y es ese fenómeno y sus efectos sobre la interacción y no el yo que resulta de ahí lo que constituye el foco de interés para el autor en dicho estudio. La presentación del self entonces se constituye del mismo argumento, pero en su versión positiva: la forma en que el individuo asume y muestra una adscripción que espera contar con la aceptación y la aprobación por parte de los demás participantes dentro de la situación de interacción:

En las páginas que siguen, consideraré de qué manera el individuo se presenta y presenta su actividad ante otros, en las situaciones de trabajo corriente, en qué forma guía y controla la impresión que los otros se forman de él, y qué tipo de cosas puede y no puede hacer mientras actúa ante ellos (...) Cuando un individuo llega a la presencia de otros, estos tratan por lo común de adquirir información acerca de él o de poner en juego la que ya poseen (...) La información acerca del individuo ayuda a definir la situación, permitiendo a los otros saber de antemano lo que él espera de ellos y lo que ellos pueden esperar de él (Goffman, [1959]1989: 11-13).

Aquí es donde juega un papel muy importante la teoría del “Looking Glass Self”<sup>33</sup> de Charles H. Cooley, que se desarrolla a partir de dos ideas básicas. Por un lado, el auto-monitoreo del *Self* desde el punto de vista de los demás (el ‘otro

---

<sup>32</sup> Una de las tesis de fondo de los trabajos de Goffman sobre los hospitales psiquiátricos, pone de manifiesto que la lógica del aislamiento y el estigma con el que viven los enfermos mentales no es sino una consecuencia de la manifestación de una conducta disruptiva que ante todo trasgrede el orden social y sus normas de interacción ritualizada. (Goffman, 1994, 1970)

<sup>33</sup> O del “Self espejular”.

generalizado de Mead, que sintetiza las múltiples interacciones que complementan la autopercepción). Por otro lado, ese automonitoreo produce sentimientos intensos hacia nosotros mismos :

“Una idea propia del *Self* de este tipo parece tener tres elementos principales: la imaginación de nuestra apariencia para la otra persona; la imaginación de su juicio de esa apariencia, y algún tipo de sentimiento propio a partir de ello, ya sea orgullo ó mortificación” (Cooley, 1922:184)

En tanto que Cooley se refiere a la mortificación como emoción predominante, alterna ese nombre con el de “vergüenza” (*shame*), para referirse a la misma indistintamente. De acuerdo con Thomas Scheff (2005), Goffman reelabora una versión propia del Looking Glass Self de Cooley, que funciona bajo el mismo mecanismo del primero, pero destacando como emoción predominante una muy cercana a la vergüenza (*shame*) que podríamos traducir como ‘embarazo’, ‘pena’ ó ‘bochorno’ para distinguirla de la primera (‘embarrassment’). Ésta última tiene un significado y un contexto eminentemente social, vinculado a las organizaciones, los valores y las interacciones. En el modelo de Goffman tiene un vínculo importante con la conciencia compartida socialmente y es una emoción que el autor considera presente en todas las culturas. De forma similar, Strauss no pierde de vista la importancia de esta familia de emociones:

Hace algunos años, el filósofo alemán Max Scheler señaló que toda sociedad cuenta con medios para provocar vergüenza en sus miembros en las situaciones adecuadas. (...) Cada sociedad cuenta también con los medios y el poder necesarios para liberar a los individuos de tal situación. (Strauss, 1977:61).

Detrás del argumento de fondo de *La presentación de la Persona en la vida cotidiana*, se encuentra la idea de que inconscientemente vivimos en la mente de los demás, ya que llevamos a cabo la construcción de fachadas que nos permiten interactuar, presentándonos ante los demás cumpliendo con roles y expectativas con la finalidad primordial de evitar a toda costa el bochorno. Este último se encuentra latente en el desarrollo de cualquier interacción, en la medida en que se produzca un error de juicio, la violación no intencional de una regla de la interacción ó cualquier acto que pueda ser interpretado como una falta de deferencia hacia los demás participantes en la situación. (Goffman, 1989; 1970)<sup>34</sup>. Anselm Strauss incorporó también la teoría del Looking Glass Self, a su versión de la construcción de la identidad:

En una interacción tan complicada, hay muchas oportunidades para que ambos actores cometan errores de juicio. Una clasificación, por aproximada que sea, de las reacciones con respecto al sí mismo y al otro, contribuirá a aislar las dimensiones en que pueden producirse errores y aciertos del juicio. Cada persona tiene que cumplir las tareas de evaluar en el otro, 1) su intención general en la situación, 2) su respuesta a sí mismo, 3) su respuesta a sus sentimientos hacia mí, que soy receptor u observador de su acción. (Strauss, 1977:48).

En la visión de Strauss se desarrollan procesos simultáneos durante la interacción en los que tratamos no sólo de interpretar las acciones de los demás, sino también nuestras propias respuestas, por medio de la auto-observación, que

---

<sup>34</sup> Y de acuerdo con Strauss :”Sobre la base de la experiencia pasada es posible calcular de antemano cierto grado de error: Si todas las situaciones futuras fueran idénticas a las pasadas, entonces el error sería mínimo; (...) Pero el futuro es incierto y hasta cierto punto es juzgado, rotulado y conocido una vez que ha tenido lugar, lo cual significa que la acción humana debe ser necesariamente más bien tentativa y exploratoria.” (Strauss, 1977:31)

puede estar interferida por elementos de autoengaño, evitación de la ansiedad y de ataque contra la autoestima. Este es otro punto de convergencia con Goffman, ya que de acuerdo con Scheff, *La presentación de la persona en la vida cotidiana* dio un paso adelante con respecto al modelo de Cooley, cuando además de considerar que actuamos con base en la imagen que creemos que los demás tienen de nosotros y que esto nos provoca sentimientos hacia nosotros mismos, el autor canadiense agregó una etapa más en el proceso que tiene que ver con el manejo de esas emociones que provoca en nosotros la mirada de los demás en la que nos vemos reflejados. (Scheff, 2005:163)

Precede a Goffman la fama del enfoque dramático que elige para exponer el caso del manejo de las impresiones en la presentación del Self, al que acuden las personas para desempeñarse en las interacciones, mostrando y ocultando aquello que tiene que ver con la representación de los roles y las expectativas asociadas a ellos.

Sin embargo, aquel *self* fundacional del interaccionismo simbólico, teorizado y explicado por G.H. Mead como producto de las interacciones sociales que introyectan el lenguaje (oral y gestual) y propician el pensamiento y por lo tanto la interacción con uno mismo, va a ser recuperado por Goffman en su vena más interaccionista, pero leído a la luz del Durkheim de *Las formas elementales de la vida religiosa*:

La noción de Mead de que el individuo adopta hacia sí la actitud que los otros adoptan hacia él, parece una simplificación excesiva. Antes bien, el individuo tiene que basarse en los demás para completar la imagen de sí mismo, de la cual sólo se le permite pintar ciertas partes. Cada individuo es responsable de la imagen de sí mismo en cuanto al proceder y de la



imagen de deferencia de los otros, de modo que para que se exprese el hombre completo, los individuos deben tomarse la mano en una cadena ceremonial, y cada uno entregar al de la derecha, deferencialmente, con proceder adecuado, lo que se recibirá deferencialmente del de la izquierda (Goffman, [1956]1970b: 80)

El énfasis es puesto por Goffman en la dimensión ritualizada y normada, en la existencia de una estructura dada de antemano que guía las interacciones. En tanto que a Strauss, le preocupa haber puesto demasiado acento en el constreñimiento social y manteniéndose fiel a la propuesta de Mead, asume que en cierta medida es posible que la observación y el análisis del sociólogo, sean capaces de encontrar los momentos de creatividad e innovación con los que el Yo se manifiesta en los procesos de adaptación y resolución de problemas inéditos:

La reevaluación, por intermitente que sea, señala la cualidad inacabada, inacabable de cada vida individual, y esto lleva a consideraciones teóricas centradas en el logro y la pérdida de la autoposesión, del compromiso con los valores.(...) También afirma el criterio (...) de que las continuidades de la experiencia personal están relacionadas de manera sistemática con las que proporciona la estructura social pero no aseguradas por ésta. Asimismo, quisiera destacar las posibilidades creativas, así como los riesgos de la discontinuidad. (Strauss, 1977:26)

En este sentido, Strauss incorpora un margen de contingencia para la respuesta de los actores dentro de la interacción aparentemente mayor al que Goffman está dispuesto a conceder o a esperar. Sin embargo, la postura de Goffman llegará a un punto medio en este tema unos años más tarde al desarrollar los concepto de

“distanciamiento del rol” (Goffman, 1972) y de “ajustes secundarios” (Goffman, [1961], 1994).<sup>35</sup>

Para el autor canadiense, el actor equivale a esa parte sustancial del sujeto que no es accesible al acercamiento del sociólogo como observador del desempeño de una escena. Es más bien el “mí” en la forma de personaje, el que se muestra y se ofrece a los demás como la mejor manera de mantener una fachada, y una situación, así como la cooperación mutua entre los participantes para definirla. El yo, es un aspecto de la identidad que escapa al objeto de estudio y que siendo subjetivo a la vez se mantiene oculto por medio de la representación. La parte observable es siempre el personaje (Herrera y Soriano, 2004:75). Los selves se diversifican y se multiplican incluso de acuerdo con las circunstancias a las que responden, son identidades situacionales, y no sustanciales.

No obstante, a pesar de su fama, el enfoque dramático de Goffman no es sino una metáfora que no puede ser llevada hasta sus últimas consecuencias<sup>36</sup>, ya que:

La afirmación de que el mundo entero es un escenario es bastante conocida como para que los lectores estén familiarizados con sus limitaciones y se muestren tolerantes con ella, sabiendo que en cualquier momento serán capaces de demostrar fácilmente que no debe ser tomada demasiado en serio. Este estudio no atañe a los aspectos teatrales que se introducen furtivamente en la vida cotidiana.

---

<sup>35</sup> Ambos conceptos son explicados con amplitud en el siguiente apartado.

<sup>36</sup> Strauss acude también en ocasiones a una metáfora dramática cuando aborda cuestiones similares relacionadas con el desenvolvimiento social de los sujetos (1977:31, 50) que sin embargo abarca mucho menos aspectos de su reflexión sobre la identidad que los que aborda Goffman con la propia.

Atañe a las estructuras de las interacciones sociales (...).En esta estructura, el factor clave es el mantenimiento de una definición única de la situación, definición que será preciso expresar, y esta expresión debe ser sustentada a pesar de la presencia de multitud de disrupciones potenciales. (Goffman, 1989:270-271).

En esta aclaración el autor nos muestra que no todos los aspectos de la comparación del teatro con la realidad funcionan para comprender las consecuencias que tiene *La presentación del Self* para la vida social y la constitución de las identidades. Por otro lado, vale la pena relativizar aquí una de las críticas que sintetiza la apreciación más generalizada de la perspectiva dramaturgica del sujeto goffmaniano que actúa de forma instrumental y manipuladora:

Particularmente en Goffman, lo que podría ser el “I” de Mead es, no va canalizado u orientado a través del “me”, sino conscientemente utilizado y manipulado al servicio de lo que parece el interés o motivación fundamental del «me»: presentarse como socialmente atractivo en el mercado de almas de una sociedad industrial avanzada en la que la competencia entre personalidades fuerza a una perpetua representación del sí-mismo. Los sujetos de Goffman parecen haberse apropiado de la teoría de Mead utilizándola cínicamente en provecho propio. De este modo Goffman, quizá inconscientemente, refleja mejor que ninguna otra sociología «humanista» el carácter profundamente competitivo de la sociedad de clase media norteamericana. (Carabaña y Lamo, 1978:177)

No obstante, es importante resaltar la complejidad de ese control aparente del “mí” que remite a una acción instrumental. Ese sujeto supuestamente cínico para la

lectura de Carabaña y Lamo que elige cómo presentarse frente a cada ocasión social se encuentra limitado por las normas de interacción y los contextos situacionales. Por otro lado, cabe preguntarse por la naturaleza de los bienes que constituyen pérdidas y ganancias en el sentido de si la competencia entre los *Selves* se orienta a la obtención de un beneficio personal material altamente lucrativo. En realidad, los costos de una disrupción en la interacción son, en efecto a cuenta del actor que comete algún error de juicio o falta a las normas; no obstante, una situación social conflictiva transcurre en detrimento de los vínculos sociales que mantienen la vida social, y es una de las razones de fondo por las que los demás participantes de una situación de interacción suelen cooperar para mantener la fachada, incluso del actor avergonzado. Todos los mecanismos de ritualización, sanción y disculpa, están encauzados hacia ese objetivo. Si retomamos la cita anterior de Goffman, podemos comprender con mayor claridad que el enfoque dramático es sólo una metáfora y no una actitud frívola de juego de apariencias en un entorno intrascendente.

### **3.2 Estructuras e instituciones**

El tema de la identidad en el interaccionismo se vincula directamente con la relación entre acción y estructura a través del problema de la adscripción a los roles. De acuerdo con Goffman, el concepto de 'rol' es uno de los más comúnmente usados en sociología y sin embargo uno de los más oscilantes en cuanto a su definición. Reconociendo el origen antropológico del término, en la obra de Ralph Linton, el autor explora su uso dentro de la sociología, especialmente la teoría de roles proveniente del estructural-funcionalismo:

Un *estatus* es una posición en algún sistema o patrón de posiciones y está relacionado con otras posiciones en la unidad a través de lazos recíprocos, derechos y obligaciones vinculantes entre sus titulares. Un *rol* consiste en la actividad en que el titular se involucraría actuando únicamente en términos de demandas normativas sobre alguien en su posición. El *rol* en este sentido normativo se distinguirá de *desempeño del rol*. (Goffman, 1961:74).

Para el autor es muy importante distinguir entre la dimensión normativa o esperada del rol, que predomina en la corriente estructural-funcionalista, de la ejecución del rol. Ya que entre ambos conceptos ocurre un proceso intermedio de adscripción o distanciamiento del rol. El primero “significa desaparecer completamente en el sí mismo virtual elaborado por la situación, exponerse a la percepción de otros mediante la imagen propia y confirmar expresivamente la aceptación del rol. Asumir un rol significa ser subsumido por éste.” (Goffman, 1961:106). Generalmente este acto, especialmente cuando se vincula con una asignación institucional trae consigo beneficios para el actor que está dispuesto a responder a las expectativas normativas del rol. No obstante, considerar sólo esta posibilidad significa para Goffman dejar de lado un proceso importantísimo que consiste en la no asunción total de un rol, es decir, al distanciamiento. Esto último puede ocurrir, ya sea porque debido a la multiplicidad de roles, que puede poseer un actor, el hecho de dejar latentes aquellos que no corresponden a una situación concreta, no implica estar dispuesto a neutralizar las demás identidades a las que se encuentra vinculado, o simplemente a) constituye un momento reflexivo que le permite desempeñar el rol de manera consciente y eficaz; b) el distanciamiento se constituye en un acto comunicativo que hace saber a los demás por algún motivo

concreto de la situación que no asume totalmente el rol, o c) para manejar la tensión que caracteriza el desempeño del rol: “He argumentado que el individuo manifiesta una distancia del rol (...) debido a que los compromisos y vínculos que posee son muy heterogéneos: sus roles organizacionales, sus roles difusos, el sistema mismo de actividad situada.” (Goffman, 1961:133). La misma instancia reflexiva proporcionada por el distanciamiento que permite hacer consciente la adscripción total o no al rol, es una oportunidad de actuar de manera crítica frente a las instituciones y las normas que gobiernan su desempeño, *vgr.*:

Frecuentemente los cirujanos hacen uso de un hospital a través de un acuerdo del personal mediante el cual deben conseguir pacientes que paguen a cambio del uso de las instalaciones quirúrgicas y camas del hospital. En esta negociación, los cirujanos frecuentemente parecen sentir que el hospital no les provee con un personal y equipo adecuados. Durante una cirugía, los cirujanos suelen hacer comentarios sarcásticos y humorísticos, al personal del hospital como enfermeras y anestesistas, mediante las cuales los médicos dan evidencia de que en tanto deben aceptar las condiciones del hospital, no están contentos con lo que tienen que tolerar (Goffman, 1961:131).

Esta manifestación de rebeldía contra la institución se traduce en un distanciamiento voluntario del rol. Anselm Strauss contempló también estos momentos contingentes en los que un Self, en una situación dada, se rehúse a aceptar el ‘rol’ con el que está comprometido frente a los demás participantes:

Esto se aplica también cuando nos interesa conscientemente poner fin a una interacción con el sí mismo con el que iniciamos; y la interacción será tanto más precaria cuando una o más personas

intenten o necesiten cambiar sus relaciones. Las reglas gobiernan la interacción pero no por completo los resultados (Strauss, 1977:67).

Es la variable de la contingencia introducida por la posibilidad de distanciarse del rol, lo que hace evidente la presencia activa del 'yo' en la disrupción del orden. Ese yo que parecía oculto e inaccesible al sociólogo para Goffman en *La presentación de la persona...*(1989), hace observables los aspectos subjetivos que al parecer se vuelven también relevantes para el autor, en la siguiente reflexión:

El concepto de distancia del rol contribuye a combatir esta tendencia extendida de mantener una parte del mundo a salvo de la sociología. Si un individuo va a mostrar que es un tipo agradable o, por el contrario, mucho menos agradable de lo que un ser humano necesita ser, es mediante el uso o desuso de la distancia del rol, que probablemente lo demostrará. Es justo aquí, en la manifestación de la distancia del rol en donde se encontrará el **estilo personal del individuo**. Y en este trabajo sostengo que la distancia del rol es materia del Análisis de Roles tanto como el las tareas nucleares de los roles mismos (Goffman, 1961:134).

El reconocimiento de la contingencia y de la dimensión expresiva y creativa del yo, se vuelve en este aspecto un punto de convergencia en Strauss y Goffman que abre algunas posibilidades para la comprensión del vínculo entre acción y estructura mediado por el impacto que tiene potencialmente sobre ambas el desarrollo de ciertas situaciones de interacción.

En 1960 Strauss obtuvo un nuevo puesto en la Universidad de California, campus San Francisco, en donde estuvo a cargo de fundar el Departamento de Sociología

y su programa doctoral. Durante seis años trabajó ahí junto con Barney Glaser y Jean Quinn en una investigación sobre el manejo de la muerte en el hospital, contribuyendo así cuestionar el taboo, al hablar del tema y creando un campo de investigación, con el tema de las enfermedades crónicas. El objetivo principal de la investigación consistió en analizar las interacciones entre pacientes terminales, personal del hospital y miembros de la familia.

Los resultados obtenidos dieron origen a una nueva propuesta teórica de vinculación de las interacciones con la estructura social. Strauss y Glaser argumentaron que era necesario trabajar constantemente en el mantenimiento de las bases del orden social, así como en los acuerdos establecidos y emergentes que preservan dicho orden. El orden social, ya sea en el nivel de la sociedad, de las organizaciones, de las interacciones grupales o individuales, es continuamente producido por las negociaciones constantes y sus las consecuencias impredecibles en esos múltiples niveles. Con este enfoque los autores propusieron considerar los aspectos emergentes de la situación, Para Glaser y Strauss, la naturaleza indeterminada y problemática de las interacciones es lo que mantiene el centro de interés sociológico:

Más que centrarse en la estabilidad interaccional, debemos preocuparnos en este libro por los cambios que pueden ocurrir durante el curso de la interacción ... Se deben también considerar las tácticas que sostienen ese estado que es constantemente sujeto a cambios y consecuencias imprevistas; se debe combinar la norma y el trabajo en las bases del orden social. Así, nuestro recuento de las interacciones alrededor de los pacientes terminales, debe interesarse en y no sólo las regulaciones sociales y otras condiciones estructurales que entran en la interacción, sino también la tendencia a interactuar,



cambiar o regular los lazos sociales y generar nuevos modos de interacción (Glaser y Strauss, 1965: 15).

Como producto de su estancia en el Hospital Sta. Elizabeth, cuando formó parte del Laboratorio de Estudios Socioambientales del Instituto de Salud Mental Goffman escribió *Internados* (Goffman, [1961]1994), y los cuatro primeros ensayos de *El ritual de la interacción* ([1967]1970). Su trabajo sin embargo, no tenía que ver con aspectos de psiquiatría sino de interacción social entre las diferentes categorías de personas al interior de la institución de salud mental, misma que catalogó como “institución total”. Además de centrar su interés en los límites impuestos por la institución a los internos, y lo que lograban obtener los internos de la institución mediante ‘procesos de ajuste’ (Goffman, 1994), Goffman encuentra el medio ideal para su estudio del orden de la interacción y sus normas:

Empleo esos datos en la suposición de que un lugar lógico para conocer los elementos de decencia personal, es aquél en que hay personas que han sido encerradas por haber fracasado en forma espectacular en lo referente a mantener dicha imagen de decencia. Sus infracciones a lo correcto, se dan dentro de los límites de una sala de hospital, pero las reglas violadas son muy generales, y nos llevan fuera de la sala, a un estudio general de nuestra sociedad anglo-norteamericana (Goffman, [1956] 1970-b:49).

La preocupación central, de estos trabajos fue la situación del Self frente a las instituciones totales<sup>37</sup>. Aquí los hospitales psiquiátricos son sólo un tipo dentro de

---

<sup>37</sup> De acuerdo con Goffman, las ‘instituciones totales’ se distinguen por poseer 6 características principales: 1) Están delimitadas por una barrera física o cerco; 2) están investidas de una autoridad que gobierna todo en su interior; 3) Los usuarios viven en su interior; son instituciones creadas racionalmente con una finalidad aparente; 5) poseen una cultura de imposición que se sobrepone a cualquier tipo de cultura previamente

una amplia variedad de instituciones de encierro al interior de las cuales ocurren procesos que producen un deterioro moral en el yo de las personas internas en ellas (las cárceles, los coventos, los campos de concentración, pertenecen a la misma categoría):

En este contexto moral, poco serio aunque insólitamente exagerado, tanto construir un yo como asistir a su destrucción va haciéndose partes de un juego impúdico; y acostumbrarse a ver un proceso tan fundamental como un juego, conduce a cierta desmoralización. El interno puede así aprender en el hospital que el yo no es una fortaleza sino una pequeña ciudad abierta ; y tal vez se canse de tener que demostrar alegría cuando la ocupan sus propias fuerzas, y pesadumbre cuando la toma el enemigo. (Goffman, 1994:170-b).

Las instituciones totales ejercen un control que pretende ser absoluto sobre las personas que se constituyen como internos. Sin embargo, a través del estudio de las relaciones en el interior, el autor fue capaz de visualizar las resistencias que ofrecen los sujetos mediante la interacción a los constreñimientos institucionales de las jerarquías de un hospital psiquiátrico: a pesar de lo que dicen las normas del establecimiento, pacientes, enfermeras y ayudantes logran fraternizar mediante un sistema subterráneo de contacto corporal (touch system) (Goffman, [1956] 1970-B:70-73) (Rawls, 1987:139), que termina por soslayar las diferencias entre las categorías de los miembros generando un “pequeño oasis de igualdad” que se refuerza con el uso simétrico del nombre de pila. Esas resistencias al poder

---

adquirida por los internos; 6) origina una ‘contravisión’ del mundo que sitúa a los internos fuera de éste. (Goffman, [1957] (1992):108-110).

total sobre la vida privada de los reclusos fueron conceptualizadas como 'ajustes secundarios':

(...) ciertas prácticas que sin desafiar directamente al personal permiten a los internos obtener satisfacciones prohibidas o bien alcanzar satisfacciones ilícitas con medios prohibidos. (...) proporcionan al interno la importante comprobación de seguir siendo el hombre que fue, y de conservar cierto dominio sobre su medio. Hasta puede ocurrir que un ajuste secundario se vuelva una especie de reducto natural para el yo (...) (Goffman, 1970:63-64).

Strauss (1978) sostiene que estos trabajos de Goffman tienen tras de sí el problema del constreñimiento versus libertad. Goffman logra establecer que a pesar de tener todo en contra, los internos de las instituciones totales pueden crear ciertos márgenes de acción en los que su voluntad se impone a los controles impuestos. Por otro lado Strauss identifica un posicionamiento de Goffman frente dos tipos de determinismo. En primer lugar, Goffman se rehúsa a aceptar como explicación de los ajustes secundarios los argumentos biologicistas y psicologistas que supondrían que al poseer un conjunto de necesidades naturales o creadas, cuando se encuentran en un medio que le niega la satisfacción de las mismas, los seres humanos desarrollan formas de proporcionárselas a sí mismos. Goffman en este sentido hereda el concepto de adaptación del pragmatismo, que supone una respuesta creativa por parte de los sujetos cuando el medio les formula problemas inéditos. Y esta adaptación no es producto de un acto reflejo, sino de una capacidad que pueden desarrollar o no las personas dependiendo las circunstancias concretas en las que se encuentran y de los recursos a los que

tienen acceso. En segundo lugar, Goffman se rehúsa a aceptar acríticamente el determinismo sociológico como explicación de los mismos. Contrario a pensar que los individuos se forman en grupos y se identifican con ellos, y que son producto del orden social en el que se desenvuelven, Goffman sostiene que es en oposición a éste último que emergen los Selves en las situaciones descritas anteriormente. No obstante, Strauss consideró que el trabajo de Goffman carece de una perspectiva de cambio, éste concepto parece ocupar poco interés para el autor canadiense. Lo mismo ocurre con un concepto que para Strauss se convertirá en el vínculo entre acción y estructura y que Goffman visualizó solamente como parte de las estrategias de posicionamiento individual al interior de las instituciones: la negociación. (Strauss, 1978: 31-38).

En 1993 Strauss publicó *Continual Permutations of Action*, a petición de quienes durante años le sugirieron concentrar en una síntesis teórica las premisas de partida y las conclusiones de llegada tras años de análisis cualitativo y trabajo de campo. En él expresa su posición frente al vínculo entre acción y estructura a partir de su inscripción en el interaccionismo simbólico:

En esta versión del eterno problema filosófico del constreñimiento versus libertad de acción, la acción es configurada por las condiciones, pero a veces también es configurada por actores activos. Entonces, uno puede decir, sí, definitivamente hay una estructura, pero no inmutable, totalmente inalterable, y ciertamente no enteramente determinante de la acción.(...) En una versión posterior de ésta perspectiva, Barney Glaser (1968) y yo escribimos acerca de los 'procesos estructurales' con el propósito de sugerir el entrejuego entre estructura y procesos. O dicho de otra forma, señalamos que lo estructural, incluyendo

las condiciones contextuales inmediatas, afectan la interacción, pero también viceversa. (Strauss, 1993: 247)

Esta perspectiva, que se encuentra presente en los presupuestos de la metodología cualitativa de la Grounded Theory de la que fue coautor. Asumiendo que lo mismo son válidos para “las relaciones entre estructura y procesos, de estabilidad e inestabilidad, de orden y desorden. Y esos términos se refieren a cualquier nivel ya sea societal, comunal, organizacional, suborganizacional, o incluso interaccional” (1993:248).

Su posición sobre la relación entre acción y estructura se vio enriquecida por lo hallazgos de su investigaciones sobre los hospitales, en los que surgió la categoría de orden negociado. Esta noción le permitió dar cuenta del papel activo de los sujetos al interior de las instituciones de salud, así como su impacto en las transformaciones y cambios que se produjeron a partir de múltiples procesos observados de negociación y acuerdo, sobre los cuales, concluyó lo siguiente:

1. “Establecimos que el orden social era un orden negociado: en las organizaciones estudiadas, aparentemente no podía haber relaciones no organizacionales sin las consabidas negociaciones.
2. Las negociaciones específicas parecieron contingentes sobre las condiciones estructurales específicas: quién negociaba con quién, cuándo, y sobre qué. Entonces las negociaciones fueron pautadas, no accidentales.
3. Los productos de la negociación (contratos, acuerdos, reglas, etc.) tuvieron todos límites temporales, por lo que fueron eventualmente revisados, reevaluados, revocados o renovados.
4. El orden negociado tenía que ser trabajado y necesitaba ser reconstituido continuamente sobre la base de la acción concertada. No sólo hubieron negociaciones constantemente terminadas, sino también nuevas que se hicieron diariamente.
5. El orden negociado de cualquier día dado, sería concebido como la suma total de las organizaciones, reglas y políticas con cualquier acuerdo, pacto contrato y

otros arreglos finalmente obtenidos. Esto incluye los acuerdos en cada nivel de la organización, cada grupo y coalición e incluye los acuerdos abiertos y encubiertos.

6. Cualquier cambio que vulneró el orden negociado – ya sea algo ordinario... o más inusual...llamó a la negociación o revaluación. Esto significó cambios consecuentes en el orden negociado.

7. Los procesos de negociación diaria no sólo permitieron que se realizara el trabajo diario, también reaccionó sobre las reglas organizacionales, políticas y convenciones establecidas más formalizadas y permanentes. A su vez esto sirvió para establecer los límites y algunas direcciones de la negociación.” (Goffman, 1978)

Estos hallazgos se convertirán en un paradigma, una matriz condicional de análisis que Strauss propuso emplear para el análisis de muchos otros problemas de investigación (Baszanger,1992). Una incorporación metodológica que permite no perder de vista la interrelación constante entre participantes, acciones, estrategias, contextos, procesos y estructuras. La principal contribución de este enfoque teórico y metodológico es que permite organizar la investigación y la información obtenida haciendo las preguntas pertinentes sobre la realidad social, sin presuponer de antemano las respuestas en una teoría preestablecida. Más bien construir teoría considerando las diferentes dimensiones de un proceso, incluso en el tiempo, que permite, en el mejor de los casos dar cuenta del cambio.

Otras publicaciones de Goffman, como *Behavior in Public Places* (1966) y *Relaciones en público* (1971) así como artículos del tenor de “The arrangement between de sexes” (1977), continúan en cierto modo el análisis de los diferentes tipos de encuentros sociales, y de sus normas y características (entrelazados con temas de género, lugares públicos, etc.). Mientras que “The neglected situation” [1964] (1997) se dedica específicamente a abogar por el análisis de la interacción

declarando que la situación social ha sido tratada en la sociología como el pariente pobre, en forma superficial y oportunista (Goffman, [1964] 1997: 231.)

Por otro lado, *Frame Analysis* (1974) y *Forms of Talk* (1981) acentúan la dimensión comunicativa y lingüística de las situaciones de interacción.

En todas estas investigaciones, Goffman mantiene su posición de considerar la situación social como la unidad mínima para el estudio sociológico, por lo que el sujeto individual no es sino un participante, un agente de aquella.

Pero existe un ámbito más, que Goffman va a identificar como “estructural”. Cuyo tratamiento y vinculación con la interacción, será el tema central de su discurso inaugural de la asamblea de la American Sociological Association, conocido como ‘El orden de la interacción’, y con el cual tomaba oficialmente posesión del cargo de Presidente de dicha asociación. Desafortunadamente, Goffman no pudo asistir, pues una avanzada enfermedad terminal se lo impidió. No obstante, no deja de ser notable el hecho de que eligiera el problema de la relación entre lo micro y lo macro para delinear el rumbo de las cuestiones teóricas trascendentes para la sociología en los inicios de la década de los ochenta, ubicando su propio trabajo frente al debate en boga.<sup>38</sup>

Pero ¿En qué consiste lo ‘macro’ o estructural para Goffman?:

Es más, no creo que se pueda llegar a conocer la estructura del mercado, o la distribución catastral de una ciudad, o la sucesión étnica en la administración municipal, o la estructura de los sistemas de parentesco, o los cambios fonéticos sistemáticos en los dialectos de una comunidad lingüística, según hechos extrapolados o agregados a partir de

---

<sup>38</sup> Cabe recordar que en el apartado 1.3. he reseñado parte del debate que se presenció la sociología durante los años ochenta sobre el tema en Estados Unidos y en Europa.

encuentros sociales concretos entre las personas implicadas en cualquiera de estos patrones de interacción (Goffman, [1983] 1991:187).

El terreno empresarial, las clases sociales, la bolsa de valores, las instituciones totales, la división del trabajo, las ideas culturales, etc., constituyen desde cierta óptica el ámbito de lo estructural para nuestro autor, quien lo asume, no propiamente como un aglomerado de entidades, sino más bien como correspondiente a cierto tipo de preguntas, que el estudio de las situaciones no tiene a bien formularse ni responder. Así, ante la pregunta de cómo es que se vinculan los diferentes órdenes de la realidad social, Goffman rechaza las propuestas reduccionistas que sugieren que “los rasgos macroscópicos de la sociedad, y la sociedad en sí misma, son un compuesto existente a intervalos de aquello cuyo origen sería la realidad de los encuentros: una cuestión de sumar y extrapolar los efectos interaccionales” (Goffman, 1983:187).

Por otro lado, el tradicional punto de vista determinista tampoco es acertado para establecer una vinculación entre interacción y estructura:

El ritual social menor no es una expresión de los acuerdos estructurales en ningún sentido; como máximo es una expresión adelantada en lo que se refiere a tales acuerdos. Las estructuras sociales no ‘determinan’ las expresiones culturales aceptadas, simplemente ayudan a elegir entre el repertorio disponible de ellas. Las expresiones en sí, tales como la prioridad al ser servido, al pasar por una puerta, al sentarse, el acceso a varios sitios públicos o el orden preferente de interrupción al hablar, son interaccionales en esencia y carácter (...) son vehículos de señalización fabricados a partir del material indicativo que se tenía a mano y la pregunta de cómo ‘reflejo’ de qué se interpretan permanece incontestada”. (Goffman, [1983]1991:192).



Sin embargo, no es posible negar que existe algún tipo de relación entre el orden estructural y el orden de la interacción: prácticas que comenzaron con tintes ceremoniales o de mera convivencia social han llegado a convertirse en grandes organizaciones de protesta que han marcado una diferencia en las instituciones y en la legislación, Goffman ([1983] 1991) ofrece varios ejemplos para ello. Por otro lado:

Esto no significa, claro está, que una lista completa de formas simétricas y asimétricas de consideración, desconsideración, circunspección y tranquilidad ritual que dos individuos hacen extensivas el uno al otro, no nos aporte una estimable información sobre sus lazos estructurales. Ni tampoco que las convenciones no puedan vincular de forma exclusiva ciertas manifestaciones a las estructuras sociales; por ejemplo, en nuestra sociedad, las bodas emplean algunas estrategias que anuncian la formación de una clase concreta de estructura social y sólo una. Tampoco significa decir que las formas de interacción no sean responsables del ambiente institucional en el que se dan (Goffman, [1983] 1991:193).

Además, una gran cantidad de elementos ‘extrasituacionales’ de carácter estructural participan de manera directa o indirecta en las interacciones (la posición social, el entorno institucional, etc.), aunque el peso que pueda tener un mismo indicador estructural puede variar dependiendo cómo sea jerarquizado por la situación de interacción particular.

Por todas estas razones, el autor no negó que existen formas de relación entre los diferentes órdenes de la realidad social, y eludiendo las formas tradicionales en que dichas formas de relación han tratado de ser explicadas, eligió conceptualizarlas como ‘vínculo no exclusivo’ con el carácter de un ‘acoplamiento laxo’. Es decir, estableciendo que son tan diversas y variadas las formas y los

grados en que interacción y estructura se pueden conectar o no conectar, no es posible establecer una generalización reduccionista, determinista ni emergentista de antemano.

A este respecto, existen, de acuerdo con Anne W. Rawls, dos malas interpretaciones mayores de la obra de Goffman frente al dilema micro-macro. Una de ellas, es la incorporación que hizo Giddens de Goffman a su teoría de la estructuración, asumiendo que el concepto de ritualización en Goffman, equivalía a su propia idea de rutinización:

Una ocasión social estipula el “contexto social estructurante” (la expresión es de Goffman) donde muchas reuniones “es esperable que se formen, se disuelvan y vuelvan a formarse, para las que una pauta de conducta se suele reconocer como la apropiada y (con frecuencia) la oficial e intentada”. Toda una variedad de aspectos rutinizados de la vida diaria, como la jornada de trabajo en una fábrica u oficina son de esta especie (Giddens, 1984:105)

En efecto, la emoción de Giddens al encontrar un término como ‘estructurante’ en el trabajo de Goffman, lo lleva a ignorar el contexto restante de la cita:

Algunas ocasiones sociales, un funeral por ejemplo, tiene una configuración de inicio y fin, y justamente límites sobre la asistencia y las actividades toleradas. Cada clase de tales ocasiones posee un ethos distintivo, un espíritu, una estructura emocional que debe ser propiamente creada, mantenida y enterrada, los participantes encuentran que es necesario ir de acuerdo con la ocasión independientemente de sus sentimientos personales. (Goffman, 1966:19).

Es decir, la estructuración a la que se refiere Goffman no es a aquella que lleva a la formación de estructuras, ni siquiera a la institucionalización de las prácticas, sino a la organización interna de las ocasiones sociales, un orden, un tipo de

participación, un tipo particular de acciones permitidas y sancionadas. Por otro lado, Giddens se arriesga a afirmar:

Aunque Goffman no lo incluya formalmente en su plan de conceptos, considera muy importante destacar el hecho de que los encuentros ocurren en general como rutinas. Es decir; los que desde el ángulo del momento fugitivo pudieran parecer intercambios breves y triviales adquieren mucha más sustancia si se les ve como inherentes a la naturaleza iterativa de una vida social. La rutinización de encuentros tiene importancia rectora para ligar el encuentro fugaz a una reproducción social y por lo tanto a la aparente 'fijeza' de las instituciones (Giddens, 1984:106)

Por lo que para Giddens, la situación social por sí misma no tiene valor sociológico a menos que en ella se pueda leer un atisbo de reproducción social. Es decir, para el sociólogo inglés, el estudio de la interacción social bien pudiera seguir siendo el pariente marginado, si no tiene alguna posibilidad de rutinización. Por el contrario, Goffman vería en el interés de Giddens un tema extrasituacionalmente pobre:

Es en estos encuentros de procesamiento donde puede darse esa clasificación silenciosa que, como diría Bourdieu, reproduce la estructura social. Pero ese impacto conservador no es, analíticamente hablando, situacional.(...) si bien esta estructura normalmente facilita la consolidación subrepticia de las líneas estructurales, también podría servir para debilitarlas. (Goffman, [1983] 1991, 186-187).

Lo que nos lleva a pensar que Giddens efectivamente, sobreinterpretó la obra de Goffman, atribuyéndole a su obra las nociones de *rutinización* y *reproducción social* de las que Goffman abjura en su discurso inaugural, posiblemente por desconocer el contenido de "El orden de la interacción"([1983]1991), trabajo que no cita en *La constitución de la sociedad* ([1984] 1997):

(...)Pero Goffman establece un muy persuasivo sumario de la causa para sostener que el desvanecimiento inherente al orden sintagmático de la interacción social es consistente con una fijeza muy marcada de una forma en una reproducción social. Aunque él mismo en ninguna parte que yo sepa enuncia esta tesis, creo que sus escritos revelan aspectos de copresencia que se encuentran en todas las sociedades, por útiles que esos mismo escritos puedan ser para averiguar características novedosas de la época contemporánea. (Giddens, 1984:103).

La segunda interpretación errónea de la obra de Goffman con respecto a la relación entre niveles de la realidad, es la lectura que hizo Habermas de la acción dramática de Goffman, misma que entendió como instrumental y 'parasitaria':

Las cualidades dramáticas de la acción son, en un cierto sentido, parasitarias; ellas se acomodan a una estructura que caracteriza a la acción dirigida hacia un objetivo: "para ciertos fines las personas controlan el estilo de sus acciones [...] y los sobre imponen a otras actividades. Así el trabajo puede ser realizado de una manera próxima a los principios de la representación dramática con el fin de dar a un inspector o a un director una cierta impresión personal de la obra [...]. En realidad, lo que las personas están a punto de hacer raramente puede ser descrito propiamente como comer o trabajar; existen rasgos estilísticos que tienen una significación convencional asociada a tipos reconocidos de personalidades". (Habermas,[1981] (1987).

En este caso, hay algo detrás del desempeño de la acción dramática en Goffman que Habermas no distingue como tal y es un fuerte compromiso moral de los sujetos con el orden de la interacción, que se organiza de acuerdo con el principio de que un individuo con ciertas características sociales puede esperar ser tratado de un modo apropiado al respetar las reglas de los rituales interpersonales (Rawls, 1987:144). Esto último va más allá del mero interés sobre el beneficio

personal o de la lógica de la elección racional. Ni siquiera sabemos hasta dónde el actor está consciente del papel que representa, ni de los lazos que lo constriñen. Hasta aquí, podemos sostener que el trabajo de construcción y mantenimiento de la 'cara' ([1955], 1970-a) o de la presentación del Self en la vida cotidiana ([1959] 1989) no tienen por objeto la manipulación de las impresiones para el beneficio individual; por otro lado, que las interacciones no son el reflejo de las instituciones ni están determinadas por las estructuras. Tampoco que las instituciones son producto de interacciones sedimentadas en el tiempo. Pero para poder comprender mejor estas cuestiones es preciso explicar en qué consiste el llamado orden de la interacción y cuáles son sus características.

Ya lo había adelantado Goffman en 1964 y lo recalca en 1983 con un sentido Durkheimiano profundo, los hechos sociales que veía el maestro en las estructuras, son vistos por Goffman en las situaciones sociales de interacción. El orden de la interacción no sólo es un estado de cosas, sino un estado de cosas 'ordenado'. ¿De dónde emana ese orden? ¿Es legítimo o no? ¿Por qué se suscriben a él los sujetos participantes? Son preguntas que han tenido dos tipos de respuestas clásicas: la del consenso y la del contrato (Goffman, [1983] 1991) pero que en ninguno de los dos casos se encuentran sociológicamente sustentadas.

El orden de la interacción constituye un área sustantiva por derecho propio que comprende: reglas de tráfico de los peatones, derecho de interrupción en los turnos al hablar en una conversación, el uso de los apelativos cariñosos, o del nombre de pila, etc. Para su estudio resultan irrelevantes las distinciones

tradicionales de rural-urbano, entorno doméstico o público, relaciones íntimas de larga duración o fugaces, ya que no son las entidades sino los fenómenos particulares los que hacen que cobre vida, y estos pueden ocurrir en la alcoba o en la lectura de un discurso inaugural. Involucra siempre a más de un sujeto y es un área analíticamente viable que se desarrolla cara a cara o 'cuerpo a cuerpo'. No comprende eventos ahistóricos, sino situados en el tiempo y el espacio y sirve para analizar comparativamente diferentes sociedades o una misma en diferentes momentos históricos.

Existe un componente del orden de la interacción que es inevitablemente psicobiológico: que abarca emociones, estados de ánimo, cognición, orientación corporal, esfuerzo muscular, etc. que se manifiesta por ejemplo en la duración que puede tener un estado cognitivo o la atención de un sujeto que no puede durar lapsos ininterumpidos de tiempo sobre un mismo foco de interés. (Goffman, [1983] 1991)

Toda situación social permite a los demás escrutar nuestras intenciones mediante los modales, la línea de la mirada, la intensidad de nuestra participación, la forma de nuestras acciones que implican la "estandarización de la conducta corporal y vocal mediante la socialización", es decir, mediante la ritualización social. Los individuos comparten en las situaciones sociales un foco de atención común, perciben que lo comparten y perciben esa percepción, que sumada a la capacidad para indicar cursos de acción y de ajustar las reacciones a indicaciones de los otros permite coordinar la acción de manera intrínseca y continua.

Como hemos mencionado anteriormente, las situaciones sociales pueden estar más o menos estructuradas, pero incluso cuando son fugaces se rigen por normas

que son exteriores a los sujetos y actúan de manera coercitiva, sin que esto signifique que todos las cumplan. De hecho, la violación de las normas de deferencia, tiene su propia significación y consecuencias para la categorización de los participantes y sus cursos de acción correspondientes. La violación de las normas tiene sus propias sanciones.

### 3.3. Las formas de aproximación a la realidad

He afirmado en el capítulo anterior que Erving Goffman y Anselm Strauss forman parte de una generación de sociólogos en la Universidad de Chicago con una preocupación por incorporar teoría e investigación empírica. Ambos consideraban que la sociología es una ciencia que debe proceder con métodos de “naturalista”, es decir, que debe basar sus afirmaciones en aproximaciones a la realidad, que para ambos tiene un estatus de existencia independiente de la mente de los sujetos que la estudian, así como de los que viven en ella. Veamos la coincidencia de perspectiva entre los dos autores en las siguientes citas:

Acabaré este discurso con una queja personal. Creo que todos estamos de acuerdo en que nuestro trabajo consiste en estudiar la sociedad. Si me preguntaran por qué y hasta qué punto, yo respondería: porque está ahí (...). Y es que yo creo que la vida social humana existe para que las estudiemos con **métodos de naturalista**, *sub specie aeternitatis*. Desde la perspectiva de las ciencias físicas y biológicas la vida social humana es sólo una costra irregular en la cara de la naturaleza, no especialmente susceptible de análisis sistemático profundo. Y así es. Pero es nuestra. (Goffman, [1983] 1991:204-205).

De las afirmaciones que hemos hecho acerca de que los hombres crean su propio mundo, se sigue que **el naturalista** como investigador no presupondrá más que los rudimentos del orden y los valores sociales. Lo que él hará es maximizar las posibilidades de descubrirlos como son desarrollados por las personas dentro de la situación. (Schatzman y Strauss, 1973:14)

Ambos autores reconocen el origen social de los significados y los símbolos que organizan la experiencia de los sujetos, a eso se refiere Strauss cuando habla de que los hombres crean su propio mundo. Goffman ofrecerá el análisis de marcos para establecer desde qué parámetros se definen las situaciones de interacción y bajo qué circunstancias se considera real lo que se vive. Sin embargo, ambos autores destacan la importancia y la necesidad de objetivar las experiencias subjetivas para dar cuenta de ellas desde el punto de vista sociológico y además de que existe una realidad física en la que las interacciones toman lugar que no puede ser subestimada de ninguna forma por el científico social:

“‘Cuando los hombres definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias’. Este enunciado, aunque literalmente parezca cierto, es falso. Definir las situaciones como reales ciertamente tiene consecuencias, pero éstas también pueden afectar sólo de manera muy marginal a los acontecimientos en curso; en algunos casos un simple y ligero desconcierto sobrevuela la escena como comprensión de una moderada inquietud acerca de quienes intentaron definir la situación erróneamente. El mundo no sólo es un escenario; tampoco el teatro lo es del todo (tanto si hay que organizar un teatro como una fábrica de aviones se necesitan espacios para aparcar los coches y guardar los abrigo, espacios que sería preferible que fueran reales y además estuvieran dotados de seguro antirrobo (Goffman, 1976:1)”



De alguna forma, el contenido de esta expresión recuerda un poco la frase de Richard Dawkins, quien sostiene que “nadie es un constructivista social a 10 000 metros de altura”. Es decir, a pesar de la facilidad con que se afirme la existencia de múltiples realidades y de que éstas son construidas socialmente, contamos con referentes físicos, lingüísticos, valorativos, psicológicos y biológicos que nos permiten compartir, percibir y afirmar una realidad cognoscible. Por lo tanto, es imprescindible poder ubicar la perspectiva subjetiva para dicho propósito: “Difícilmente doy algún peso a lo que dice la gente. En vez de ello, trato de triangular lo están diciendo con los eventos” (Goffman, citado en Smith, 2006:114).

Heredero de la filosofía pragmatista, el interaccionismo de Strauss asume que en su interacción con el entorno, los sujetos producen dos tipos de respuesta: la adaptativa y la creativa (Joas, 1996), de tal manera que uno de los presupuestos básicos para Strauss consiste en que: “se asume la creencia de que las personas son actores que toman un rol activo para responder a situaciones problemáticas” (Strauss:1998:9). Por lo que podemos enumerar estos presupuestos como quedaron consignados en el Handbook of Social Theory de 2001 de la siguiente manera:

1. Los seres humanos se distinguen gracias a su habilidad para usar símbolos.
2. Las personas se convierten en humanas distintivamente gracias a la interacción.
3. Las personas son seres conscientes y autorreflexivos que configuran activamente su propio comportamiento.

4. Las personas son seres propositivos que actúan en y hacia situaciones.
5. Las sociedades humanas se constituyen de personas involucradas en interacciones simbólicas.
6. Para comprender los actos de las personas necesitamos usar métodos que nos permitan discernir los significados que les atribuyen a esos actos.

Para la rama del interaccionismo en la que se sitúa Strauss, los sujetos son portadores y constructores de lo social, de tal forma que es posible conocer la realidad social a partir de las personas que la conforman. De tal manera que sus acciones son explicables mediante la comprensión del sentido, de los significados asociados a ellas y que son compartidos por un grupo. Esos significados pueden ser explícitos y comprensibles para los actores sociales, o pueden ser implícitos y asequibles al investigador por medio del análisis de los discursos y de los hechos. De modo que es posible objetivar lo subjetivo. Es decir, desentrañar los significados de las prácticas, las creencias y las valoraciones a partir del entorno cultural en el que se gestan las situaciones que constituyen el objeto de estudio del sociólogo. La construcción de las explicaciones que se generan con el análisis, con la comprensión de los significados, a partir de la relación lógica entre los diferentes componentes de una situación, constituye la teoría, que para Strauss y Glaser consiste en:

(...) El acto de construir (...) a partir de los datos un esquema explicativo que integre sistemáticamente varios conceptos a través de enunciados de relación. Una teoría (...) hace posible a sus usuarios explicar y prever eventos, y proveer guías para la acción (Strauss, 1996: 25).

Desde esta perspectiva, la teoría es un proceso, es decir, una entidad que siempre se está creando y no un producto acabado (Glaser, 1999:32). Esta definición de teoría de Strauss y Glaser se confronta con otras perspectivas que consideran que la teoría es el punto más alto de conocimiento comprobable y axiomático y que sólo está al alcance de los investigadores más sofisticados. Sin embargo, dicha confrontación para los autores de la teoría fundamentada no es sino una diferencia entre grados de abstracción que les permite distinguir entre la generación de dos clases de teoría: sustantiva y formal.

Por teoría sustantiva entendemos el desarrollo de un área empírica o sustantiva de la investigación sociológica, tal como el cuidado de los pacientes, las relaciones de raza, la educación profesional, la delincuencia o la investigación sobre la organización.<sup>39</sup> Por teoría formal entendemos el desarrollo de un área formal o conceptual de la investigación sociológica, tal como el estigma, el comportamiento desviado, la organización formal, la socialización, la congruencia del estatus, autoridad y poder, sistemas de recompensa ó movilidad social. Ambos tipos de teoría pueden ser consideradas de “alcance medio” (Glaser y Strauss, 1999: 32).

La pregunta lógica que se desprende de estas afirmaciones es la siguiente: si la teoría se deriva de los datos, y ya sea sustantiva o formal sólo puede ser de alcance medio, ¿qué lugar ocupa el interaccionismo simbólico en esta jerarquía de abstracciones? ¿No es acaso la teoría de la que se deriva la Grounded Theory? Para responder a estas preguntas, abordemos el vínculo de la perspectiva epistemológica con la metodológica.

---

<sup>39</sup> Goffman mantuvo una posición muy cercana a la de Glaser y Strauss, en tanto que mostró cierta preferencia por las teorías sustantivas y no tanto por las formales, ya que dudaba de los verdaderos alcances explicativos de estas últimas (Smith, 2006:117)

La perspectiva metodológica asume que el interaccionismo simbólico es un paradigma o enfoque filosófico. Es decir, no es una teoría sociológica propiamente dicha, porque no emerge de los datos, sino que ofrece un conjunto de presupuestos ontológicos y epistemológicos que constituyen un marco en el que se desarrolla la investigación. De la misma forma, para otros tipos de investigación el feminismo o el funcionalismo sirven de presupuesto teórico con sus propios contextos y metodologías. Ésta es una aclaración importante, ya que debo mencionar que la metodología de la teoría fundamentada ha sido clasificada como “inductiva” por el hecho de asumir que es el resultado de una abstracción de los datos particulares. Sin embargo, esto no es del todo cierto. Strauss y Corbin (2002) reconocen que la construcción de un problema sociológico nunca se hace sin precedentes conceptuales. En esa medida, tanto el paradigma al que nos adscribimos, como nuestro conocimiento de conceptos y teorías sociológicas, modelan nuestra capacidad de abstracción y nuestra imaginación sociológica de las cuales dependen la construcción del objeto de estudio y de los datos. En esa misma medida también, la generación de teoría fundamentada se desarrolla en medio de procesos lógicos simultáneos de carácter inductivo y deductivo, teórico y empírico, etc.

En síntesis, Strauss nos enumera los presupuestos que adopta del interaccionismo en ocho estatutos:

- 1º En la investigación sociológica es necesario hacer trabajo de campo para descubrir lo que realmente está ocurriendo.
- 2º Se reconoce la relevancia de la teoría fundada en los datos, para el desarrollo de una disciplina y como una base para la acción social.
- 3º Los fenómenos sociales y la acción humana son complejos y variables.

4º Se asume la creencia de que las personas son actores que toman un rol activo para responder a situaciones problemáticas.

5º Se asume la conciencia de que las personas actúan con base en significados.

6º Se asume la comprensión de que el significado es definido y redefinido a través de la interacción.

7º Se manifiesta una sensibilidad hacia el entorno y hacia encontrar la naturaleza de los eventos (procesos).

8º Se asume la conciencia de la existencia de la interrelación entre condiciones (estructura), acción (procesos) y consecuencias (Strauss, 1998: 9).

El carácter cualitativo de esta metodología centrado en la comprensión de los significados y en la constitución simbólica de la realidad nos permite construir problemas referentes a la identidad, a los significados del cuerpo y las emociones, a las nociones de temporalidad y a la construcción social de la memoria, así como muchos otros temas que se están convirtiendo en el interés de las nuevas generaciones debido al reconocimiento de su importancia como elementos explicativos de las acciones sociales. Pero finalmente, es la sistematicidad en la recolección de datos y en el análisis de los significados lo que permite asumir en la adscripción disciplinar un compromiso metodológico con la Sociología. De hecho Glaser y Strauss ([1967]1997) fueron críticos importantes de la metodología goffmaniana. Reconocieron una gran capacidad en trabajos como *Estigma* y *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, para organizar coincidencias entre grupos que aparentemente no eran comparables (Glaser y Strauss [1967], 1997:54), su éxito en desarrollar conceptos sensibilizadores así como el razonamiento que acompaña el desarrollo de sus marcos analíticos.(Smith, 2006:118).

Sin embargo, la metodología que emplea Goffman, no es explicitada con mucha claridad en sus obras. Una parte de los datos en los que basa sus análisis fueron resultado de las observaciones de campo que realizó durante diversas investigaciones que nutren una y otra publicación. Smith (2006:117) señala tres trabajos de campo principales realizados por Goffman que se convirtieron en fuente de datos para una parte de su obra: la investigación sobre las interacciones en las “Islas Shetland”, su estancia en el Hospital “Sta. Elizabeth” y las observaciones en los casinos de las ciudades de Reno y las Vegas.

No obstante, fuentes con las que Goffman construyó los diferentes corpus de análisis para sus trabajos estuvieron constituidas por memorias informales, manuales de autoayuda, anuncios publicitarios, los ‘bloopers’ o errores durante la grabación de programas radiales, extractos de novelas, recortes de periódicos y libros de reglas de etiqueta, e incluso todo tipo de observaciones posibles en el transcurso de la vida cotidiana:

Tal estudio naturalista requiere observar la conducta social como ésta ocurre, en su entorno social natural. Debe envolver interpretaciones sustentadas en el trabajo de campo usando el método de la observación participante, pero la observación naturalista abarca también las muchas posibilidades de observación que Goffman atestiguó en su vida cotidiana, que encontraron un lugar dentro de sus escritos. (Smith, 2006:114)

Esto último ha dado lugar a una gran cantidad de críticas que ponen en entredicho el rigor metodológico de las investigaciones goffmanianas. No obstante, algunos autores de metodología cualitativa (entre ellos Strauss y Corbin, 2002 y Taylor y Bogdan, 1998), han catalogado el uso de todos esos medios aparentemente

‘indirectos’ e ‘informales’ como fuentes de información empírica --estrechamente vinculados a la vida social y sus significados—y los han validado como ‘impostores’ que proporcionan información valiosa y fundamental para el análisis y la comprensión. Este es otro punto en común entre los dos autores que ocupan nuestro estudio, pero además los vincula a la herencia de la primera generación de sociólogos de Chicago, en tanto que William Thomas y Florian Znaniecki acudieron a cartas, diarios personales e incluso, archivos judiciales como fuentes de información para su trabajo fundacional sobre *El campesino polaco en Europa y América* (2004).

Y quizás la crítica más vigente a su forma de proceder en la construcción conceptual, es la que realizaron Strauss y Glaser en los años 60:

Aunque los niveles relativamente abstractos de los marcos teóricos de Goffman pueden ser integrados satisfactoriamente, hay poca integración entre diferentes niveles de abstracción. Una razón por supuesto es que Goffman no incorporó sistemáticamente la diversidad, sintetizada en tantos niveles de generalización como le fue posible. La diversidad fue construida esporádicamente o como un estímulo para desarrollar un análisis lógico. Mientras que las comparaciones están enraizadas en los datos, parecen escogidas principalmente por las circunstancias. El *muestreo circunstancial* lleva a una integración mucho menos satisfactoria que el *muestreo teórico*. (Glaser y Strauss, [1967] 1997:138)

Es decir, por un lado, Goffman no explicita el proceso progresivo de construcción conceptual que va sosteniendo la argumentación en sus trabajos. Pero por otro lado, además, los datos que respaldan el análisis y la construcción conceptual,

sirven más bien para ejemplificar, más que para responder a un muestreo de carácter teórico que establezca las preguntas generales que guiaron la selección del corpus de datos.

No obstante, con respecto al tema de la construcción de conceptos, G. Smith argumenta que la discrepancia de perspectiva entre los fundadores de la teoría fundamentada y la metodología de Goffman no necesariamente implica que el segundo haya procedido incorrectamente. Señala que los propósitos son muy probablemente distintos y que por lo tanto, lejos de dar cuenta vívidamente de los detalles de un estudio de caso, el autor canadiense pretendió ofrecer una taxonomía similar a la del botánico que elabora una clasificación jerárquica para dar cuenta de las pautas que detectó en el orden de la interacción:

Las partes componentes de las taxonomías de Goffman son conceptos sensibilizadores diseñados, como Blumer señaló, para alertar al sociólogo sobre las características generales de un fenómeno más que para proveer puntos de referencia. Los conceptos sensibilizadores son más bien hechos hábilmente a la medida de las necesidades de una empresa exploratoria como la de Goffman. Los conceptos, por lo tanto no son teorías, y por lo tanto no pueden ser rigurosamente falseados. Como Lewis Coser (1956) notó, son aptos o no aptos, claros o vagos, fructíferos o inútiles. Citando a Merton, continúa, 'hay herramientas diseñadas para capturar aspectos relevantes de la realidad y así constituyen las definiciones (o las prescripciones) o lo que va a ser observado'. La función de los conceptos simplemente es decirnos lo que está allí. Ellos son la base sobre la cual surgen y se desarrollan las hipótesis y sobre la cual las teorías pueden ser construidas. (Smith, 2006:119).



El carácter heurístico que le otorga Smith a los conceptos creados por Goffman, nos hace recordar que ni la misma teoría fundamentada puede ser asumida, como lo plantearon en alguna etapa temprana Strauss y Glaser, un proceso inductivo. De la misma talla que las falsas dicotomías que hemos tocado a lo largo de este trabajo de investigación, la relación inductivo-deductiva en cualquier proceso de investigación, nos remite – como lo reconoció Strauss en algunas entrevistas y trabajos tardíos – a procesos simultáneos de ida y vuelta de los conceptos a los datos y de los datos a los conceptos y con esto culminó el análisis de las semejanzas entre ambas metodologías.

Finalmente, reivindicando el carácter autónomo de la sociología en tanto ciencia, Goffman afirmó:

Yo no soy de los que piensan que nuestras afirmaciones hasta el momento se pueden fundamentar en logros espectaculares. En realidad he oído decir que podríamos estar contentos si nos cambiaran todo lo que hemos producido hasta ahora por un par de buenas distinciones conceptuales y una cerveza fría. Pero tenemos una cosa que no debemos cambiar por nada del mundo: la facilidad para mantener un espíritu libre e independiente frente a cualquier elemento de la vida social y la cordura para buscar sólo en nosotros y en nuestra disciplina ésta aspiración. Esta es nuestra herencia y lo que nosotros legaremos. (Goffman, [1983] 1991:205)

Podemos preguntarnos en este punto sobre la finalidad del conocimiento sociológico y su impacto en la realidad para ambos autores.

Innegablemente, Strauss adoptó la herencia reformista de la generación de fundadores del Departamento de Sociología de Chicago, y siempre consideró que la teoría podía tener un carácter transformador de la realidad en la medida que

provocara reflexividad e invitara a la acción. El trabajo conjunto con las enfermeras de la Universidad de San Francisco fue uno de los alcances más importantes que tuvo su enseñanza de la Grounded Theory. En el caso de Goffman, su compromiso mayor con la realidad social fue la reforma a la que contribuyó con sus críticas al sistema de Salud mental y hospitales psiquiátricos, que cambiaron las políticas de organización y trato de los pacientes que de acuerdo con uno de los reportes de Goffman se convertían en deshechos morales de un sistema que los declaraba carentes de un 'yo' viable. (Goffman, 1991)<sup>40</sup>.

No obstante , Goffman hizo la siguiente afirmación en *Frame Analysis*, que podría ser considerada una respuesta sarcástica a los críticos de su obra previa, que llegaron a considerar que estudiar las interacciones era un uso frívolo y burgués de la sociología, frente a los problemas apremiantes de la lucha de clases (Gouldner, 1973):

El análisis desarrollado aquí no capta las diferencias entre las clases favorecidas y las desfavorecidas y se puede decir que distrae la atención de estos temas. Pienso que es verdad. Tan sólo puedo sugerir que aquél que combate a la falsa conciencia y despierta a la gente a sus verdaderos intereses tiene una gran labor porque el sueño es muy profundo. Yo no intento aquí arrullar sino meramente asomarme a

---

<sup>40</sup> “Yo creo que, en biología (aunque no sé gran cosa), un organismo traga algo, lo utiliza y, después lo expele bajo la forma de un deshecho menos complejo que el producto total. Sin embargo, en la vida social, la materia humana de ciertas instituciones se reinyecta a menudo estratégicamente en la sociedad donde va a representar un papel importante. En resumen, la organización encuentra su finalidad global en el papel que después representarán fuera los deshechos”. (Goffman, [1953] (1991):111) En la presentación de los resultados de sus observaciones en los hospitales psiquiátricos en 1956 en un evento promovido por la Fundación Josiah Macey Jr., la conocida antropóloga Margaret Mead mostró una gran incomodidad con el uso de esta analogía biologicista que implicó entre el resto de los participantes la exposición de objeciones más bien de carácter político y moral frente a la crítica implícita de Goffman al sistema de atención de salud mental de los Estados Unidos.

hurtadillas y observar cómo ronca la gente.  
(Goffman, 2006:14-15).

## Conclusiones

Esta investigación se propuso discutir un lugar común en los tratamientos sociológicos de las teorías interaccionistas, y en particular del interaccionismo simbólico: se le ha etiquetado de carecer de una perspectiva estructural de mayor alcance.

Por estas razones, ofrecí hacer una lectura del interaccionismo simbólico que fuera capaz de comprender el carácter *sui generis* en el que se construye la realidad social desde los autores que analicé en este trabajo, evitando la distinción tradicional (parsoniana) micro-macro como criterio de clasificación válido de las teorías sociológicas que en palabras de Ann Rawls, ha 'lisiado' la teoría sociológica para valorar a las distintas tradiciones existentes en su justa medida (Rawls, 1992:130). De tal forma, el análisis de los elementos estructurales del interaccionismo simbólico ha implicado la comprensión de lo estructural desde su propio universo de sentido y del nuestro.

Sin embargo, este problema se construyó como parte del objeto de estudio de la sociología de la sociología, en tanto práctica social de actores históricamente situados que como sociólogos generaron conocimiento a partir de condiciones sociales de posibilidad concretas, de las que tratamos de dar cuenta en esta investigación.

Tras reconocer que no hay un interaccionismo simbólico, sino varios, y elegir los trabajos de sus representantes para compararlos por su contemporaneidad y similitud, he llegado a las siguientes conclusiones:

1. A pesar de que se ha criticado el quehacer metatético por ser poco propositivo y demasiado filosófico, las posturas más recientes sobre esta

cuestión han tendido a optar por la práctica de una sociología del conocimiento, más que por una epistemología filosófica. Por estas razones, la discusión sobre el dilema acción/estructura cobra un sentido distinto que permite situar a los sujetos que lo discuten desde sus propios contextos de experiencia y de construcción teórica, cuestionando incluso por el propio contexto de surgimiento de la discusión.

2. Hablar del 'interaccionismo simbólico' como una tradición común de investigación, no es posible, debido a su heterogeneidad teórica, metodológica y generacional. Sin embargo Erving Goffman y Anselm Strauss se formaron como sociólogos en una época de la historia de los Estados Unidos y en particular del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, que les otorgó un contexto particular que se tradujo en una gran cantidad de coincidencias en intereses de investigación, metodologías y publicaciones. El origen judío de ambos, se sumó a la convivencia con una generación de pares en los que la segunda guerra mundial dejó una huella que se convirtió en una preocupación radical por atender cuestiones relacionadas con la exclusión y el racismo, el control totalitario y la inestabilidad económica. A esto hay que sumar que la Universidad de Chicago atravesó por un umbral en el que vivió una efervescencia de la vida académica, propiciada por el restablecimiento de intercambios académicos internacionales por un lado y por otro debido a que la cercanía habitacional hizo de los estudiantes una gran red fraterna. Todo esto propició el acceso a recursos y personas de todo el mundo que

influyeron mediante cursos formales e informales en una formación rica y heterogénea que impulsó la originalidad de la obra de ambos sociólogos.

3. Las discusiones sobre los diferentes órdenes de la realidad se han constituido como parámetros para la clasificación y etiquetado de las diferentes teorías sociológicas. A veces en un espíritu omnicomprendivo y al mismo tiempo reduccionista, se han encasillado autores y propuestas bajo la revisión metateórica más infructuosa. ¿Porqué habría de tener sentido ubicar la posición de alguna teoría frente al tema de la acción y la estructura si no fuera para evaluarla a la luz de sus alcances explicativos y sus aportes a la comprensión de la realidad? A diferencia de los grandes complejos teóricos que durante la segunda mitad del siglo XX trataron de superar los diferentes dilemas que implicaba la tensión entre acción y estructura, los dos enfoques teóricos analizados en esta investigación están firmemente basados en investigaciones empíricas que marcaron hitos en la historia de la sociología contemporánea. Dichos aportes tienen la ventaja de vincularse con problemas de investigación concretos abordados con el espíritu del 'naturalista'. Diferentes hallazgos que fueron el producto de esas investigaciones nos permiten ilustrar los conceptos de los que pretendemos dar cuenta con el análisis metasociológico.
4. Los trabajos de Anselm Strauss y de Erving Goffman, tienen en común el interés por el estudio de las instituciones de salud mental, los procesos identitarios y las características de las situaciones de interacción, además de las premisas interaccionistas de G.H. Mead, C. H. Cooley y William Thomas, en la base de sus teorías. Por otro lado, la mayoría de las

investigaciones de ambos, se encuentran nutridos por información proveniente de trabajo de campo analizado cualitativamente. A pesar de que no trabajaron formalmente juntos, Strauss y Goffman se citan mutuamente en sus obras más importantes.

5. Así, ante la pregunta de cómo es que se vinculan los diferentes órdenes de la realidad social, un primer aporte lo constituye el tema de la identidad. Los dos autores coinciden en el carácter situacional y no sustancial de las identidades y de la importancia de los procesos sociales de constitución de las identidades. Por otro lado, a pesar de que ambos orientan sus estudios hacia el 'mi', no dejan de reconocer los momentos en que el 'yo' se vuelve visible como instancia de resistencia, cuestionamiento y creatividad, gracias al distanciamiento de los roles o simplemente al conflicto entre la multiplicidad de los Selves.
6. A pesar de que se le ha reprochado a Goffman la ausencia del tratamiento del poder en sus trabajos, sus investigaciones relacionadas con el orden al interior de los hospitales psiquiátricos y las instituciones totales muestran un conflicto entre el control que pretende ejercer estructuralmente la institución y la resistencia que ofrecen los sujetos encontrando formas del ejercicio de su voluntad. Dichas formas de resistencia lejos de tener una explicación estructural se basan en el cuestionamiento de las normas y la desidentificación con el grupo y con las instituciones.
7. Strauss introdujo el concepto de negociación para abordar los procesos de interacción y cambio al interior de los hospitales que estudió. A partir de

esto elaboró una matriz explicativa que permite interrelacionar interacciones con procesos y estructuras en una gran variedad de problemas de estudio.

8. Goffman rechaza las propuestas reduccionistas y deterministas de vinculación entre interacción y estructura. Sin embargo, el autor no puede negar que existen formas de afectación entre los diferentes órdenes de la realidad social, y eludiendo las formas tradicionales en que sus relaciones han tratado de ser explicadas, elige conceptualizarlas como 'vínculo no exclusivo' con el carácter de un 'acoplamiento laxo'. Es decir, para Goffman no es posible establecer una generalización reduccionista, determinista ni emergentista de antemano. En tanto que para Strauss, no es posible hacer investigación que no esté consciente de la forma en que se relacionan (y casi siempre encuentra estas conexiones) acción, estructura y procesos. La misma teoría fundamentada establece la necesidad de dar cuenta de la relación entre niveles y de evitar considerar a los fenómenos aislados.
9. El carácter colectivo de los trabajos de Strauss le permitió hacer numerosos aportes en diversas ramas del quehacer sociológico. Uno de los más importantes fue el de la creación de la metodología conocida como "Teoría Fundamentada" que sintetiza su aprendizaje teórico y procedimental para el análisis y la construcción de explicaciones a partir de la matriz condicional de sus estudios sobre negociación que transmite el espíritu dinámico de la interrelación de los diferentes órdenes y contextos de un problema de estudio.
10. A pesar de que sus biografías y focos de interés se separan gradualmente cuando abandonan la Universidad de Chicago, Goffman y Strauss



comparten, por distintas vías posiciones muy cercanas entre sí, frente a las relaciones entre los diferentes órdenes de la realidad, no obstante, Strauss de un paso adelante al incorporar, mediante el paradigma del orden negociado, la perspectiva del cambio que escapó al enfoque goffmaniano.

¿Qué aporta todo lo encontrado a la práctica de la sociología mexicana de hoy?

Por un lado, yo recupero el interés constante de los autores estudiados aquí, en mantener una demarcación clara entre el enfoque sociológico (que heredando el espíritu durkheimiano se propone explicar lo social por lo social, fundado las afirmaciones en investigación empírica) y otras disciplinas afines como la filosofía y la psicología. Por otro lado, los conceptos generados por cada autor en torno a la relación entre la estructura y la acción, permiten ser empleados como herramientas heurísticas para la práctica sociológica incluso en un contexto distinto al de su creación, ya que no tienen contenidos asignados de antemano que nos lleven a adaptar la realidad a sus predicciones, sino observar las modalidades que adoptan las situaciones que podemos considerar de 'interacción', 'ritualización', 'distancia del rol', 'ajuste secundario' y 'negociación', por mencionar algunas.

Finalmente, hoy en día es cada vez más extendido el uso de la metodología de la Grounded Theory, al grado de que existen programas de cómputo que se siguen actualizando para adaptarse mejor a las necesidades de sus procedimientos (como son NUDIST, y ATLAS , por ejemplo). Lo cual en nuestro país contribuiría a la explicitación de los procesos de recopilación y análisis de datos que cuando se trata de investigación cualitativa sigue siendo

en su mayoría una caja negra inaccesible para el público que quiere comprender los fundamentos de tales trabajos.

## BIBLIOGRAFIA

Agger, B. (1991), "The micro-macro non problem: The Parsonization of American Sociological Theory", en *Human Studies* No.14:81-98.

Aguilar Villanueva, Luis (1995), "El estado actual de la investigación sociológica en México", en *Estudios de teoría e Historia de la Sociología en México*. México: UNAM-UAM-A 205-215.

Aguilar Villanueva, Luis (1983), "El programa teórico-político de Max Weber" en, Francisco Galvan y Luis Cervantes (comp.). *Política y desilusión (Lecturas sobre Weber)*, México, UAM-Azcapotzalco, 1983, vid.

Alexander, Jeffre(1989). *Las Teorías Sociológicas. Desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis Multidimensional*. Gedisa. Barcelona.

Alexander, Jeffrey y Bernhard Giesen (1994), "Introducción" en Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen, Richard Munich y Neil Smelser (Comps.). *El vínculo Micro-macro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. Pp.9-58.

Andrade Carreño, Alfredo (1995), "Desarrollo teórico en la sociología mexicana de la década de los noventa: crisis de paradigmas y coexistencia de tradiciones", en *Estudios de teoría e Historia de la Sociología en México*. México: UNAM-UAM-A . Pp.141-174.

Bagú, Sergio (1985), "Ausencias y presencias excesivas en la temática latinoamericana: separaciones tradicionales entre disciplinas", en *Cuadernos de estudios latinoamericanos* No.1, CELA, FCPYS, UNAM,México.Pp.23-32

Barnes, Barry (2001), "The Macro/Micro Problem and the Problem of Structure and Agency", en Ritzer G. y Barry Smart (edits.) *Handbook of Social Theory*. London: SAGE. Pp.339-352.

Baszanger, Isabelle (1992), "Les Chantiers d'un Interactioniste Americain." en *La trame de la negociation: Sociologie qualitative et interactionnisme*. Papers by Anselm L. Strauss, edited by Isabelle Baszanger. Paris: L'Harmattan. Pp. 11-63

Blumer, Herbert [1969] (1984). *Symbolic Interactionism. Perspective and Method*. Berkeley: University of California Press. 208pp.

Bourdieu, Pierre (2003). *El oficio de científico: ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.

Brinkley, Alan "El Nuevo Trato y la idea del estado", en Arriaga, V. et.al. (comps.)(1991) *Estados Unidos visto por sus historiadores*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.Pp.150-192.

Caballero, Juan José (2001), voz "Interaccionismo simbólico" en Giner, Salvador, Emilio Lamo de Espinoza y Cristóbal Torres (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza. Pp.390.391.

Carabaña, Julio y Emilio Lamo de Espinosa (1978), "La teoría social del interaccionismo simbólico: análisis y valoración crítica", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* No. 1, Madrid:CIS.

Castañeda Sabido Fernando (2004). *La crisis de la sociología académica en México*. México: Porrúa. 311p.

Fernando Castañeda "La constitución de la sociología en México" en Francisco Paoli Bolio (1990) *Desarrollo y organización de las Ciencias Sociales en México*. México: UNAM-Porrúa.

Cervantes, Miguel de (2004). *Don Quijote de la Mancha*. Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, México.

Collins, Randall (1986), "Is 1980s Sociology in the Doldrums?", en *American Journal of Sociology* 91.Pp.1336-55.

Collins, Randall (1989), "Sociology: Proscience or Antiscience?", en *American Sociological Review*, Vol. 54, No. 1 (Feb., 1989), pp. 124-139 Publicada por: American Sociological Association.

Collins, Randall (1994), "Cadenas rituales de interacción, poder y propiedad: la conexión micro-macro como un problema teórico basado en lo empírico" en Jeffrey Alexander, Bernhard Giesen, Richard Munich y Neil Smelser (Comps.). *El vínculo Micro-macro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. Pp.235-252.

Cueva, Agustín. (1979), "El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período", en *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol. Pp.69-84

Dawe, A. (1973), "The underworld-view of Erving Goffman", en *British Journal of Sociology*,No.24. Pp.246-253.

Deegan, Mary Jo (1995) "The Second Sex and The Chicago School: Women's Accounts, Knowledge, and Work (1945-1960)", en Fine, Gary Alan (edit.), (1995). *A Second Chicago School?* Chicago: The University of Chicago Press. Pp.322-357.

Elias, Norbert (1998), "Apuntes sobre el concepto de lo cotidiano" en *La civilización de los padres y otros ensayos*. México: Norma. Pp.333-347.

Farfán Hernández Rafael (1994), "La contribución de Pablo González Casanova a la formación de una teoría crítica de la sociedad en México", *Sociológica* núm. 24, UAM-A.

Farfán Hernández Rafael (1995), "La sociología en México. Dos diagnósticos de su estado actual", en *Estudios de teoría e Historia de la Sociología en México*. México: UNAM-UAM-A Pp.215-225

Faulkner, R. y Howard S. Becker (2009) *Do you know? The jazz Repertoire in Action*. Chicago: Chicago University Press.

Fernández Villanueva, Concepción (2003). *Psicologías sociales en el umbral del siglo XXI*. Madrid: fundamentos.

Fine, Gary Alan (1991), "On the Macrofoundations of Microsociology: Constraint and the Exterior Reality of Structure", en *The Sociological Quarterly*, Vol.32, No.2 (Verano de 1992), pp.161-177.

Fine, Gary Alan (1995), "Introduction: A Second Chicago School? The Development of a Postwar American Sociology", en Fine, Gary Alan (1995). *¿A Second Chicago School? The development of a postwar American Sociology*. Chicago: The University of Chicago Press.

Fine, Gary y Lori J. Ducharme (1995), "The Ethnographic Present: Images of Institutional Control in Second-School Research", en Fine, Gary Alan (1995). *¿A Second Chicago School? The development of a postwar American Sociology*. Chicago: The University of Chicago Press. Pp.108-135.

Fisher B. y Strauss Anselm (1978). "Interaccionismo", en Bottomore T. Y Robert Nisbet (1978) *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu. Pp.522-569.

Friederichs, Robert (2001) *Sociología de la sociología*. Buenos Aires: Amorrortu.

Fuchs, Stephan (1991), "Metatheory as Cognitive Style", en *Sociological Perspectives*, Vol. 34, No. 3, Recent Explorations in Sociological Metatheorizing Otoño, 1991), pp. 287-301. Publicado por University of California Press.

Fuhrman, Ellsworth R. and William Snizek (1990), "Neither Proscience nor Antiscience: Metasociology as Dialogue", en *Sociological Forum* vol. 5., No.1 (mar.1990) Pp.17-36.

García Selgas, Fernando (2001), voces: "Metaciencia", "Metasociología" y "Metateoría", en Giner, Salvador, Emilio Lamo de Espinoza y Cristóbal Torres (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza. Pp.479-481.

Giddens, Anthony [1984] (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.412p.

Giménez M. Gilberto (1995), "Situación actual y perspectivas de la investigación sociológica", en *Estudios de teoría e Historia de la Sociología en México*. México: UNAM-UAM-A Pp.193-204.

Goffman, E. (1953). *Communication Conduct in an Island Community*. A dissertation submitted to the Faculty of the Division of Social Sciences in candidacy for the degree of Doctor of Philosophy. Departament of Sociology. The University of Chicago. 372p.

Goffman, E. [1955] (1970a) "Sobre el trabajo de la cara: análisis de los elementos rituales en la interacción social" en Goffman, E. [1967] (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.Pp.13-47.

Goffman, E. [1956] (1970b) "La naturaleza de la deferencia y el proceder", en Goffman, E. [1967] (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.Pp.48-89.

Goffman, E. [1956](1970c) "La turbación y la organización social" en Goffman, E. [1967] (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.Pp.90-102

Goffman, E. [1957] "La persuasión interpersonal" en Goffman, E. (1991). *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós. Pp.107-134.

Goffman, E.[1959] (1989). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

Goffman, E. [1961](1994). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.

Goffman, E. [1963](1986). *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires.

Goffman, E. [1964] (1997), "The neglected situation" en Lemert, Charles y Ann Branaman (eds.)(1997) *The Goffman Reader*. Oxford: Blackwell. Pp.229-232.

Goffman, E (1966). *Behavior in Public Places. Notes on the social organization of gatherings*. New York: Free Press.

Goffman, E. [1967] (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.

Goffman, E. (1971). *Relaciones en público*. Madrid: Alianza Universidad.

Goffman, E. (1972). *Encounters. Two Studies in the Sociology of Interaction*. Harmondsworth: Penguin Books. 134pp.

Goffman, E. (1976). *Frame Analysis. An Essay on the Organization of the Experience*. Cambridge: Harvard University Press. 586 pp.

Goffman, E. (1977), "The Arrangement between the Sexes". En la revista *Theory and Society*. Vol. 4. No.3 (Otoño de 1977). Pp.301-333.

Goffman, E. [1983] (1991). "El orden de la interacción", en *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós.

Goffman, E. (1991). *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós.

González de la Fe, María Teresa (2001) Voz "Microsociología" en Giner, Salvador, Lamo de Espinosa Emilio y Cristóbal Torres (eds.)(2001). *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza. Pp.488-490.

Grunstein, Arturo (1991) "El Nuevo Trato", en Arriaga, V. et.al. (comps.)(1991) *Estados Unidos visto por sus historiadores*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Pp.140-149.

Gusfield, Joseph (1995) "Preface" en Fine, Gary Alan (1995). *¿A Second Chicago School? The development of a postwar American Sociology*. Chicago: The University of Chicago Press. Pp. ix-xxvi.

Habermas, Jürgen [1981] (1987). *Théorie de l'agir communicationnel*. Tome I. Rationalité de l'agir et rationalisation de la société. Paris: Fayard.448p.

Hannerz, Ulf (1986), "Etnógrafos de Chicago" en, *Exploración de la ciudad*.México: F.C.E.

Hernández Prado, José (1995), "El emperador va desnudo. Breve comentario teórico de La democracia en México, texto de Fernando Castañeda", en *Estudios de teoría e Historia de la Sociología en México*. México: UNAM-UAM-A Pp.53-64.

Hernández Prado (2010), "Un tricentenario pertinente para nuestros centenarios. Thomas Reid en la interpretación de la historia de México", texto inédito de la ponencia presentada en las "Jornadas de Pensamiento sociológico", el 19 de octubre de 2010, en la UAM-Azcapotzalco. Ciudad de México.

Herrera Gómez, Manuel y Rosa María Soriano Miras (2004), "La teoría de la acción social en Erving Goffman", en revista *Papers*, No. 73, Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona. Pp.59-79.

Jacobsen, Michael Hiivid (2010) "Goffman Through the Looking Glass: From 'Classical to Cotemporary Goffman", en Jacobsen, Michael H. (edit.) (2010). *The Contemporary Goffman*. New York: Routledge. Pp.1-50

Jacobsen, Michael Hiivid y Soren Kristiansen (2010) "Labelling Goffman: The Presentation and Appropriation of Erving Goffman in Academic Life", en Jacobsen, Michael H. (edit.) (2010). *The Contemporary Goffman*. New York: Routledge. Pp.64-97.

Joas, Hans (1991), "Interaccionismo simbólico" en Giddens, A., J. Turner, *et. al La teoría social hoy*. México: Alianza. Pp.112-154.

Joas, Hans (1998), "El infeliz casamiento de la hermenéutica y el funcionalismo", en *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*. Madrid: CIS. Pp. 167-198.

Legewie Heiner y Barbara Schervier-Legewie (2004) "Anselm Strauss en conversación con Heiner Legewie y Barbara Schervier Legewie", en *Forum: Qualitative Social Research Sozialforschung* Vol.5, No.3 Septiembre de 2004.

Lemert, Charles (2010), "Goffman Still: Spoiled Identities and Sociological Irony", en en Jacobsen, Michael H. (edit.) (2010). *The Contemporary Goffman*. New York: Routledge. Pp.147-163.

Lemert, Charles (1988), "Future of the Sixties Generation and Social Theory", en *Theory and Society*, Vol. 17, No. 5, Número especial titulado: Breaking Boundaries: Social Theory and the Sixties (Sep., 1988), pp. 789-807 Publicado por: Springer.

Lewis, J. David y Richard L. Smith (1980). *American Sociology and Pragmatism: Mead, Chicago Sociology and Symbolic Interaction*. Chicago: University of ChicagoPress. 356p.

Lopata, Helena Znaniecka (1995), "Postscript", en Fine, Gary Alan (1995). *¿A Second Chicago School? The development of a postwar American Sociology*. Chicago: The University of Chicago Press. Pp.365-386.

Loyo, Aurora (1990), *La Sociología mexicana desde la Universidad*, México: IISUNAM.

Maines, David (1977), "Social Organization and Social Structure in Symbolic Interactionist thought", en *Annual Review of Sociology* No.3. Pp.235-260.

Maines, David (1997), "Interactionism and Practice", en *Applied Behavioral Science Review*, Vol. 5 pp.1 - 8.

Manis, Jerome G., y Bernard N. Meltzer (Edits.) (1972) *Symbolic Interaction: A Reader in Social Psychology*. Boston: Allyn and Bacon.

Manning, Peter K. (2010) "Continuities in Goffman: The Interaction Order", en Jacobsen, Michael H. (edit.) (2010). *The Contemporary Goffman*. New York: Routledge. Pp.98-118.

Mead, Georg H.(1993). *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós.

Mead, Georg H. (1991), "La génesis del Self y el control social" en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* No.55, Julio-Septiembre. Madrid:CIS.Pp.165-186. Traducción de Ignacio Sánchez de la Yncera.

Moore, Wilbert (1978), "Funcionalismo", en Bottomore, Tom y Robert Nisbet (1978). *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu. Pp.360-411.  
Mouzelis, Nicos (1992), "The Interaction Order and the Micro-Macro Distinction", en *Sociological Theory*, Vol. 10, No.1 (Primavera, 1992), pp.122-128.

Nizet, Jean y Natalie Rigaux. (2006). *La sociología de Erving Goffman*. Madrid: Melusina.127p.

Olvera Serrano Margarita (2007). "Sociología. Cambios conceptuales y temporalidad" en Zabudovsky Kuper, Gina (coord.) (2007)*Sociología y cambio conceptual*. UAM-A- UNAM-SIGLO XXI.

Pérez-Agote Aguirre, José María (2005), "La sociología en el Leteo: el largo adiós de Georges Gurwitsch", en *Política y Sociedad*, Vol.42, Núm.2,(2005) pp.149-162. Madrid:UCM.

Rawls, Anne Warfield (1992), "Reply to 'The Interaction Order and the Micro-Macro Distinction'", en *Sociological Theory*, Vol. 10, No.1 (Primavera, 1992), pp.129-132.



Ritzer, George (1993), "Capítulo 10. Integración Micro-Macro" y "Capítulo 11. Integración Acción-Estructura", en *Teoría Sociológica Contemporánea*. México: McGraw Hill. Pp.456-521.

Ritzer, George (1985), "The Rise of Micro-Sociological Theory" en *Sociological Theory*, Vol.3 No.1 (Primavera, 1985), pp.88-98.

Ritzer, George (1988), "Sociological Metatheory: A Defense of a Subfield by a Delineation of its Parameters," en *Sociological Theory* vol.6, No.2. Pp.187-200.

Ritzer, George (1989), "Of Levels and 'Intellectual Amnesia'", en *Sociological Theory*, Vol.7, No.2 (Otoño de 1989), pp.226-229.

Ritzer, George (1990), "Metatheorizing in Sociology", en *Sociological Forum* Vol. 5, No. 1 (Mar., 1990) No.1.Pp.3-15.

Ritzer, George (1991), "Reflections on the Rise of Metatheorizing in Sociology", en *Sociological Perspectives*, Vol. 34, No. 3, Recent Explorations in Sociological Metatheorizing (Otoño, 1991), pp. 237-248. Publicado por University of California Press.

Ritzer, George (1992), "The Legitimation and Institutionalization of Metatheorizing in Sociology", en *Sociological Perspectives*, Vol. 35, No. 3 (Otoño, 1992), pp. 543-550.

Ritzer, George (1993-a), "Metateorización sociológica y esquema metateórico para el análisis de la teoría sociológica" en *Teoría sociológica contemporánea*. México: McGraw Hill. Pp.585-612.

Ritzer, George (1993-b) "Interaccionismo simbólico" en *Teoría sociológica contemporánea*. México: McGraw Hill. Pp.214-.

Sawyer, R. Keith (2001), "Emergence in Sociology: Contemporary Philosophy of Mind and some implications for sociological Theory", en *American Journal of Sociology*, Vol.107, No.3 (Nov.,2001), pp.551-585.

Sawyer, R. Keith (2002), "Durkheim's Dilemma: Toward a Sociology of Emergence", en *Sociological Theory*, Vol. 20, No. 2 (Jul., 2002), pp. 227-247 Published by: American Sociological Association.

Scheff, Thomas, J. (2005), "Looking Glass Self: Goffman as Symbolic Interactionist", en *Symbolic Interaction*, Vol.28, Issue 2, California: the University of California Press. Pp. 147-166.

Sebastian de Erice, J. R. (2001) voz: "Erving Goffman" en Giner, Salvador, Emilio Lamo de Espinoza y Cristóbal Torres (eds.) *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza. Pp.329-330.

Shalin, Dimitri (2009) "Frances Goffman Bay: At His Bar Mitzvah Erving Gave a Little Speech That He Wrote Himself and That He Called "Ode to Mother", en pagina web: <http://www.unlv.edu/centers/cdclv/ega/index.html>

Simmel, G. (1986) "El problema de la sociología", en *Sociología*. Vol. I Madrid, Alianza. Pp.11-56.

Smith, Gregory (2006) *Erving Goffman*. Londres: Routledge.145p.

Sosa Raquel. El desarrollo de las corrientes contemporáneas de América Latina. Pensamiento y realidad social.

Strauss, A. (1993) *Continual Permutations of Action*. San Francisco: SAGE.

Strauss, A. (1977). *Espejos y máscaras. La búsqueda de la identidad*. Buenos Aires: Marymar.139p.

Strauss, Anselm y Corbin, Juliet (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Bogotá: CONTUS-Editorial Universidad de Antioquia.

Stryker, Sheldon (1980). *Symbolic interactionism*. Menlo Park, California: Benjamin Cummings.

Thomas, William y Florian Znaniecki (2004) *El campesino polaco en Europa y América*. Edición a cargo de Juan Zarco. Madrid: CIS.

Torres-Rivas, Edelberto (1990) "Las ciencias sociales vistas de nuevo", en *Nueva sociedad*. No.108 Julio-Agosto, Caracas. Pp.18-27.

Turner, Jonathan H. (1990), "The Misuse and Use of Metatheory", en *Sociological Forum* 5:37- 54.

Valenti Nigrini, Giovanna (1990) "Tendencias de la institucionalización y profesionalización de la sociología en México", Francisco Paoli Bolio (1990) *Desarrollo y organización de las Ciencias Sociales en México*. México: UNAM-Porrúa.

Verhoeven J.C. (1993), "An interview with Erving Goffman, 1980", en *Research in Language and Social Interaction*. Vol.26, no.3, 1993, pp.317-348.

Vryan, Kevin D., Adler, Patricia A. y Adler, Peter, "Identity" en Reynolds, Larry T. y Nancy J. Herman- Kinney, *Handbook of Symbolic Interactionism*, Altamira Press, Oxford, 2003, Pp.367-390.

Wiley, Norbert (1988), "The Micro-Macro Problem in Social Theory", en *Sociological Theory*, Vol.6, No.2 (Otoño de 1988), pp.254-261.

Winkin, Ives (1991) "Presentación: Retrato del sociólogo joven", en Goffman, Erving (1991) *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós.

Zabludovsky, Gina (1995) "La propuesta metateórica y su validez para el estudio de la sociología en México", en *Estudios de teoría e Historia de la Sociología en México*. México: UNAM-UAM-A Pp.227-268.

Zelditch, Morris Jr. (1992), "Problems and Progress in Sociological Theory", en *Sociological Perspectives*, Vol. 35, No. 3 (Otoño, 1992), pp. 415-431 Publicado por University of California Press.

Zhao, Shanyang (1991) "Metatheory, Metamethod, Meta-Data-Analysis: What, Why, and How?", en *Sociological Perspectives*, Vol. 34, No. 3. Pp.337-390.

Zhao, Shanyang (2003) "Metatheorizing in sociology" en Ritzer, George y Barry Smart (eds.) *Handbook of Social Theory*. SAGE: Thousand Oaks.

#### MAPA 1 Comunidad de Hyde Park

Author: [University of Chicago. Dept. of Sociology.](#)

Title: Hyde Park Community [electronic resource] / prepared by the Department of Sociology, the University of Chicago.

Web Access: <http://proxy.uchicago.edu/login?url=http://pi.lib.uchicago.edu/1001/maps/chisoc/G410C6-2H9-1920z-U5>

Imprint: [Chicago : Dept. of Sociology, 192-]

Description: 1 map : photocopy ; 45 x 45 cm.  
Scale [ca. 1:8,000].

Series: [Social scientists map Chicago.](#)

Notes: Blue line print.

Shows residential area, vacant area, commercial frontage, railroad property, and transit lines.

Digital version available with restrictions

Electronic reproduction. [Chicago] : University of Chicago Library, [2006] (Social scientists map Chicago)

Master and use copy. Digital master created according to Benchmark for Faithful Reproductions of Monographs and Serials, Version 1. Digital Library Federation, December 2002.

digitized 2006 University of Chicago Library committed to preserve

Other form: Original print version: University of Chicago. Dept. of Sociology. Hyde Park Community. [Chicago : Dept. of Sociology, 192-]

Subject(s): [Hyde Park \(Chicago, Ill.\) -- Maps.](#)